

*De confesor de la Reina
a embajador extraordinario en Roma:
La expulsión de Juan Everardo Nithard*¹

José Rufino Novo Zaballos

1. INTRODUCCIÓN

La figura del padre Juan Everardo Nithard ha sido muy controvertida, y no ha dejado indiferente a nadie. Su valimiento, que duró poco más de tres años, ha sido estudiado por numerosos historiadores, pero ninguno de ellos coincide a la hora de juzgarle. Algunos, como M. Danvila y Collado o A. Pérez Goyena, califican positivamente al jesuita y a la Compañía. Danvila cree que Nithard fue de un gran carácter y un hombre ilustre en la política e historia de la Compañía de Jesús. Indica que:

aparece a los ojos de la crítica imparcial, un religioso austero y un gran carácter [...]. Al abandonar España se marchó pobre y tranquilo de haber cumplido sus deberes, y hoy resulta una gran figura ante la historia².

Pérez Goyena cree que un mal histórico “se cierne sobre la memoria del confesor de doña Mariana de Austria” y que el “despecho, la ambición y la envidia se adunaron para cubrirle de cieno”³. Por otro lado, están los historiadores contrarios al padre Confesor, pero favorables a la Compañía de Jesús. Esta es la línea

¹ Este trabajo forma parte del proyecto “La Monarquía en la encrucijada”, concedido por el Ministerio de Ciencia y Tecnología (HUM 2006-12775-CO-1).

² M. DANVILA Y COLLADO: *Reinado de Carlos III*, Madrid 1891, II: Los jesuitas “siglo XVII”, p. 539.

³ A. PÉREZ GOYENA: “Equivocaciones Históricas”, *Razón y Fe* 15/44 (1916), p. 325.

que siguen los jesuitas A. Astrain, quien no está de acuerdo con los excesivos elogios que hace M. Danvila al jesuita, y A. Risco. Astrain, en contra de lo que dice Modesto la Fuente, no cree que los jesuitas fueran los principales sostenedores del padre Nithard, y añade que:

[los] jesuitas ni entraban ni salían en este peregrino negocio y buena prueba es de ello la separación en que vivió el P. Nitard de todos sus hermanos en su cargo político,

aunque es “evidente que la Compañía ni levantó ni sostuvo ni derribó al jesuita alemán”. Concluye que “la vida política del P. Nithard no pertenece, propiamente hablando, a la Historia de la Compañía de Jesús”⁴. Risco, sin embargo, piensa que el padre Confesor fue austero y desprendido, buen teórico y buen teólogo, pero poco práctico y mal político; por otro lado, opina que si Nithard,

al caer del pedestal en donde D.^a Mariana se había obstinado en auparle, se hubiese retirado al Noviciado de Roma, como el Padre General de la Compañía se lo propuso, y volviendo al seno de su Madre, que en su desgracia le brindaba con cariño y con amor, hubiese acabado sus días, siguiendo vida humilde y pobre, hubiera dejado al mundo un ejemplo de desprendimiento y de humildad digno de eterna memoria; pero, en cambio, se obstinó en seguir brillando, en volver a España a todo trance, y esta obstinación empañó el brillo de su austero carácter y nos dejó bastante sospecha de que no le disgustaba el fatuo del poder⁵.

Por último, están los que ponen en duda el talento político del padre Juan Everardo y le tachan de ambicioso. Maura y Gamazo dice de él que estaba

tan poseído de la dignidad de sus cargos como resuelto a cumplir bien los deberes que ellos le impusieran; pero corto de luces para discurrir y rígido con exceso en el obrar, transigía o se obstinaba erróneamente y administraba con poca discreción o a destiempo la blandura y la energía, la complacencia y la testarudez, la sequedad y el agasajo⁶.

⁴ A. ASTRAIN: *Historia de la Compañía de Jesús en la asistencia de España*, Madrid 1920, VI, pp. 116-117.

⁵ A. RISCO: “Juan de la Tierra (narración histórica)”, *Razón y Fe* 50 (1918), p. 446.

⁶ G. MAURA GAMAZO: *Vida y Reinado de Carlos II*, Madrid 1990, p. 76.

De confesor de la Reina a embajador extraordinario en Roma...



Juan Everardo Nithard. Grabado por F. Andriot, a finales del siglo XVIII, inspirándose en una pintura de Joannes De la Borde

L. M. Ramírez y las Casas Deza opinan que no se puede dudar de su instrucción y sobresalientes talentos, pero

fue un hombre intrigante y ambicioso de puestos eminentes, dignidades y honores, que por evitar disturbios hubiera debido renunciar en España si era desprendido, virtuoso, y amante de la paz como cumplía a su carácter y estado ⁷.

Cánovas del Castillo dice de él “soldado en sus primeros años, pasó de la celda a palacio y de la dirección de una conciencia a la de una monarquía”, pero en su opinión cometió dos faltas: “la de ser impaciente ambicioso y la de ser extranjero” ⁸. Amador de los Ríos le acusa de

hombre astuto, insinuante, ambicioso, y tan resuelto y audaz, que lejos de encubrir la mano que se tomaba en los negocios, hacía público alarde de su influjo, a veces exagerándolo, para que se le consintiese en mayor grado, y a veces tratando con altivez de superior a los ministros ⁹.

Cuando salió exiliado de Madrid, se dirigió a Roma, en donde, superadas algunas dificultades, fue recompensado con numerosos cargos. A pesar de ello, nunca dejó de pensar en regresar a España y ser reintegrado en los puestos que gozaba. Guardó, asimismo, la esperanza de continuar en el gobierno de la Monarquía Católica, de la que se sentía fiel servidor. Después de los enfrentamientos en los que se vio implicado, y por la situación que atravesaba la Monarquía en aquellos momentos —durante los valimientos de Fernando de Valenzuela y don Juan José de Austria— Nithard renunció a regresar a la corte católica, al lado de la reina. Fue capaz de crear y mantener un círculo de personas que lo apoyaban, pero cuando partió a Roma, este grupo se fue desintegrando lentamente.

Sorprendentemente, esta etapa de Roma no ha sido tomada en cuenta por los historiadores que han estudiado al padre Nithard. Considero que fue muy importante y significativa. Las investigaciones sobre este personaje y período no se han detenido demasiado en las relaciones político-sociales que tuvo en las

⁷ L. M. RAMÍREZ Y LAS CASAS DEZA: “El P. Juan Everardo Nidhard”, *Semanario Pintoresco Español* 3 (16 de enero de 1848), p. 19.

⁸ A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: *Bosquejo histórico de la Casa de Austria en España*, Madrid 1911, p. 331.

⁹ J. AMADOR DE LOS RÍOS: *Historia de la Villa y Corte de Madrid*, Madrid 1863, III, p. 428.

cortes católica y romana, por lo tanto, trataré en el presente trabajo de analizar los individuos que rodearon al padre Nithard, aliados y detractores.

2. LA ACTIVIDAD DEL PADRE NITHARD EN LA CORTE DE MADRID (1649-1669)

El austriaco Juan Everardo Nithard¹⁰, confesor de la reina Mariana de Austria, fue un personaje bastante reconocido por el monarca Felipe IV; sin embargo, nunca llegó a desempeñar durante su reinado cargos de gran responsabilidad política. Durante este período, formó parte de la Junta de Reformatión de Costumbres, de la de Medios y Reservas, y de la Junta constituida para promover el dogma de la Inmaculada Concepción¹¹. Algunos autores indican que Felipe IV intentó elevarle al cargo de inquisidor general tras la muerte de don Diego de Arce y Reinoso, aunque parece poco probable por su

¹⁰ Juan Everardo Nithard nació el 8 de diciembre de 1607 en Falkenstein, Austria. Fue el quinto hijo de Juan Nithard, descendiente de una antigua familia alemana –fiel al emperador– establecida en el Tirol desde el siglo XVI, quien fue nombrado Comisario General para la extirpación de la herejía en el Austria superior. Debido a este servicio, el emperador Fernando III premió a sus descendientes con cargos palatinos y puestos en sus consejos, y confirmó su antigua nobleza a través de un decreto fechado en Ratisbona el 18 de abril de 1654. Juan Everardo ingresó muy joven en el Colegio de la Compañía de Jesús de Passau para estudiar Gramática. Por falta de salud, volvió a Linz, junto a sus padres, en donde le sorprendió la rebelión protestante de 1625, siendo preso, condenado a muerte y socorrido por las tropas imperiales cuando iba a ser lapidado. Posteriormente, ingresó en Viena, como Alférez, en el ejército de la Liga Católica (1625-1631), en donde estuvo durante dos años. Cuando se disponía a alistarse en otro regimiento en Milán, la lectura de Kempis le sugirió una vocación religiosa que le llevó a estudiar filosofía y teología en la universidad de Graetz (1633-1640), en Stiria. El 15 de octubre de 1631, cuando contaba 23 años, entró en la Compañía de Jesús, y profesó en aquella ciudad las cátedras de filosofía, teología y cánones (1641-1646). En 1646, fue elegido por el Emperador como confesor y profesor de sus hijos Leopoldo y Mariana. G. MAURA GAMAZO: *Carlos II y su corte: ensayo de reconstrucción biográfica*, Madrid 1911, I, pp. 199 y ss. L. M. RAMÍREZ Y LAS CASAS DEZA: “El P. Juan Everardo Nidhard...”, *op. cit.*, p. 17. Ch. E. O’NEILL y J. M. DOMÍNGUEZ (dirs.): *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús*, Madrid 2001, III, pp. 2818-2819. BNE, Mss. 8356, fols. 173r-188r.

¹¹ “Fue uno de los nombrados para agitar la declaración de la inmaculada concepción de la Madre de Dios. Escribió su célebre libro *El examen teológico*; y apenas se celebró junta de teólogos, de la cual no formara parte el P. Everardo” (M. DANVILA Y COLLADO: *Reinado de Carlos III...*, *op. cit.*, p. 484).

condición de extranjero¹². Sin embargo, parece que el rey trató de promocionarle para que ascendiera en la jerarquía eclesiástica. El propio Nithard comenta en sus *Memorias* que, en la primavera de 1665, el rey quiso presentarlo a Cardenal, pero él lo rechazó alegando que no ansiaba ni cargos ni dignidades. Según el propio confesor de la reina, fue él quien asistió al rey en su última enfermedad:

con gran prudencia, celo y lealtad, elogiado por todos; y consta que en aquellos supremos instantes manifestó el rey, que moría consolado, viendo que dejaba al lado de la reina su esposa, un sujeto tan de su satisfacción para dirigir sus aciertos¹³.

Tras el fallecimiento de Felipe IV, el 17 de septiembre de 1665, tal y como se disponía en su testamento, la reina debía gobernar, durante la minoría de edad de su hijo, con el consejo de una Junta de Gobierno formada por el presidente de Castilla (*conde de Castrillo*), el vicescanciller de Aragón (don *Cristóbal Crespi de Valldaura*), el arzobispo de Toledo (don *Baltasar de Moscoso y Sandoval*) y el inquisidor general (don *Pascual de Aragón* había sido elegido para ocupar este cargo), además de un Grande (*marqués de Aytona*), un consejero de Estado (*conde de Peñaranda*) y el secretario del Despacho Universal (don *Blasco de Loyola*), que actuaría como secretario de dicha Junta. Con esta Junta se intentaba evitar que la regente gobernase sin validos. El arzobispo de Toledo falleció doce horas después que el rey, acontecimiento que dio ocasión a la reina para introducir a su confesor en el puesto de inquisidor general, y así recibir su apoyo como miembro de la Junta de Gobierno. Para ello, debía aceptar don Pascual de Aragón el cargo de arzobispo de Toledo, y una vez que hubiera accedido, ya sólo quedaba a doña Mariana de Austria naturalizar al padre Juan Everardo y conseguir la bula pontificia que, como miembro de la Compañía de Jesús, le permitiese aceptar dicha dignidad¹⁴.

¹² Danvila lo acepta sin vacilar, y Astrain, entre otros, no ve probado este hecho. M. DANVILA Y COLLADO: *Reinado de Carlos III...*, op. cit., p. 484. A. ASTRAIN: *Historia de la Compañía de Jesús...*, op. cit., p. 104.

¹³ M. DANVILA Y COLLADO: *Reinado de Carlos III...*, op. cit., p. 488.

¹⁴ Véase la carta que doña Mariana escribió al cardenal Sforza, para que consiguiera del Papa el breve de inquisidor general para su confesor: AHN, Inq., lib. 274, p. 1084r. Sobre éste periodo, entre otros, G. MAURA GAMAZO: *Carlos II y su corte...*, op. cit.; *Vida y Reinado de Carlos II...*, op. cit. J. JUDERÍAS: *España en tiempo de Carlos II el hechizado*, Madrid 1912.

Fue a partir de la muerte de Felipe IV, cuando Nithard comenzó a desempeñar cargos de gran peso político por promoción de la reina, llegando a convertirse en lo que Felipe IV quería evitar a toda costa para la regente: su valido. El 12 de octubre de 1665, doña Mariana daba orden para que el padre Confesor entrase en la Junta de Obras y Bosques en lugar de fray Juan Martínez, confesor de Felipe IV¹⁵; el 15 de enero de 1666, la reina introdujo a Nithard en el Consejo de Estado; el 20 de septiembre del mismo año fue naturalizado, y dos días después fue nombrado inquisidor general. El 10 de noviembre se recibieron en la corte de Madrid dos bulas pontificias –una confirmando el nombramiento de inquisidor general¹⁶, y otra, ordenando, en virtud de santa obediencia, que lo aceptara– y un breve para la reina en el que el Santo Padre le confesaba las dificultades que había habido para cumplir sus deseos.

Desde este momento el padre Juan Everardo fue considerado el culpable de todos los males acaecidos en la Monarquía Católica, y además, paulatinamente fue granjeándose la enemistad de una facción cortesana, de “malcontentos”, encabezada por don Juan José de Austria, hijo bastardo de Felipe IV. Ambos grupos han sido designados con diversos términos por los distintos autores que han estudiado este período: los que pertenecían al liderado por el padre Nithard han sido clasificados como *everardos*, *nithardistas* o *nidardos*; y los que se inclinaban por el de don Juan José, *austriacos*, *austracistas*, *juanistas* o *donjuanistas*. En un memorial anónimo contemporáneo, que relata los sucesos acaecidos en los años 1668 y 1669, se indica que el tomar partido por uno u otro grupo llegó hasta el mismo cuarto de la reina, denominándose unas damas *Austriales* y otras *Gerardas*:

L. PFANDL: *Carlos II*, Madrid 1947. J. NADA: *Carlos II el Hechizado: El último Habsburgo español*, Barcelona 1968. H. KAMEN: *La España de Carlos II*, Barcelona 1981. L. A. RIBOT GARCÍA: “La España de Carlos II”, en *La transición del siglo XVII al XVIII. Entre la decadencia y la reconstrucción*, Madrid 1993, *Historia de España XXVIII* (fundada por Menéndez Pidal), pp. 61–204. J. CALVO POYATO: *La vida y la época de Carlos II el Hechizado*, Barcelona 1998. J. CONTRERAS: *Carlos II el Hechizado. Poder y melancolía en la Corte del último Austria*, Madrid 2003.

¹⁵ AGP, Personal, caja 740, exp. 19.

¹⁶ La bula de Alejandro VII confirmando el nombramiento de Nithard como inquisidor general, estaba fechada en 15 de octubre de 1666. M. DANVILA Y COLLADO: *Reinado de Carlos III...*, *op. cit.*, p. 505.

Cada cosa destas ha sido de mas incentiuo a la materia, y obligado a diuidir la Corte en vandos, de tal suerte, que hasta los mas principales della lo està, y se dize, que en el mismo quarto de su Magestad entre las damas y sus diferencias, llamandose las vnas Austriales, y las otras Gerardas ¹⁷.

No resulta extraño que las distintas facciones cortesanas tuvieran representación en la Cámara de la reina, en donde la camarera mayor, marquesa de Villanueva de Valdueza, y la dama Leonor de Velasco se decantaron por el partido “austrial”, mientras que la marquesa de los Vélez, aya del niño-rey, apostó por el partido “gerardo” ¹⁸. A. Risco manifiesta al respecto, cuando trata el conflicto

¹⁷ “Excelmo Señor. El auer escusado embaraçar a V. E. en las dos vltimas ocasiones de Flota, continuandole las nouedades, y sucessos de España, ha sido juzgar a V. E. en mayores cuydados, y ser las nouedades que se han ponido [*sic*] escriuiir tan de sumo desconsuelo, que por no aumentar a V. E. las en que se hallaua, he aguardado llegassen a sus oidos por otro mejor Coronista ; pero ya que me parece veo a V. E. con mas sossiego, me atreuo a tomar le [*sic*] pluma, para referir algunos sucessos de los que en este tiempo ha auido...” (pp. 14v-15r).

Dicho cuadernillo se compone de 94 páginas, y el mismo autor –anónimo– lo califica como “gaceta”. Carece de lugar de publicación, de fecha y de portada. Algunos investigadores lo han atribuido a Juan José de Austria, y se ha citado como “Recopilación de Papeles y Cartas... para la Reyna, en que se refieren sucesos acaecidos hacia 1668-1669” o “Cartas de D. Juan de Austria a la Reyna”. En él se ofrecen cartas y escritos de la época que corroboran los hechos referidos. En las *Memorias* de Nithard se hace referencia a una gaceta impresa de “60 fojas sin nombre del Autor, y sin fecha habiendo salido al público por el mes de Junio de 1670” (BNE, Mss. 8360, pp. 142v-143r).

¹⁸ Sobre la Cámara de la reina Mariana de Austria, véase: M^a V. LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO: “Entre damas anda el juego: las camareras mayores de Palacio en la Edad Moderna”, *Cuadernos de Historia Moderna* Anejo II (2003), pp. 123-152; “Mujer, poder y apariencia o las vicisitudes de una regencia”, *Studia Historica. Historia Moderna* (1998), pp. 49-66; “La evolución de las damas entre los siglos XVII y XVIII”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M^a P. MARÇAL LOURENZO (coords.): *Las Relaciones Discretas entre las Monarquías Hispana y Portuguesa: Las Casas de las Reinas (siglos XV-XIX)*, Madrid 2008, pp. 1357-1397. L. OLIVÁN SANTALIESTRA: *Mariana de Austria*, Madrid 2006; “Discurso jurídico, histórico, político: Apología de las reinas regentes y defensa del sistema polisindial, una manifestación de la conflictividad política en los inicios de la regencia de Mariana de Austria”, *Cuadernos de Historia Moderna* 28 (2003), pp. 7-34; “La dama, el aya y la camarera. Perfiles políticos de tres mujeres de la Casa de Mariana de Austria”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M^a P. MARÇAL LOURENZO (coords.): *Las Relaciones Discretas...*, *op. cit.*, pp. 1301-1355.

de protocolo habido entre la camarera mayor de la reina y la aya del rey, que el enjambre que servía a la reina implicaba dos inconvenientes: por un lado, era tan cuantioso el número de damas —y la cantidad de criadas que cada una de ellas traía— a las que había que alimentar y alojar, que no había lugar para aposentarlas a todas con decencia y comodidad; y por otro, el chismorreos y los piques de etiqueta que debieron de existir “entre tanta dama puntillosa”¹⁹.

Don Juan José de Austria gozó en un primer momento de buenas relaciones con el padre Nithard, a quien tuvo en estimación y gran concepto. Creía que el jesuita podría actuar de intercesor ante la reina para satisfacer sus aspiraciones —instalarse en la corte, obtener el título de Infante de Castilla y el puesto de primer ministro para entrar en el gobierno—. Mariana de Austria, sin embargo, se oponía constantemente a las numerosas peticiones de don Juan de entrar en el Consejo de Estado, y a partir de entonces fue cuando se gestó en don Juan José un odio irreconciliable hacia el padre Confesor “por creer que no sólo no favorecía sus pretensiones, sino que las estorbaba, siendo el autor principal de sus mortificaciones y desaires”²⁰. Hasta junio de 1667, don Juan no consiguió su objetivo de entrar en el Consejo de Estado, a través de la intervención del conde de Peñaranda.

Durante diez meses vivió don Juan en el Buen Retiro, y fue aquí en donde reorganizó el grupo de “malcontentos” que, o bien había sido excluido del gobierno, o bien se oponía al valimiento del inquisidor general. Este grupo de oposición fue ganando adeptos progresivamente, y lo formaban, entre otros, el duque de Medina de las Torres, los marqueses de Mortara y Mondéjar, el duque de Montalto (o cardenal Moncada desde marzo de 1667), el de Osuna, el del Infantado, el de Terranova, el cardenal de Aragón, etc. Posteriormente analizaré los motivos que tuvo cada uno para enfrentarse al padre Confesor.

A través de un Real Decreto de 21 de septiembre de 1667, la reina encomendaba la defensa de Flandes a don Juan José, nombrándole Gobernador y Capitán General propietario de los Estados de Flandes, los cuales estaban siendo

M^a C. SIMÓN PALMER: “Notas sobre la vida de las mujeres en el Real Alcázar”, *Cuadernos de Historia Moderna* 19 (monográfico, 1997), pp. 21-37. J. R. NOVO ZABALLOS, “La Casa real durante la regencia de una reina: Mariana de Austria”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M^a P. MARÇAL LOURENZO (coords.): *Las Relaciones Discretas...*, *op. cit.*, pp. 483-547.

¹⁹ A. RISCO: “Juan de la Tierra...”, *op. cit.*, p. 94.

²⁰ M. DANVILA Y COLLADO: *Reinado de Carlos III...*, *op. cit.*, p. 503.

invasidos por el rey de Francia. Don Juan creyó ver en Nithard el causante de este decreto, quien trataba a toda costa de alejar al bastardo de la corte.

Desde este momento, la facción de don Juan intentó apartar al inquisidor general del lado de la reina en numerosas ocasiones, bien difamándole para pedir luego su expulsión, o bien secuestrándole y embarcándole en alguno de los puertos. Se llegó incluso a planear el asesinato del padre Confesor al menos en dos ocasiones, ya que el mismo don Juan José pretendía verle muerto antes de salir de la corte. El primer intento, lo ejecutaría un antiguo amigo y favorecido de Nithard,

hombre traicionero de abolengo, francés de nación, a quien los madrileños llamaban Santoné, aunque el verdadero título era el Marqués de Saint Aunnais ²¹.

Se designó el día 17 de febrero de 1668 para llevar a cabo el atentado, pero Santoné se arrepintió en el último momento y les confió la trama al duque de San Germán, íntimo del inquisidor, y al conde de Castrillo, presidente del Consejo de Castilla. Fue el padre Náxera, profesor jesuita del Imperial, quien se encargó de prevenir al padre Nithard para que no asistiera al Consejo, utilizando la excusa de estar enfermo. El segundo intento, se encomendó al hermano del secretario de don Juan, Bernardo Patiño, quien se puso en contacto con José de Malladas —o Mallada—, aragonés que había sido capitán de caballos del ejército de Extremadura, y personaje que había recibido algunos favores del padre Juan Everardo. Malladas había sido el encargado de dar muerte a Santoné, para evitar así testigos que implicaran a don Juan José y a sus secuaces en el atentado del inquisidor. Poco antes de partir don Juan hacia la Coruña, el 25 de marzo de 1668, con el fin de embarcarse allí hacia Flandes, dejó encargados a Malladas y a tres capitanes reformados el asesinato del confesor. El golpe mortal se planeaba para primeros de junio, y para presenciarlo vino secretamente don Juan José desde la Coruña a la Villa de Valderas, lugar de los estados del marqués de Astorga, en donde se enteró que acababan de coger preso a Malladas y dado garrote en la cárcel de corte. Este escándalo causó gran asombro e indignación en la villa de Madrid y en la Junta de Gobierno —especialmente a los afectos a don Juan: Castrillo, Peñaranda y al vicescanciller de Aragón—, alegando que se había atropellado la cláusula del testamento de Felipe IV que prohibía a

²¹ A. RISCO: “Juan de la Tierra...”, *op. cit.*, p. 214. M. Danvila le llama Mr. de Santoñé: M. DANVILA Y COLLADO: *Reinado de Carlos III...*, *op. cit.*, p. 514.

la reina hacer tales actos de justicia, sin consultar a dicha Junta. Este hecho incrementó las antipatías hacia el padre Confesor, a quien culpaban de dicha ejecución, y el Consejo quedó dividido en dos bandos: la reina, el presidente de Castilla y el inquisidor por un lado, y el resto por otro.

Don Juan se había comprometido con la reina a partir hacia Flandes el 26 de junio. A pesar de firmarse el 2 de mayo la ignominiosa *Paz de Aquisgrán*, por la cual Francia se quedaba con los Estados de Flandes y restituía a la Monarquía Católica el Franco Condado, la partida de don Juan a Flandes era necesaria si no se quería perder el poderío que aún se conservaba. El 27 de junio, el príncipe don Juan se excusó de embarcarse hacia Flandes, alegando que:

[los] Médicos le aconsejauan no lo hiziesse, respeto del achaque que tenía, de vna destilación al pecho, y que si passaua a Flandes, en breue tiempo se le acabaría la vida.

Mariana de Austria ordenó entonces que:

entregasse los papeles, y despachos que lleuaua al Condestable de Castilla, para que passasse a Flandes en su lugar, y que su Alteza se boluiesse a Consuegra, y no entrasse en la Corte en veinte leguas en contorno, con que se halló obligado a pedir licencia para passar cerca de Madrid, para irse a Consuegra, por no arrodrear, sino es quebrantando el orden de las veinte leguas; concediósele ²².

Desde Consuegra, don Juan José procuró, de nuevo, apartar a Nithard del lado de la reina —quitándole la vida si fuera necesario—, y a este fin llamó al hermano de su secretario, Bernardo Patiño, señalándole el modo y la forma en que debía proceder. Este plan concluiría, según algunos autores, recluyendo a doña Mariana de Austria en un convento, secuestrando al rey-niño y entregando la regencia a don Juan José de Austria. El día 13 de octubre, cuando el rey-niño y la reina se disponían a salir al convento de la Concepción Francisca, se presentó en palacio don Pedro Pinilla, capitán reformado, con intención de hablar con la reina y dismantelar el plan de don Juan y Patiño. Aquella misma noche se decretó y realizó la prisión de Bernardo Patiño en la cárcel de corte y dos criados suyos, acusados de conspirar contra el padre Juan Everardo y contra la misma reina. La reina resolvió mandar entonces que se capturara a don Juan en Consuegra y se

²² “Excelmo Señor. El auer escusado embarazar...”, pp. 6r-6v.

llevara preso al alcázar de Segovia²³. La epístola que dejó escrita don Juan a la reina cuando huyó de Consuegra, supuso el punto álgido de la guerra literaria que don Juan mantuvo contra el padre Confesor, desde el comienzo de las hostilidades, a través de carteles murales, pasquines, líbelos, panfletos y memoriales dirigidos a la reina, la mayoría de ellos difamatorios²⁴.

A través de la *famosa carta*, dirigida a la reina, don Juan injuriaba al confesor, al que acusaba de “fiera indigna”, “emponzoñado basilisco”, tirano y traidor; se justificaba de la renuncia al gobierno de Flandes y de la huida de Consuegra alegando la necesidad de apartar al valido del lado de la reina; exigía, con amenazas a doña Mariana, la integridad física de sus partidarios –los “buenos españoles”–, en especial de Bernardo Patiño, preso en la cárcel de corte; y exponía cargos contra el inquisidor general. Pronto se defendió de estas injurias el padre Nithard, respondiendo con otra fechada en 25 de octubre; y a ésta siguieron un sinfín de cartas, alegatos, letrillas y pasquines²⁵.

Don Juan José huyó de Consuegra por la noche con 60 criados armados, y se dirigió a Aragón. Allí, pidió al Virrey, su íntimo amigo duque de Terranova, que le acogiese en Zaragoza, pero la reina desbarató sus planes nombrando al

²³ El 21 de octubre se dio orden:

“para que el Marqués de Salinas, Capitán de la Guarda Española, con cinquenta reformados, Cabos todos de importancia, que estauan prevenidos del día antes, para que fuesse a Consuegra donde estaua el señor Don Iuan, y que executasse la instrucción que se le daua: salió de aquí Domingo en la noche, y auiendo llegado a Consuegra el Martes a medio día, hallaron la jaula sin el paxaro, y en ella los criados que no auian acompañado a su Alteza, y una carta para la Reina nuestra señora; de que luego que boluio el Marqués de Salinas, salieron infinitas copias, y todas concordes”. “Excelmo Señor. El auer escusado embarazar...” (p. 8r).

²⁴ López Vela indica que en “la propaganda contra Nithard, éste es siempre designado como el *Padre Confesor*, mientras sus partidarios se refieren con igual insistencia a su figura como *inquisidor general*”. R. LÓPEZ VELA: “La crisis del Santo Oficio (1621-1700): los acontecimientos en la Península: la época de Carlos II: la Regente y el P. Nithard, inquisidor”, en B. ESCANDELL BONET y J. PÉREZ VILLANUEVA (dirs.): *Historia de la Inquisición en España y América*, Madrid 1984, I, p. 1087.

²⁵ Ambas cartas fueron copiadas y difundidas por todos los territorios de la Monarquía Católica y por otros reinos. Por este motivo, hoy se encuentran numerosas copias en varios centros de documentación, archivos y bibliotecas. Sobre la famosa carta y la “guerra literaria”, véase A. VERMEULEN: “*A quantos leyeren esta carta...*” *Estudio histórico-artístico de la famosa carta de don Juan José de Austria fechada en Consuegra, el 21 de octubre de 1668*, Leuven 2003. J. CORTÉS OSORIO: *Invectiva política: contra Don Juan José de Austria*, Madrid 1984.

conde de Aranda virrey de Aragón, y encarcelando a sus criados en Zaragoza. Don Juan se apresuró hacia Lérida, deteniéndose en el castillo de Flix, y desde allí se dirigió a Barcelona, en donde don Gaspar Téllez de Girón, duque de Osuna, le acogió muy amistosamente alojándole en la Torre de Lledó. Don Juan intentó ganar desde Barcelona adeptos a su causa, y así, se decidió a presionar a la reina para que expulsara lo antes posible a su confesor²⁶. Para llevar a cabo este objetivo, don Juan José partió desde dicha ciudad hacia Madrid el 4 de febrero de 1669²⁷ al frente de 300 caballos²⁸. Pasó por Montserrat, Lérida, Fraga, Zaragoza, etc., lugares en donde “hizieron singulares demostraciones de afecto al señor Don Iuan, y de aborrecimiento al Padre Confessor”²⁹, especialmente en la ciudad de Zaragoza; además, reclutó en ellos gran número de seguidores. La reina resolvió el 5 de febrero, que la tropa que acompañaba a don Juan volviese a Cataluña y que con sólo sus criados se retirara a Consuegra o a otro lugar de Castilla a una distancia de veinte leguas de Madrid. El día 22 don Juan llegó a Torrejón de Ardoz, a donde:

le fueron a ver sus parciales, y gran número de gente a pie, y a caballo; que con los trescientos hombres armados, que traía consigo de Cataluña, llegaron al número de seiscientos; dándole la bienvenida, y nuevos alimentos, a que siguiese en sus temerarios intentos³⁰.

El padre Confesor contaba cada vez con menos adeptos en la corte. De todos los que formaban el Consejo, sólo podía contar con el apoyo de la reina, que se negaba a que saliera de la corte; del Almirante de Castilla, claro enemigo de don

²⁶ “Reclamando se le mandara salir de los dominios de S. M. y encaminase a Roma o donde S. M. fuere servida, fuera de ellos para recobrar la propia libertad y soberano juicio y prudencia” (M. DANVILA Y COLLADO: *Reinado de Carlos III...*, *op. cit.*, p. 523).

²⁷ M. Danvila indica que partió el 2 de febrero y no el 4. M. DANVILA Y COLLADO: *Reinado de Carlos III...*, *op. cit.*, p. 529.

²⁸ Don Juan José de Austria había reclamado al duque de Osuna, virrey de Cataluña, una escolta necesaria para la seguridad de su persona, y éste se la había concedido “sin obtener antes la venida de S. M. y más cuando era tan precisamente necesaria en aquellas partes”. M. DANVILA Y COLLADO: *Reinado de Carlos III...*, *op. cit.*, p. 528.

²⁹ “Relacion puntual, y verdadera de la salida del Padre Iuan Everardo, Confessor de la Reyna nuestra Señora, el Lunes 25 de Febrero deste año de 1669”. RAH, 9/3779 (5).

³⁰ J. E. NITHARD: *Relación Histórica de las cosas que han sucedido en España desde el año 1660...* o sus *Memorias*. BNE, Mss. 8351, pp. 1r-1v.

Juan; y del presidente de Castilla, Sarmiento de Valladares, que comenzaba a flaquear ante la presión ejercida por los “austriales”. El marqués de Aytona también le había sido favorable, y el duque de Medina de las Torres, pero éste falleció el 8 de diciembre de 1668. Los demás miembros de la Junta de Gobierno veían ya inminente la salida del jesuita, y los cardenales de Moncada y de Aragón llegaron incluso a ofrecerle en nombre del Papa el capelo cardenalicio, pero Nithard les contestó que no lo aceptaría si el Sumo Pontífice no se lo ordenaba directamente.

Doña Mariana de Austria se negaba a ceder a la violencia de don Juan y de sus aliados, y ante la negativa del bastardo de despedir su escolta y abandonar esta empresa, se pensó en proteger la corte. Ofrecieron su lealtad y asistencia para la defensa de la autoridad real los regidores y gremios (que sumarían unos 6.000 hombres armados), y algunos señores, grandes y títulos de Castilla. El marqués de Peñalba recibió orden de juntar la caballería alojada en los contornos de la corte, y se llegó a pensar en secuestrar las rentas de don Juan y en fortificar Madrid. El cardenal de Aragón, el conde de Peñaranda y el vicecanciller de Aragón, parciales de don Juan José, se opusieron fuertemente a estas medidas. La reina, ante estas circunstancias, no tuvo más remedio que aceptar el destino de su confesor —quien se negaba a renunciar a sus empleos y reconocimientos—, y ceder ante las amenazas de sus émulos ³¹.

³¹ Sobre el tema, entre otros, A. ASTRAIN: *Historia de la Compañía de Jesús...*, *op. cit.*, pp. 102-117. M. DANVILA Y COLLADO: *Reinado de Carlos III...*, *op. cit.*, p. 482-542. T. EGIDO (coord.): *Los jesuitas en España y en el Mundo Hispánico*, Madrid 2004, pp. 168-171. J. A. ESCUDERO LÓPEZ: “Don Juan José de Austria frente al padre Nithard”, *Historia* 16 n° 121 (1986), pp. 71-74. R. LÓPEZ VELA: “La crisis del Santo Oficio (1621-1700)...”, *op. cit.*, I, pp. 1079-1088. J. J. LOZANO NAVARRO: *La Compañía de Jesús y el poder en la España de los Austrias*, Madrid 2005. I. MENDOZA GARCÍA, “El Padre Juan Everardo Nithard: Valido e Inquisidor General”, en *Inquisición española: nuevas aproximaciones*, Madrid 1987, pp. 77-98. R. PILO GALLISAI: “Casi todos los hombres del Cardenal Moncada. La Conjura de Otoño (octubre de 1668-marzo de 1669)”, en J. M. DE BERNARDO ARES (coord.): *La sucesión de la Monarquía Hispánica, 1665-1675: Lucha política en las Cortes y fragilidad económica fiscal en los Reinos*, Córdoba 2006, pp. 257-275. J. POESCHL: “Johann Eberhard Nithard ein Kardinal aus dem Mühlviertel”, *Beiträge zur Landes-und Volkskunde des Mühlviertels*, Rohrbach 1914. L. M. RAMÍREZ Y LAS CASAS DEZA: “El P. Juan Everardo Nithard...”, *op. cit.*, pp. 17-19. A. RISCO: “Juan de la Tierra...”, *op. cit.*, pp. 84-98, 211-223, 437-447. M. C. SÁENZ BERCEO: “Juan Everardo Nithard, un Valido extranjero”, en L. SUÁREZ FERNÁNDEZ y J. A. ESCUDERO LÓPEZ (coords.): *Los Validos*, Madrid 2004, pp. 323-352. F. TOMÁS Y VALIENTE: *Los validos en la monarquía española del siglo XVII*, Madrid 1990.

2. 1. Expulsión y exilio del padre Nithard

La Junta de Gobierno recomendó a la reina que se valiese de la interposición del cardenal Federico Borromeo, nuncio de su Santidad, y que fuese él quien entregase la carta de creencia a don Juan en Torrejón de Ardoz. En esta carta se le indicaba que prestase la obediencia debida a su Majestad, que despidiese “luego” la escolta, y que se retirase a Guadalajara y que no se acercase a la corte, evitando así violencias y turbaciones. El nuncio se la entregó el 24 de febrero, y don Juan José de Austria respondió que:

no había que dilatar más, lo que se había de ejecutar; y que si el día siguiente 25 de Febrero, no salía el Confesor por la puerta, saldría por la ventana; y que él se entraría, acompañado de su gente, en Madrid, a ejecutarlo por su persona³².

El mismo día, cuando Nithard confesó a la reina, se hincó de rodillas, y le dijo que aceptaba la decisión de la Junta, pero que si debía de salir de España, le pedía que se lo mandara por Real Decreto, de modo que le sirviera de escudo para el desempeño de sus obligaciones. El nuncio regresó a la corte a las nueve de la noche y participó la respuesta a doña Mariana. El lunes 25, se juntó el Consejo Real en la casa del presidente de Castilla —estuvieron reunidos desde las tres de la tarde hasta diez de la noche—, y decidieron que la reina condescendiese a la pretensión de don Juan José. Se reunieron también los ministros de la Junta —el cardenal de Aragón, el presidente de Castilla, el vicescanciller de Aragón, y el conde de Peñaranda—, a excepción del marqués de Aytona “por hallarse gravemente indispuerto”, y decidieron igualmente que el padre Confesor debía ser apartado del real lado de doña Mariana por evitar la amenaza de un tumulto popular. El presidente de Castilla y Peñaranda se opusieron a “que se obrase tan atropelladamente, por un temor afectado”, y alegaron multitud de razones que justificaban su inocencia. Estas razones y motivos fueron comunicadas al marqués de Aytona a través del secretario don Blasco de Loyola, y éste respondió de la misma manera que el Presidente y Peñaranda.

Mientras los ministros conferían divididos en estas razones, irrumpieron violentamente en el patio de palacio el duque del Infantado, el marqués de Liche y el de Povar, entre otros señores. Los dos primeros subieron a las antecámaras de la reina y pidieron audiencia para hablar con la reina, la cual se la

³² BNE, Mss. 8351, p. 2v.

denegó. Don Blasco les llevó a la Junta para que dieran ellos mismos el recado a los ministros, y dijeron que:

acabasen de resolverse aquellos Señores, en que saliese el Padre Confesor, porque convenía al bien público; y que si no había quien lo ejecutase, que allí estaban sus manos; y que no había que andar en más dilaciones.

Cuando la reina se enteró de estas noticias:

alzó sus ojos con lágrimas y suspiros al Cielo, y viéndose lastimosamente coartada y forzada, convino en fin en que el Padre Confesor inocente, saliese de la Corte, y España.

El mismo lunes, el padre Nithard acudió al Consejo de Inquisición y refirió a sus ministros “muy por extenso, el origen, causas, medios, y progreso de su tan horrenda persecución, sin haber jamás dado justo motivo a ella”, y atacaba al mismo nuncio, quien “no sólo no le asistía, como debía, sino que antes se arri-maba, y favorecía a la parte contraria”. Cuando el padre Confesor regresaba a su posada, encontró en ella a los padres superiores de la Compañía de Jesús, que ya enterados de todo, le pidieron que por evitar violencias saliese de la corte. También le visitó el Almirante de Castilla, su amigo, que iba a persuadirle del mismo intento que los padres, insistiendo en que “ya no había otro medio, sino es, el ceder, y partir de Madrid”.

A la una y media de la tarde, llegaron al palacio de la Inquisición los dos comisarios de la Junta, el cardenal de Aragón y conde de Peñaranda, encargados de comunicarle la resolución de su salida. Nithard aceptó por obediencia a su Majestad con toda resignación y prontitud. Los comisarios añadieron que debía salir aquella misma tarde al lugar que le pareciese, y que el cardenal de Aragón le recogería en su carroza y le acompañaría a Fuencarral, distante dos leguas de la corte. El inquisidor general volvió entonces a su aposento, y, después de rezar en su oratorio, mandó llamar a los ministros del Supremo Tribunal, a los que informó de la nueva resolución; y con esto,

se despidió de todos, abrazando a cada uno de por sí con demostraciones de amor, agrado, magnanimidad, y contento, que recabó las lagrimas de todos, y sólo en él, no pareció la menor seña de tristeza, ni desconsuelo.

El Consejo le ofreció dinero para el viaje, pero Nithard no lo admitió, y sólo aceptó que le acompañaran hasta la primera posada. Después, se dispuso el padre Confesor a escribir un billete a la reina pidiendo licencia para besarle la mano,

y despedirse de sus Majestades, al cual respondió doña Mariana con otro en el que expresaba el dolor que sentía de que hubiera llegado el estado de estas materias a tales términos, y en el reverso, escribía en alemán, en palabras muy sentidas, que temía que se causaran disturbios si Juan Everardo acudía a palacio a despedirse de ella y de su hijo.

Don Blasco también le visitó para ofrecerle dinero en nombre de la reina, y le comunicó que aquella misma noche se le enviaría a Fuencarral el Real Decreto de su Majestad. Nithard respondió que no pedía dinero, contentándose tan sólo con el tercio de su sueldo, cobrado al principio del mes antecedente; y que una vez gastado, despediría a sus pocos y pobres criados que llevaría consigo y, haciendo a pie lo restante de su viaje, pediría limosna de puerta en puerta, ya que “habiendo entrado pobre y desnudo en España, saldría de ella en la misma forma”. Asimismo, le ofreció el cardenal de Aragón mil doblones para la jornada, y el conde de Peñaranda una letra abierta de crédito, oferta que rechazó el inquisidor general.

A las cuatro y media de la tarde llegó el cardenal de Aragón con su carroza para recoger al confesor. El padre Juan Everardo sólo llevaba su hábito y su breviario. Fuera había gran cantidad de gente, entre ellos

muchos criados, y Lacayos de el Cardenal Moncada, y de otros parciales del Sr. D. Juan, enviados de sus amos, de intento, que comenzaron a darle vaya, con gritos, silbos, y oprobios, haciendo triunfo con mucho escarnio y vilipendio de su persona, proclamándole como estorbo de la restauración del Reino, que esperaban, y se prometían de el Sr. D. Juan: Pero el Inquisidor General con mucha serenidad y agrado, haciéndoles cortesía, les dijo: A Dios hijos, ya me voy: Y habiendo otros en la turba de la gente, que compadecidos de él, lloraban vivas lágrimas, les dijo: No lloréis sobre mí, sino sobre vosotros, y vuestros hijos.

Salieron por la puerta de S. Bernardino, tomando el camino de Fuencarral, siguiéndole todo el tribunal de la Suprema Inquisición, el conde de Medellín, y el marqués de Liche, entre otros. Las *gerardas* de palacio se enternecían y lloraban, y la mismísima reina no se levantó durante seis días continuos “de pura aflicción, dolor y sentimiento”³³. Una vez que llegaron a Fuencarral, el inquisidor

³³ “Y se ha sabido de cierto, que preguntando el Rey Nuestro Señor la causa de el concurso de la gente, y de el llanto de la Reina su Madre, y de las lágrimas de las Mujeres de el Palacio, y respondiéndole era, que sacaban de Madrid y España, al Confesor de su Madre; dijo (siendo niño de ocho años) hay tal maldad en el mundo? Vuélvanle a llamar luego, y castíguense los malhechores” (BNE, Mss 8351, p. 15r).

general se aposentó en la casa del cura, en donde se despidió del Cardenal y de los demás.

El martes 26 de febrero, mientras el confesor esperaba sus libros, papeles y “trastos”, y a que se hiciesen los vestidos de camino para sus criados, recibió el Real Decreto de la reina, fechado en 25 de febrero, a través del cual se le daba la licencia que muchas veces había pedido para abandonar la corte, asimismo, se le conservaban todos los honores, gajes y puestos que antes gozaba, y además, se le daría el título de embajador extraordinario en la corte de Roma o en la de Viena, dejándolo a su libre elección. Nithard vio en este decreto un pretexto para sacarle de la corte, pero aún así, aceptó disimulando los inconvenientes. La reina le concedió dos mil doblones para el gasto del camino, el Almirante de Castilla le envió mil doblones y algunos regalos de chocolate –aunque sólo admitió el segundo presente–, y la duquesa de Béjar, sin conocer al padre Confesor:

envió crédito para donde hubiese menester, ofreciéndole liberal gruesas cantidades; añadiendo, que si dejaba desacomodados algunos Criados, se los remitiese, que corrían por su cuenta.

Ese mismo día recibió el inquisidor general en Fuencarral un escrito del nuncio, en el que reconocía su inocencia y se excusaba de haber cooperado con sus émulos al mismo fin, habiendo podido impedirlo. También el presidente de Castilla, a través de su caballerizo, le envió dos cartas: en una de ellas se interesaba por su salud y mostraba su sentimiento por su salida; en la otra, le pedía que prosiguiera su viaje, pasando “a hacer noche en Alcobendas, o a otro lugar que pareciere conveniente”, para evitar que don Juan tuviera motivos de entrar Madrid. Por la mañana, le visitó el conde de Medellín para disponer, como caballerizo mayor de la reina, el carruaje necesario para el viaje. A lo largo del día, escribió Nithard al Papa, al Emperador y al Padre General de la Compañía de Jesús dándoles cuenta de su salida de la corte y de lo que había pasado en ella.

El día 27 de febrero, repitió el conde de Medellín su visita “muy por la mañana”, y una vez preparada la carroza, prosiguió el inquisidor general su viaje hasta San Agustín, a seis leguas de Madrid. Allí recibió cartas de apoyo de todos los ministros de la Junta, a excepción del marqués de Aytona, que se encontraba indispuerto; y el mismo día respondió a todos con palabras “muy corteses y religiosas”, disimulando todos los agravios que se le habían hecho. El inquisidor general confirmó al cardenal de Aragón, a través de su secretario don Joseph de Rivera, que se dirigía a Roma, y no a Viena, para que el Sumo Pontífice

desempeñara la función de Juez en su causa; y así comunicó a la reina el destino de su jornada en carta fechada en San Agustín, en 28 de febrero de 1669. Asimismo, le escribió otra pidiendo el beneplácito de su Majestad para:

poder nombrar un Presidente, que por el tiempo de su ausencia, gobernase en su nombre, aquel Supremo y Santo Tribunal; alegando a este fin muchos motivos y ejemplares, de lo que en otros tiempos se había practicado: Hizo el Inquisidor esta proposición, y súplica, por mayor abundamiento, y demostración de su rendido obsequio, y respecto a S.M.; porque en virtud de sus Bulas, y estilo continuado, podía haberle nombrado de su propia autoridad, sin necesidad de la facultad de S.M.

El 16 de marzo recibió el inquisidor general la respuesta de doña Mariana en Tolosa de Francia, indicándole que tras consultarlo en la Junta, “poco inclinada a las cosas del Inquisidor”, le negaba “lo que con tanta razón había pedido”.

El padre Juan Everardo continuó su viaje hacia San Sebastián, y “en todos los Lugares por donde pasaba, le recibió la gente con singularísimas demostraciones de compasivos sentimientos”, destacando las ciudades de Burgos y Vitoria. La primera, le acompañó hasta el colegio de la Compañía de Jesús, “aclamándole por fiel, y buen Ministro; y abominando las violencias que estaba padeciendo de sus émulos”. Allí le fueron a visitar el arzobispo, el Cabildo eclesiástico, el Regidor y los corregidores de aquella ciudad, “asistiéndole continuamente los tres días”. La segunda, le agasajó “con muy singulares expresiones de su compasivo afecto”. La que más se esmeró en recibimientos fue la provincia de Guipúzcoa, la cual envió a sus cuatro diputados y a su corregidor, cuando el confesor de la reina se acercaba, para recibirle con demostraciones de cordial afecto, y servirle hasta los confines de Francia. De allí se encaminó a la casa de Loyola, en la que nació San Ignacio, con el fin de hacer en ella los ejercicios espirituales; pero al segundo día le llegó un correo extraordinario de la reina, junto a otro del secretario don Blasco de Loyola –ambos fechados en Madrid a 11 de marzo de 1669–, en el que se le ordenaba que no se detuviera más en aquel lugar y que se excusase de “publicar escrito alguno, tocante a los casos, y accidentes que han pasado”.. Adjunto le enviaba

el memorial de el Nuncio de S. Santidad, en que, a instancia del Sr. D. Juan, suplicaba, se lo ordenase así S.M.; con que la Junta, y S.M. condescendieron, para desvanecer el afectado pretexto, con que el Sr. D. Juan se ejecutaba de despedir la escolta militar, hasta saber, que el

Inquisidor General estuviese fuera de España: a cuyo fin envió el Sr. D. Juan, un Caballero de S. Juan, para que siguiese, y contase los pasos, que iba dando el Sr. Inquisidor sin dejarle de vista, hasta poder avisar, de haber salido de España.

El mismo día de haber recibido dichas cartas, 16 de marzo, el inquisidor general contestó a doña Mariana y a don Blasco, comunicándoles que aceptaría las reales órdenes, a pesar de encontrarse indispuesto y en la cama por los estragos de los malos caminos y las largas jornadas. Nithard partió de Loyola al día siguiente y se dirigió a San Sebastián, en donde “le fue preciso detenerse por nueve días, hasta que viniese el carruaje de Burdeos, para llevar su ropa”.

El jesuita llegó a la ciudad de Tolosa (Francia), en donde se detuvo un par de días para mudar el carruaje. Allí recibió un correo extraordinario de la reina en el que le advertía que por el momento no convenía que nombrara persona para ejercer el puesto de inquisidor general. A este Real Decreto, replicó el padre Nithard a través de una extensa carta fechada en Tolosa de Francia a 12 de abril. Desde esta ciudad se encaminó a Marsella, aposentándose en el Colegio de la Compañía de Jesús. Allí le visitó el duque de Beufort, procedente del Puerto de Tolon, quien le comunicó

que con sumo gusto le daría dos, o tres Galeras, de las que entonces se hallaban en el Puerto de Marsella, para llevarle a Roma; pero, que no se atrevía a ponerlo por obra, porque estaba aguardando cada momento, órdenes de su Rey, para partirse con la Armada, y pasar a la Isla de Candia, a defenderla contra el Turco.

El inquisidor general tomó en Marsella dos *falucas*, y partió hacia Génova, ciudad en la que fue “liberalísimamente agasajado y regalado”. Dicha República envió una considerable limosna a la Casa profesa de la Compañía, donde Nithard estaba alojado, y destinó cuatro consejeros para que asistiesen cada día, desde la mañana hasta la tarde, al inquisidor general. Durante aquellos días se expulsó de la República de Génova al Inquisidor, un dominico llamado fr. Miguel Pío, debido a la publicación de ciertos decretos y excesos. El papa Clemente IX y la corte de Roma le restituyeron “amenazando excomuniones, y penas contra aquella República”, hecho que causó asombro en el padre Juan Everardo, ya que era algo que no se había hecho con él como inquisidor general de España que era. En Génova tomó una galera que le llevó a la Playa de Palo, y al día siguiente, día 16 de mayo, pasó a Roma,

donde el Marqués de Astorga Embajador de S.M. le alojó en el Jardín del Príncipe Borghese, deteniéndose allí solos tres días; y se confirió a la Casa Profesa de la Compañía de Jesús, viviendo incógnito en ella ³⁴.

El 21 de mayo de 1669, el inquisidor general escribía desde Roma al Consejo Supremo de la Inquisición comunicando su feliz llegada:

Después de casi tres meses de peregrinación y de haber padecido las inclemencias de vientos, lluvias, graniços, malos caminos y temporales de el mar que ordinariamente se experimentan en tan dilatada jornada llegué en 15 del corriente a la playa que llaman de Palo, de donde el día siguiente me encaminé al jardín del Príncipe Burgesio que dista vna milla de esta Ciudad, hospedaje que me tenía prevenido el S.or Marq.s de Astorga. Allí he estado incógnito algunos días hasta que en la misma forma me pasé a la Casa Profesa de mi sagrada Religión de que doy noticia a VS.s pidiéndoles me ayuden a rendir gracias al Cielo de haberme sacado con bien de tan penoso viaje encomendándole muy de veras la mejor dirección y suceso de mis negocios, que yo implorare el divino auxilio y alumbramiento para lo que tuviere que ordenar y disponer en dependencia del Conss.º, rogando a Dios le dé a VS. acierto en lo que les tocare ejecutar y les g.de m.s años como deseo ³⁵.

3. *FACCIONES POLÍTICAS EN LA CORTE CATÓLICA*

El padre Nithard dedica una parte de sus *Memorias* a los personajes que no le fueron favorables, es decir, a aquellos que contribuyeron a su expulsión de Madrid. Si bien en este apartado explica detenidamente los motivos que cada uno de ellos tuvieron para enemistarse con él, su verdadera importancia radica en la información que nos proporciona sobre las facciones políticas que articulaban la

³⁴ Todas las citas de este punto han sido tomadas de sus *Memorias*, Libro 20: “En que se refiere lo que pasó, desde 22 de Febrero; y en la salida del Inquisidor General de Madrid; y después de ella, hasta su llegada a Roma” (BNE, Mss. 8351, pp. 1r-48v. AHN, Inquisición, lib. 274, pp. 1000r-1007r y 1067r-1082r). Sobre la salida del P. Nithard, véase también: “Relacion puntual, y verdadera de la salida del Padre Iuan Everardo, Confessor de la Reyna nuestra Señora, el Lunes 25 de Febrero deste año de 1669” (RAH, 9/3779 [5]).

³⁵ AHN, Inquisición, lib. 387, p. 30.

corte, perfilando así las relaciones familiares y clientelares entre los grupos de poder existentes. El jesuita escribió sus *Memorias*, a las que dedicó gran parte de su tiempo, con el único fin de justificar su inocencia ante los ojos del mundo y recuperar los cargos que poseía en Madrid. En ellas no deja de vislumbrarse el rencor y resentimiento que Juan Everardo aún guardaba a los que, en parte, provocaron su caída política. Se trata, por lo tanto, de las rencillas que una persona caída conservaba hacia los que consideraba sus enemigos. A la hora de interpretar esta documentación, hay que tener precaución con las manipulaciones que el padre Confesor introduce en ella para convencer al lector de sus buenas intenciones, de su humildad y de su inocencia. Aún así, la información que nos transmite sobre este período histórico es riquísima y de gran relevancia.

3.1. *Detractores del padre Juan Everardo Nithard*

Al jesuita se le imputaron numerosas faltas, que fueron aprovechadas y aireadas por sus enemigos para crearle una opinión pública adversa, tales como: el hecho de ser extranjero –lo cual implicaba no poder desempeñar los puestos que ejercía, por ir en contra de las leyes de estos reinos y contra la última voluntad del testamento de Felipe IV–³⁶; se le criticó también por aceptar dignidades siendo jesuita; se le tildó de “hereje” hasta la adolescencia, y de proceder de “oscuro linaje”³⁷ –el hecho de ser austriaco hacía más creíble este rumor–³⁸; se le acusó de inducir a dos decretos impopulares, tras la muerte de Felipe IV, para que se cerrasen los corrales de comedias –alegando que en tiempo de luto y llanto eran inoportunas la música y la diversión–³⁹; se le imputaron una serie de desaciertos en su gestión política, como son la independencia de Portugal, la pérdida de los estados de Flandes y, finalmente, la Paz de Aquisgrán⁴⁰; se le

³⁶ BNE, Mss. 8351, pp. 11r.

³⁷ BNE, Mss. 8364, pp. 378v.

³⁸ A su vez, la Compañía de Jesús recibió duras críticas –procedentes principalmente de la orden de los dominicos–, siendo acusada de “ser semillero de herejes, de tener doctrinas relajadas que van a poner en peligro los principios de la fe y la convivencia [...], colocando a sus hombres en el Consejo, como inquisidores...”. R. LÓPEZ VELA: “La crisis del Santo Oficio (1621-1700)...”, *op. cit.*, I, pp. 1086-1087.

³⁹ A. ASTRAIN: *Historia de la Compañía de Jesús...*, *op. cit.*, p. 104.

⁴⁰ BNE, Mss. 8364, pp. 378r-384r.

atribuyó, asimismo, ser el principal promotor de que la emperatriz, doña Margarita Teresa, partiera a Alemania para casarse con el emperador Leopoldo I, en contra de la opinión de los principales ministros y de gran parte pueblo, que alegaban que no debería partir de estos reinos por hallarse el rey en tan corta edad, y además, por los cuantiosos gastos que supuso la jornada a Alemania –más de cuatro millones de ducados–, cantidad que recaía sobre los pobres vasallos⁴¹; se le atribuyó el mandar a Alemania dinero para fundar allí un “Real y suntuoso convento” al que se retiraría la reina, abandonando así a su hijo en su tierna edad⁴²; por su condición de alemán y vasallo del Emperador –quien no había socorrido los estados españoles de Flandes de los ataques franceses–, se vio afectado por el “antigermanismo” que imperaba en la corte⁴³; además, se le culpó de tirano, ambicioso y despótico; de haber dado garrote a José de Mallasdas; de ser causa de turbaciones y del desorden general en el gobierno; de su incapacidad para gobernar; de haber perdido reinos y provincias; de despreciar a la nobleza y a la milicia; de la falta de justicia y economía –“estando rendidos y aniquilados los vasallos de Castilla con el peso de tributos”–; de su terquedad en no querer salir de estos reinos –“dando ocasión de guerras a fuego y sangre”–; de haber apartado a varios personajes de la corte⁴⁴, etc.

⁴¹ Nithard argüía que no se había gastado más de un millón, obtenido de la contribución de todos los reinos, como es costumbre; no habiéndose quejado nadie de los ocho millones que se invirtieron en la jornada de la reina de Francia, doña María Teresa de Austria (BNE, Mss. 8351, pp. 12r-13r). Al jesuita “no le importaba volver a su tierra ya que cuando en 1663 se trató de formar casa en Alemania que sirviera a la infanta Margarita, prometida del Emperador Leopoldo, su tío, Nithard le escribió comunicándole que se le había sugerido como confesor de la futura emperatriz y que él aceptaría gustoso el encargo. La respuesta negativa de Leopoldo fue fulminante, señalando el buen papel que Nithard podía hacer en la Corte española, dado que contaba con el aprecio del Rey, pero sobre todo porque si el Rey muriera”, la reina no tendría junto a sí a nadie de su confianza. M. C. SÁENZ BERCEO: “Juan Everardo Nithard...”, *op. cit.*, p. 330. Sobre la jornada de la infanta Margarita, véase: F. LABRADOR ARROYO: “La organización de la Casa de Margarita Teresa de Austria para su jornada al Imperio”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M^a P. MARÇAL LOURENZO (coords.): *Las Relaciones Discretas...*, *op. cit.*, pp. 1221-1266.

⁴² BNE, Mss 8351, pp. 13r-13v.

⁴³ *Ibidem*, pp. 13v-14v.

⁴⁴ BNE, Mss 8364, pp. 378r-384r.

De acuerdo con ello, el padre Confesor acusó de haber contribuido a las persecuciones ejecutadas contra él, entre otros, a los Consejos –a los de Aragón⁴⁵, Castilla⁴⁶ y Estado⁴⁷–, a la Junta General de Gobierno⁴⁸, a las órdenes religiosas de Santo Domingo⁴⁹ y San Francisco⁵⁰, al vulgo popular⁵¹ y al odio nacional de los españoles⁵². F. Tomás y Valiente mantiene que el padre Nithard fue “el primer valido depuesto contra la voluntad real, por la fuerza de don Juan de Austria y por la fuerza de la opinión”⁵³. A través de sus *Memorias*, podemos conocer a sus principales enemigos, a los que cita individualmente, y a la facción cortesana que quiso apartarle del lado de la reina:

Su principal enemigo fue don Juan José de Austria, hijo de Felipe IV y de la conocida actriz María Calderón –más conocida como la “Calderona”–⁵⁴. El rey

⁴⁵ BNE, Mss. 8360, pp. 172r-179v.

⁴⁶ *Ibidem*, pp. 180r-186v.

⁴⁷ *Ibidem*, pp. 188r-191r.

⁴⁸ *Ibidem*, pp. 192r-194r.

⁴⁹ Atribuido al “odio interesado e implacable que los Dominicos tienen contra la Religión de la Compañía de Jesús y contra cada uno de sus hijos, procurando desacreditarlos, y hacerlos odiosos con los demás”. A ello hay que sumar el temor que tenían de que el inquisidor general introdujera en el puesto de confesor del rey a un jesuita (BNE, Mss. 8351, pp. 11r-11v).

⁵⁰ Los franciscanos exigían que el puesto de confesor de las reinas debía recaer en un fraile de su orden. Por ello, aprovecharon la coyuntura y descontento de don Juan para apartar al padre Nithard del lado de la reina (*Ibidem*, pp. 11v-12r).

⁵¹ BNE, Mss. 8360, pp. 239r-254v.

⁵² *Ibidem*, pp. 255r-258r.

⁵³ F. TOMÁS Y VALIENTE: *Los validos en la monarquía española...*, *op. cit.*, pp. 19 y 23.

⁵⁴ Sobre don Juan José de Austria, véase: G. LETI: *La vita de don Giovanni d'Austria, Figlio naturale de Filippo IV*, Colonia 1686. J. CALVO POYATO: *Juan José de Austria, un bastardo regio*, Barcelona 2002. A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARINO: *Fueros, cortes y clientelas el mito de Sobrarbe, Juan José de Austria y el reino paccionado de Aragón (1669-1678)*, Barcelona 1992. J. CASTILLA SOTO: *Don Juan de Austria: su labor política y militar*, Madrid 1992; “El valimiento de don Juan de Austria (1677-1679)”, en *Espacio, Tiempo y Forma, Serie IV, H.ª Moderna* 3 (1990), pp. 197-211. S. GARCÍA MARTÍNEZ: *Sobre la actitud valenciana ante el golpe de Estado de Don Juan José de Austria (1668-1669)*, Valencia 1976. A. G. VON KALNEIN:

había reconocido como su hijo en 1642, cuando don Juan –como gustaba que le llamaran– contaba con trece años, y le nombró Gran Prior de la Orden de San Juan, concediéndole el gran priorato con castillo en Consuegra y cien mil escudos de renta anual. La paternidad real fue muy discutida por sus contemporáneos, llegando a decir Nithard y sus defensores que no era hijo de Felipe IV, sino del duque de Medina de las Torres. Durante el reinado de su real padre, fue nombrado gobernador de Flandes (1645), Capitán General de la Mar (1647), tomó parte en la pacificación de Nápoles –a raíz de la revuelta de Massaniello (1647-1648)–, fue virrey de Sicilia (1648-1651), fue nombrado consejero de Estado (1650), fue comandante en jefe de los ejércitos de Cataluña –en donde se ganó la simpatía de sus habitantes– (1651-1652), y nombrado virrey de aquel Principado (1653), fue virrey de Flandes (1656-1659), y en 1661 fue nombrado comandante en jefe de los ejércitos que combatían en Portugal. Sus fracasos en Portugal le obligaron a retirarse a Consuegra ⁵⁵.

Ya hemos apuntado que don Juan, en un primer momento, tuvo buenas relaciones con el padre Confesor, y así lo exponía éste:

El principal Autor y Chonphas de mis persecuciones y agravios fue el Sr. D. Juan de Austria, habiendo sido por muchos años del tiempo de la vida del Rey (que goza de Dios) y muchos meses después de su fallecimiento tan sí y afecto mío escribiéndome muchísimas cartas de su mano propias, llenas de cariño y benevolencias, haciendo mucha confianza de mi persona comunicándome, sus desconsuelos y diversas pretensiones, pidiendo mi parecer y cooperación, regalándome con diversas alhajas, dándome una señalada, y cuantiosa limosna, para labrar, y perfeccionar, la Capilla de S. Phelipe, en la nueva iglesia del Noviciado de la Compañía de Jesús en Madrid, alabando mucho mis prendas, y mucha ley, amor y celo del servicio de Dios de sus Majestades, del alivio de los vasallos y bien

Juan José de Austria en la España de Carlos II historia de una regencia, Lérida 2001. L. M. RAMÍREZ Y LAS CASAS DEZA: “D. Juan de Austria”, *Semanario Pintoresco Español* 4 (28 de enero de 1849), pp. 26-29. F. SÁNCHEZ MARCOS: *Cataluña y el Gobierno central tras la Guerra de los Segadores: el papel de don Juan de Austria en las relaciones entre Cataluña y el Gobierno central, 1652-1679*, Barcelona 1983. I. RUIZ RODRÍGUEZ: *Juan José de Austria: un bastardo regio en el gobierno de un imperio*, Madrid 2005; *Don Juan José de Austria en la Monarquía Hispánica. Entre la política, el poder y la intriga*, Madrid 2007.

⁵⁵ A. VERMEULEN: “*A quantos leyeren esta carta...*”, *op. cit.*, pp. 16-27.

común de la Monarquía. De que son testigos sus mismos principales criados y especialmente los Marqueses de Cerralbo, y Villafiel, D. Mateo Patiño su secretario de Estado, D. Jerónimo de Cuellar, su ayuda y secretario de Camera, D. Luis Fernando de Córdoba, su gentilhomme, y otros muchos: favores todos muy singulares, a que he procurado responder siempre, con mis religiosos obsequios e igual afecto en todas las ocasiones ⁵⁶.

Tras la muerte de Felipe IV, comenzó a sentir gran rencor y odio hacia el padre Confesor, buscando la ruina de su “honor, crédito y vida”, conspirando con los

Duques de Medina de las Torres, Montalto, Osuna y de Tierranueva, con los Marqueses de Montejár y Mortara, con los Condes de Castillo, y Peñaranda, trayendo también a su parcialidad al Cardenal de Aragón, el conde de Poting Embajador de Alemania, el Marqués de Grana y Barón de la Lisola, enviados de su Majestad Cesárea, al Vicecanciller de Aragón y otros ministros de los Consejos de Estado, Castilla y Aragón,

reuniéndose con ellos en “sus casas o iglesias o llamándoles a su secreta posada o después al Buen Retiro teniendo las más noches conventículos y Juntas con ellos” para tratar de aniquilarle, o al menos, de apartarle de los “Reales pies de su Majestad”. Escribió cartas acusándole de gravísimos cargos y excesos a:

los Reinos, Provincias, Diputaciones, Obispos, Virreyes, Gobernadores, Ciudades y Cabildos de Castilla, Aragón y Navarra y otras a los Embajadores, Virreyes y ministros de su Majestad fuera de España y a la Corte Romana y Cesárea.

No contento con esto, don Juan se valió de otro medio más violento,

tomándose una escolta militar de 300 caballos de las tropas del Rey nuestro señor que estaban en Cataluña sin pedir, ni obtener licencia de su Majestad, y con su propia autoridad y consentimiento del Duque de Osuna, su aliado y confidente, y armándose a las puertas de Madrid amenazando un saco de las casas y poniendo en confusión la Corte y turbando la quietud pública, obligando a la reina y a sus ministros a que el inquisidor general saliese de la corte.

Don Juan José de Austria y sus adeptos continuaron extorsionando a Nithard una vez que éste abandonó los reinos de España, incitando a la renuncia de su

⁵⁶ BNE, Mss. 8360, pp. 15r-15v.

puesto de inquisidor general, evitando la ejecución de la embajada extraordinaria, y provocando que fuese mandado salir de Roma, y habitar en algún colegio de la Compañía vecino a la “Ciudad Eterna”. El bastardo acusaba al padre Confesor de estorbar sus “designios e intereses ocultos”. Las causas y motivos de su discordia, fueron los siguientes:

- Diversos astrólogos habían pronosticado que Carlos II moriría en su “tierna edad y de muy pocos años”, y que sería don Juan quien llevaría la corona y el cetro real. Éste aspiraba a ser rey de las Españas o de algún otro Reino, como Polonia –habiéndole convencido de esta aspiración el barón de Lysola, enviado del Emperador–. Para ello, tras volver de Flandes, aspiró a casarse con alguna princesa soberana de la Casa de Austria. Él sabía que esto iba en contra del Emperador, y que el Rey Cristianísimo tampoco lo consentiría. Nithard, como vasallo de la Majestad Cesárea, también estorbaría dicha pretensión, y éste fue uno de los motivos de su enfrentamiento.
- Estando Felipe IV para morir, don Juan pidió licencia a través del conde de Castrillo y del padre Confesor, para recibir la última bendición de su padre. El rey le denegó la audiencia, diciéndole “que se volviese luego a Consuegra”, y don Juan José lo atribuyó al padre Juan Everardo, quien “no había hecho con eficacia sus oficios”.
- Habiendo venido don Juan a la corte con licencia de la reina para dar el pésame al rey–niño y a la reina, les suplicó que le diesen permiso para poder vivir de asiento en la corte. Tras consultarlo doña Mariana con la Junta de Gobierno –no estando el padre Nithard aún en ella–, y aconsejando los ministros que no convenía, don Juan se enfadó mucho con el padre Confesor y con los miembros de la Junta. Esta súplica, junto a la de entrar en el Consejo de Estado, se repitió en numerosas ocasiones, algunas de ellas a través del padre Confesor, y no lo consiguió hasta junio de 1667.
- Don Juan pretendió casarse con una de las archiduquesas del Tirol, pero éste recibió una respuesta poco esperanzadora del Emperador, que el bastardo atribuyó a los “malos oficios de dichos ministros Cesáreos y singularmente a los del Padre Confesor”.
- Don Juan José acusó al padre Nithard de querer alejarle de la corte cuando se le ofreció pasar a defender los estados Flandes de los ataques del Rey Cristianísimo. Tras detenerse largo tiempo en La Coruña, la reina decretó que se retirase a Consuegra, sin poder acercarse a veinte leguas

de la corte; y también se hizo responsable al inquisidor general de esta real orden.

Además de los motivos ya referidos, su Alteza atribuyó solamente al padre Confesor el garrote que se dio a Malladas; el intentar prenderle en Consuegra y llevarle preso al Alcázar de Segovia; el haber ordenado apresar a don Bernardo Patiño, hermano de su Secretario; el haber esparcido “abominables voces en su deshonor” y haber maquinado su muerte; el haberse disminuido los dominios de la Monarquía Católica –sobre todo en Portugal y en Flandes–, etc. Don Juan acusó repetidamente a su principal enemigo de haberse tomado

una soberana, y dominio despótico y absoluto de valido, y primer ministro en el universal gobierno de la Reina nuestra señora, poniéndose sobre las cabezas de todos ⁵⁷.

El segundo autor de las persecuciones del padre Nithard, fue el duque de Medina de las Torres, don Ramiro Núñez Felípez de Guzmán ⁵⁸, el cual

habiendo sido antes muy grande amigo suyo, y buscado su amistad en diversas maneras, cortejándole mucho y consultándole al Rey (que Dios haya) para que le nombrase con él para diversas Juntas secretas, y sobre negocios de grande importancia [...] alabándole mucho en diversas ocasiones y haciendo otras demostraciones de la grande estimación que hacía de su persona, instándole repetidas veces después de la muerte del Rey y alegando muchísimos motivos para que el Padre Confesor se encargase como primer ministro del gobierno de la Monarquía, ofreciéndose el Duque para asistir ayudarle en todo prometiéndole también aún en tiempo de la vida del Rey sacar la púrpura y un capelo.

El día que murió el valido don Luis de Haro, viviendo aún Felipe IV, el Duque le declaró al padre Confesor que estaba temeroso de que el rey eligiera por valido al conde de Castriello, su capital enemigo. Medina de las Torres le pidió que por medio de la reina lo estorbase, ya que no creía conveniente que el rey eligiese otro favorito. Nithard creía, por un lado, que esto lo insinuaba para que el propio Duque fuera elegido valido, “o al menos quedarse con las muchas ocupaciones que ya tenía, y oían a valimiento”; y por otro, para comprobar de

⁵⁷ *Ibidem*, pp. 15r-55r.

⁵⁸ Véase J. H. ELLIOT: *El conde-duque de Olivares*, Madrid 2004.

qué lado estaba el jesuita. Éste le respondió que no podía meterse en un negocio de tal calidad y peso, y le suplicó que le excusase de la comisión que pretendía encargarle. El Duque interpretó su respuesta como una negativa a colaborar con él, y comenzó a desacreditar al Confesor ante el conde de Pötting, embajador del Emperador, y la corte cesárea –se sirvió para este fin de don Martín Heracín, secretario del embajador–. El Duque ganó por este medio el favor y voluntad de la corte cesárea, y algunas conveniencias en la de Madrid, entre otras “la de haberle mantenido su Majestad en el Gobierno del Consejo de Italia si bien contra el parecer común de los Ministros y una cédula del Rey difunto”, pero no pudo alcanzar el valimiento ni con el rey, ni con la reina gobernadora. El duque de Medina de las Torres procuró tener más poder durante la regencia de doña Mariana, y para ello comenzó una batalla difamatoria contra la Junta de Gobierno y contra el padre Confesor, quien le era poco favorable. Finalmente, se alió al partido de don Juan para conseguir su pretensión, y alejar al padre Confesor del lado de la reina.

Pocos días antes de fallecer, Medina de las Torres visitó al padre Juan Everardo y le mostró su arrepentimiento, y le dijo que si se hubiera unido a él, y seguido sus dictámenes (que consistían en deshacer la Junta de Gobierno y alzarse el Duque con el puesto de primer ministro), “nunca hubieran llegado las cosas a los términos y disturbios que ya se experimentaban”. El Duque consideraba injustos los movimientos y pretensiones de don Juan José, y creía que la reina no debía nunca ceder a sus deseos ⁵⁹.

Otro de los enemigos de Nithard fue el marqués de Mortara, quien:

habiendo sido en algún tiempo muy estrecho amigo del Padre Confesor por esperar por su medio e intercesión sus conveniencias y medras, y preciádose sumamente de Cesáreo se volcó después, y volvió contra el Padre Confesor, sin embargo de haber recibido de él muchos beneficios.

El Marqués era estrechísimo amigo del duque de Medina de las Torres y cooperó con él en su intento de deshacer la Junta de Gobierno. También colaboró para que don Juan entrase en el Consejo de Estado. Cuando la reina ordenó que el bastardo se retirase a Consuegra por no haber querido partir a Flandes, Mortara creía que no debía de aceptar, ya que sus aliados le defenderían provocando alborotos.

⁵⁹ BNE, Mss. 8360, pp. 56r-60v.

La mayoría de los enfados que tuvo con el jesuita, se relacionan directamente con los agravios cometidos contra su grandísimo amigo Medina de las Torres, o contra don Juan José de Austria. El Marqués entró a la facción de los “malcontentos” porque pretendía acceder a “Presidencias y gobiernos”, y fue entonces cuando comenzó a colaborar con don Juan. Otro motivo para ir en contra de Nithard, fue el hecho de que votara a favor de la paz de Portugal, cuando el Marqués estaba en contra, o que se opusiera a ceder ciertas provincias y plazas de los Países Bajos a los holandeses. El marqués de Mortara adoptó esta actitud por “seguir y defender a sus amigos, y confederados”⁶⁰.

Uno de los más señalados perseguidores del padre Confesor, fue don Luis de Moncada, duque de Montalto y posteriormente conocido como cardenal de Moncada. Su padre, Antonio Moncada, había tenido muy buenas relaciones con la familia pontificia Barberini, y Luis siguió siendo criado de ésta hasta su muerte⁶¹. Su más “fino amigo” se convirtió en su más “cruel enemigo”. Cuando era caballero y mayordomo mayor de la reina, le visitaba frecuentemente en el Noviciado de Madrid, y siempre tuvo con él palabras de cariño y amor, llamándole “Sr. mío, amigo mío, amo mío”. Moncada fue uno de los responsables de la elección de Nithard como inquisidor general —tras la muerte de Diego de Arce y Reynoso—. El jesuita le correspondía siempre que podía:

le consolaba en sus melancolías, aflicciones y trabajos (que no eran pocos, ni pequeños) y le daba saludables consejos, allanaba muchas dificultades, componía las controversias, que tenía con otras personas, ayudaba sus pretensiones, y procuraba sus conveniencias y las de su casa e hijos;

además, él intercedió activamente para que se le nombrase consejero de Estado y para que se le concediese el capelo cardenalicio, que el Duque tanto deseaba.

⁶⁰ *Ibidem*, pp. 62r-69r.

⁶¹ Sobre Luis Guillermo Moncada-Aragón y la Cerda y su familia, R. PILO GALLISAI: “España y Roma. Conflicto político e intervención diplomática durante la minoría de Carlos II”, en P. SANZ CAMANES (coord.): *La Monarquía Hispánica en tiempos del Quijote*, Madrid 2005, pp. 615-625; “Casi todos los hombres del Cardenal Moncada. La Conjura de Otoño (octubre de 1668-marzo de 1669)”, en J. M. DE BERNARDO ARES (coord.): *La sucesión de la Monarquía Hispánica...*, op. cit., pp. 257-275; *Luigi Guglielmo Moncada e il governo della Sicilia (1635-1639)*, Caltanissetta-Roma 2008. L. SCALISI (dir.): *La Sicilia dei Moncada*, Catania 2007; *La Sicilia degli Heroi*, Catania 2008.

Una vez que el Duque consiguió el capelo, que fue el 7 marzo de 1667, comenzó a apartarse del padre Confesor. Pretendía seguir conservando el puesto de mayordomo mayor de la reina, y habiéndolo consultado la reina a la Junta de Gobierno, y dado ésta su rechazo, el Duque se ofendió con los ministros, y especialmente con el padre Juan Everardo. También le atribuía a éste el que la reina le ordenara que asistiera a Roma, al cónclave en el que se eligió al papa Clemente IX, alegando que él no saldría de España mientras durase la minoría de edad del rey. Su descontento continuó acrecentándose cuando, a cambio de partir a Roma, pidió y se le denegaron tres condiciones: el ejercicio y uso de una de las grandezas que el Cardenal tenía, que se le diesen 24.000 escudos de plata y moneda romana para su congrua, y que se le conservasen los gajes y emolumentos del puesto de mayordomo mayor de la reina⁶².

El duque de Montalto pensaba que conservando el puesto de mayordomo mayor y consejero de Estado, con el tiempo podría entrar en la Junta de Gobierno, y llegar a ser ayo del rey-niño y primer ministro. A este fin se hizo muy amigo del conde de Castrillo, a quien tenía por su adverso competidor. También pretendió el casamiento de su hijo con la hija de la marquesa de los Vélez, aya del rey, pero ante la negativa de la reina, Montalto la emprendió contra el padre Confesor, llegando a proponer a Castrillo sacarle de España en un coche de 6 mulas y otras de parada,

a imitación, de lo mismo que en otro tiempo hizo el Cardenal Riselu por semejante causa no causa, con el Confesor del Rey de Francia, y los Archiduques de Austria con el Cardenal Cleselio.

Ante la frustración de su intentó, Montalto llegó a decir de él: “No hay mil venenos con que matar a este mal hombre [...] yo mismo le arrancaré el corazón y me lo comeré”. A partir de entonces, el Cardenal entró en el grupo de los “malcontentos”, con “el Sr. D. Juan de Austria, los Duques Medina la Torres, de

⁶² Danvila afirma que Moncada fue un hombre:

“con ambición tal, que pretendió desempeñar a la vez el cargo de mayordomo mayor de la reina, habitar su palacio, entrar sin previo aviso en la cámara de S. M., y disfrutar el salario y emolumentos que le correspondían. Y aún añadió, que para residir en Roma se le asistiese del reino de Nápoles con 24.000 ducados de plata castellana al año, concediendo a su hijo el conde de Cartanageta el cubrirse por grande de España, cediéndole el cardenal una de las grandezas” (M. DANVILA Y COLLADO: *Reinado de Carlos III...*, *op. cit.*, pp. 506-507).

Osuna, de Terranova, los Marqueses de Mondéjar y Mortara y otros”, colaborando con don Juan en la expulsión del padre Confesor⁶³.

Otro de los enemigos de Nithard fue el conde de Peñaranda⁶⁴, don Gaspar de Bracamonte. Según el padre Confesor, el Conde “comió a dos carrillos”, mostrando por un lado gran celo al servicio de la reina, y por otro favoreciendo “ocultamente los injustos y violentos intentos del Sr. D. Juan”. Peñaranda tenía un trato amigable con el bastardo, y tuvo correspondencia con él a través de Diego de Velasco, criado y confidente de don Juan. El Conde fue del parecer que el padre Juan Everardo no votara en las materias tocantes a don Juan, y fue, además, el primero que propuso en el Consejo de Estado que la reina debía mandar salir al inquisidor general de la corte. También intervino en la suspensión de la embajada extraordinaria —pretexto que emplearon para que partiera de Madrid— y en el boicot que se le hizo en Roma —como fue la decisión de que se retirara a vivir a algún colegio vecino, fuera de Roma—. Se opuso, asimismo, a que el inquisidor general, en su ausencia, nombrara a un presidente, opinando que se le debía mandar renunciar a dicho puesto. Antes de que el padre Confesor saliera de España, Peñaranda aconsejó a la reina que le sacase un capelo cardenalicio de su Santidad. Pocos días después, Clemente IX dio ocasión a doña Mariana de nombrar a un cardenal, y cuando todos pensaban que sería el padre Nithard, la reina les sorprendió eligiendo a Portocarrero, deán de Toledo. El Conde sugirió entonces a la regente, con gran artificio, que pidiese juntamente otro capelo extraordinario para el inquisidor general, sabiendo muy bien que el Papa no se lo concedería.

⁶³ BNE, Mss. 8360, pp. 70r-79r.

⁶⁴ Sobre el conde de Peñaranda, véase I. MAURO: “¿Il divotissimo signor conte di Pegnaranda, viceré con larghissime sovvenzioni?: los fines políticos del mecenazgo religioso del conde de Peñaranda, virrey de Nápoles (1659-1664)”, *Tiempos modernos: Revista Electrónica de Historia Moderna* 5/15 (2007). A. M. CARABIAS TORRES: “De Münster a los Pirineos: propuestas de paz del representante español el Conde de Peñaranda”, en F. J. ARANDA PÉREZ (coord.): *VIIª Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna. I: La declinación de la monarquía hispánica*, Cuenca 2004, pp. 297-312. C. MÖLLER RECONDO: “¿Esplendor o declive del poder español en el siglo XVII?: el virreinato napolitano del Conde de Peñaranda”, en F. J. ARANDA PÉREZ (coord.): *VIIª Reunión Científica..., op. cit.*, I, pp. 313-332. G. PARKER (ed.): *La Guerra de los Treinta años*, Madrid, 2003. R. VERMEIR, *En estado de guerra. Felipe IV y Flandes, 1629-1648*, Córdoba 2006. A. J. RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ: *España, Flandes y la Guerra de Devolución (1667-1668)*, Madrid 2007.

Peñaranda fue estrecho amigo del duque de Osuna, con quien mantuvo secreta correspondencia; y siempre colaboró con los parciales de don Juan. Mantuvo gran rencor hacia el “Sr. Emperador y sus Ministros y otros Príncipes del Imperio y toda la nación Alemana” desde que estuvo en las dietas de Osnabrück, Münster y Frankfurt, y este odio lo encauzó hacia los vasallos imperiales residentes en la corte de Madrid: el conde de Pötting –embajador cesáreo–, el barón de Lysola –enviado del Emperador– y, especialmente, hacia el padre Confesor. Además, culpó a éste de ser el principal responsable de la partida de doña Margarita María a Alemania para casarse con Leopoldo I.

Otro motivo de su odio, fue que cuando el rey ordenó al conde de Peñaranda que dejara la presidencia del Consejo de Indias para pasar a la del Consejo de Italia, quitándosela al duque de Medina de las Torres, este traspaso se dilató mucho, y el Conde lo atribuyó a las influencias del Emperador y del padre Confesor, “a quien tenía por muy amigo del Duque”. También creía que el inquisidor general era muy amigo y confidente del duque de Medina de la Torres, del marqués de Mortara, del duque de Mondéjar y del conde de Castrillo, personajes poco afectos a Peñaranda, y esto le valió para desconfiar del jesuita. Además, se opuso a que le nombraran inquisidor general.

El Conde le acusó, entre otros cargos, de impedir que se concediese a su hijo, de diez años, la encomienda mayor de la orden de Calatrava –en cuyas constituciones y definiciones se manda que “que el Comendador mayor ha de tener edad, y años bastantes, para poder presidir y resolver en sus capítulos y definitorios”–; atribuyó a la influencia de Nithard los nombramientos de don Pedro de Aragón como virrey de Nápoles y el del conde de Lemos como virrey del Perú –al cual quería promover al marqués del Fresno, su cuñado–, y la elección de dos obispos como presidentes de Castilla –primero Diego Riquelme, obispo de Plasencia, y luego Diego de Valladares, obispo de Oviedo–; le responsabilizó de la muerte de Malladas y de los disturbios acaecidos en la corte por las amenazas de don Juan, etc.⁶⁵.

Mientras que vivió Felipe IV, don Cristóbal Crespi de Valldaura, vicescanciller de Aragón, fue gran amigo del padre Confesor. Al igual que Nithard, participó en la Junta del misterio de la Inmaculada Concepción, y tuvo gran afecto a la Compañía de Jesús y a todos sus miembros. Posteriormente, se unió con el

⁶⁵ BNE, Mss. 8360, pp. 80r-94r.

cardenal de Aragón y con el conde de Peñaranda para defender las pretensiones de don Juan y apartar al padre Confesor del lado de la reina, llegando a amonestarle después de salir de la corte. Colaboró y ayudó a don Juan de distintas maneras: disuadió que le hicieran prisionero, evitó que se castigasen a sus criados, remitió las cartas de don Juan a los reinos y ciudades, etc. El padre Juan Everardo dice de él que era hombre “de genio dominativo y despótico”. El Vicescanciller imaginaba que el padre Confesor tenía el “absoluto valimiento, gracia y confianza de la Reina”, y esto perjudicaba a la autoridad de la Junta. Además, no vio con buenos ojos que doña Mariana nombrara al jesuita consejero de Estado, inquisidor general y miembro de la Junta de Gobierno, yendo esto en contra del real testamento por su condición de extranjero. Le acusó del garrote dado a José de Malladas, quien había sido en el pasado criado del Vicescanciller y, según algunos, algo pariente suyo. Don Cristóbal había tenido anteriormente algunas discrepancias con el inquisidor general, y éste le acusaba de ser enemigo suyo y parcial de don Juan José de Austria ⁶⁶.

El conde de Pötting ⁶⁷, embajador de Alemania, se dejó “engañar y llevar” por el duque de Medina de las Torres, apartándose desde entonces de la amistad del padre Confesor. Según Nithard, puso en su contra al Emperador, olvidándose éste de los beneficios y servicios que le hizo “en los principios de su Embajada”. El Conde visitaba secretamente a don Juan en contra de la voluntad de Leopoldo I, y procuró desacreditarle en “Alemania y con la Reina nuestra señora” a fin de apartarle de sus reales pies. Se unió mucho con doña Leonor de Velasco, dama y tocadora de la reina, y “capital y jurada” enemiga del padre Confesor, a la que regalaba joyas y otros regalos preciosos. Ésta fue “confidenta y correspondienta del Sr. D. Juan”, y cada día escribía dos billetes

⁶⁶ *Ibidem*, pp. 95r-103r.

⁶⁷ Pötting llegó a Madrid como embajador el 3 de enero de 1663, y regresó a Viena en 1674, en donde fue nombrado Gran Mariscal de la corte cesárea. Durante su estancia en España, el Conde chocó con el barón de Lisola –comisionado para concluir los capítulos matrimoniales entre la infanta Margarita y Leopoldo I–, con el conde de Harrach –que le sucedería en el puesto de embajador en 1674– y con el marqués de Grana. Sobre este personaje, M. NIETO NUÑO: “El diario del Conde de Pötting, embajador cesáreo en la corte de Felipe IV y Carlos II”, *Boletín de la Real Academia de la Historia* 186, cuaderno 1 (1989). F. E. DE PÖTTING: *Diario del Conde de Pötting, embajador del Sacro Imperio en Madrid (1664-1674)*, Madrid 1990.

a éste y al embajador alemán informándoles de lo que pasaba en palacio, en los consejos y en la Junta.

El padre Juan Everardo se quejaba de que habiendo salido de Madrid, en 25 de febrero de 1669, y habiéndose detenido en Fuencarral, en donde le visitaron muchos “grandes y títulos de España y Embajadores de otros Príncipes”, él no hizo ninguna de estas demostraciones⁶⁸. En la carta que escribió el inquisidor general al Emperador desde Fuencarral, el 26 de febrero, le remitía su queja a este respecto⁶⁹. Pötting, en su diario, contradice esta falta de atención hacia Nithard, pues indica que el 26 de febrero envió en su nombre a su confesor, el jesuita Juan Hetzer⁷⁰.

El marqués de Grana –enviado del Emperador– fue uno de los más favorecidos del padre Confesor, pues su padre, que fue embajador del Emperador en la corte católica, poco antes de morir, suplicó a Nithard que tomase a su hijo –de tierna edad– bajo su amparo y protección⁷¹. Después, olvidando sus obligaciones, conspiró con los mayores enemigos y émulos del padre Confesor –los “malcontentos”– para alejarle del real lado de la reina. En Viena se unió con el Príncipe de Aversperg, “adversario antiguo y Persecutor de todos los Confesores de aquellos Príncipes y del Inquisidor General”, quien odiaba a los padres de la Compañía de Jesús por pensar que se oponían a su aspiración de ser primer ministro en aquel gobierno. Cuando el Marqués llegó a Madrid, visitó a don Juan, que entonces residía en el palacio del Buen Retiro, pasando desde entonces a

⁶⁸ BNE, Mss. 8360, pp. 104r-105v.

⁶⁹ “Y lo que causa admiración, y espanto es, que (según escribe D. Juan en su última carta para S.M.; y se dice común y constantemente en la Corte) el Conde de Peting, Embajador de V.M., arrimándose al partido de D. Juan, no sin grave nota y sentimiento de la Reina mi Señora; ha cooperado positiva, y eficazmente a este atropellamiento: Lo cierto es, que algunos días antes de él, y después de mi salida de Madrid, ni me ha visto, ni enviado un solo recado” (BNE, Mss. 8351, p. 25r).

⁷⁰ “Envié a mi Padre confesor a Fuencarral, a complimentar al Inquisidor General. Truxome una respuesta tan seca como lo acostumbró el buen Padre siempre” (F. E. DE PÖTTING: *Diario del Conde de Pötting...*, II, p. 21).

⁷¹ El jesuita lo cumplió, “en tal amor, cuidado, asistencia y desvelo, que el Marqués niño le experimentó y tuvo siempre en lugar de Padre tomando y siguiendo su dirección y consejo en todo lo que se le ofrecía, hallándose en diversos tiempos en Madrid y reconociéndose a este paso sumamente agradecido y obligado como era razón”.

colaborar con el grupo de “malcontentos”. Tuvo gran amistad con el cardenal de Moncada, que fue quien negoció la venida del Marqués a la corte católica, y participó con él en la expulsión del jesuita. Parece que el emperador Leopoldo escribió al conde de Pötting confesándole que se arrepentía de haber enviado a Madrid al Marqués. Otro motivo de su irritación se produjo cuando el marqués de Grana pidió al inquisidor general que le diese en su casa “la mano, puerta y silla”, y el jesuita se negó alegando que:

el Inquisidor General por razón de su dignidad y puesto, y según sus etiquetas y costumbre antigua no cede a ningún Enviado de cualquiera Príncipe en los puntos pretendidos del Marqués como es notorio y lo testificarán el Conde Francisco de Lamberg Enviado que fue de su Majestad Cesárea, el Conde de Villars Enviado del Rey Cristianísimo, y Juliano Temple enviado del Rey de Suecia y otros ⁷².

Don Blasco de Loyola, secretario del Despacho Universal y de la Junta de Gobierno, fue también uno de los más beneficiados del padre Confesor, y uno de los más ingratos. Nithard había intercedido para que se le concediese la Secretaría del Despacho Universal y se le nombrase miembro del Consejo y Cámara de Indias. Además, ayudó mucho a sus hijos, interviniendo en la concesión de una plaza en el Consejo de Hacienda a la hija de don Antonio de Oyanguren, antecesor de don Blasco, para que casase con Antonio de Loyola, su hijo. Si bien en un primer momento don Blasco no mantuvo buenas relaciones con don Juan José, poco después de que éste entrara en el Consejo de Estado, se reconcilió con él y mantuvo secreta correspondencia a través de su hijo Antonio. La mujer del secretario, doña Úrsula, era, asimismo, íntima amiga de doña Leonor de Velasco, y don Juan enviaba joyas y otros regalos a su cónyuge a través de Diego de Velasco y Antonio de Frías, sus criados. Don Blasco se decantó por el “partido” de don Juan José de Austria, haciéndose gran amigo de éste y favoreciéndole siempre y cuando podía: deteniendo el correo, omitiendo cláusulas, robando documentos tocantes a la causa de su Alteza ⁷³, etc. El jesuita le justifica, insinuando que el secretario cooperó y entró al grupo de don Juan por las buenas

⁷² BNE, Mss. 8360, pp. 106r-111v.

⁷³ Dice Nithard a este respecto que “habiendo sido descubierto este fraude y embuste, y reprehendido gravemente de la Reina nuestra señora este sacrilegio de D. Blasco, lo sintió tanto, que cayó malo y murió dentro de pocos días” (*Ibidem*, p. 115r).

relaciones que tenía su esposa con él (lo comparaba con el engaño de Eva). Don Blasco tuvo gran amistad con el conde de Peñaranda, y ambos se hacían favores mutuamente. Fue en un primer momento poco afecto al Emperador y a los alemanes –“y de todos los extranjeros”–, y en cuanto que el padre Confesor era:

vasallo de su Majestad Cesárea, y su defensor, en cuanto justamente podía, y aún debía, por conservar la unión, y buena correspondencia de ambas Augustas líneas, se dejó llevar fácilmente de la corriente de los demás Ministros fuertemente opuestos a la Corte Cesárea y a los extranjeros, y cooperó en la forma referida al desvío del Padre Confesor.

También insinúa el padre Juan Everardo, que el hecho de colaborar con don Juan se pudo deber al temor que tenían muchos poderosos de la corte de que se cumplieran los pronósticos de los astrólogos, y don Juan de convirtiera en rey de España, el cual perseguiría a todos aquellos que no hubieran cooperado a la expulsión del inquisidor general ⁷⁴.

Otro de los más favorecidos por el inquisidor general, fue el marqués de Povar, a quien, según Nithard, llamaban comúnmente “Marqués de Bobar” por su corta capacidad. El padre Confesor consiguió para él de Felipe IV, entre otras mercedes –tanto para el Marqués como para sus hijos–, el título de mayordomo en la jornada de la emperatriz Margarita. Fue tanto lo que recibió, que él mismo decía que “debía al Padre Confesor, más que a su propio Padre”. La buena amistad con el padre Juan Everardo se truncó cuando nació el hijo primogénito del Emperador, y se eligió al conde de Puñoenrostro, “Caballero de muy lindas prendas y partes”, en lugar del Marqués, como enviado a la corte cesárea, para llevar la mantilla y otros presentes al neonato. Poco antes de la venida a la corte del señor don Juan, Povar le recriminó al confesor “las muchas obligaciones que le debía”, y éste le ofreció “de nuevo su amistad y favor en cuanto estuviese en su mano”. Sin embargo, el Marqués se arrimó al partido del bastardo, corriendo “como loco” junto con el marqués de Liche y el duque del Infantado por los patios de palacio, provocando el pánico, la mañana del 25 de febrero de 1669 ⁷⁵.

⁷⁴ *Ibidem*, pp. 112r-119v.

⁷⁵ *Ibidem*, pp. 131r-132v.

El marqués de Liche, hijo del valido don Luis de Haro y sobrino del cardenal de Aragón, fue otro de los nobles que entró violentamente en el patio de palacio solicitando la expulsión del padre Confesor. Liche echaba en cara que Nithard fuese de parecer que se hiciesen las paces con Portugal, y que “no se enviase de antemano la plenipotencia al Marqués de Eliche a Lisboa”. El Marqués estaba en desgracia con Felipe IV por haber prendido fuego en el coliseo del Buen Retiro, cuando se hallaban allí todas las personas reales, por odio hacia el duque de Medina de las Torres. Liche tenía estrecha amistad y parentesco con el cardenal de Aragón y con el conde de Castriello, sus tíos, ambos enemigos del padre Confesor. Éste indica en sus *Memorias*, que todo se agravó por la

natural inquietud y travieso genio e ingenio con que el Marqués siempre ha maquinado diversas cosas por odio, rencor, envidia, y ambición contra los que le parecían poco favorables a sus intentos⁷⁶.

El duque del Infantado y Pastrana siempre había sido gran amigo del padre Nithard, especialmente después de haber leído sus libros en defensa del misterio de la Inmaculada Concepción. El padre Confesor le había hecho muchos favores a él y a sus parientes, defendiéndole cuando fue desterrado por ciertos rumores tocantes a la devaluación de la moneda, y consiguiendo que se le perdonara en poco tiempo y que se le eximiese de pagar una multa de 20.000 ducados. El jesuita atribuye el hecho de que el Duque colaborara con don Juan al miedo de perder su hacienda y riqueza, siendo éste uno de los señores más poderoso de Castilla en vasallos y dinero. Fue también uno de los que entró en el patio de palacio sembrando el terror. Con la salida de Nithard, el Duque consiguió “la seguridad de su casa, y dinero, prefiriéndole a su alma cooperando a la condenación”, echándole aquel en cara que “como otro Judas vendió a Cristo, así él vendió al Padre Confesor inocente, y sin delito”⁷⁷.

Mientras que el padre Confesor estuvo en España, el duque de Alba fue el más afecto, apasionado y fino amigo suyo. Le visitaba con frecuencia en su celda, y le participaba:

muchas noticias importantes, valiéndose de sus intercesiones, y haciéndose lenguas en sus alabanzas, de manera que en su presencia nadie se atrevía hablar mal del Padre Confesor.

⁷⁶ *Ibidem*, pp. 133r-136v.

⁷⁷ *Ibidem*, pp. 137r-139v.

Además, profesaba gran amistad con el Almirante de Castilla, pero en cierto momento se desvaneció su aprecio hacia ambos por ciertos motivos. Don Antonio de Toledo, hijo del duque de Alba, junto al conde de Melgar y su hermano, hijos del Almirante de Castilla, a finales del año de 1668, sacaron de una cárcel de corte, por la fuerza, al conde de Villalonso, quien estaba preso por haber hecho una travesura en casa de Lorenza de Cárdenas, su tía⁷⁸. El Almirante, muy enfadado con sus hijos, los sacó del Colegio Imperial, y los llevó en su coche a la cárcel de corte, en donde los entregó a la justicia. Esto no sentó bien al Duque, ya que le parecía que con este ejemplo estaba obligado a hacer lo mismo con su hijo. Por ello, sacó a su hijo de la corte y le mandó a Andalucía para que casase con una hija del marqués de Villamanrique. Desde entonces, rompió su amistad con el Almirante y con el padre Confesor, a quien acusaba de haber aconsejado a aquél que actuara de esta manera, y se pasó a la facción del señor don Juan⁷⁹. En una carta que escribió el Duque a don Juan José, el 27 de enero de 1669, incluida en la gaceta ya citada, le decía:

sintiendo el disgusto en que se ha metido Antonio mi hijo; hele embiado a casar, y para huir de la Iusticia, ha necessitado de pocos fauores, con que no le he procurado ninguno, pareciéndome, para no presentarle en la cárcel, que de la autoridad de vassallo como él, resulta la mayor autoridad de los Príncipes⁸⁰.

⁷⁸ “Hallándose El Conde de Villalonso, inmediato heredero de la casa de la Puebla de Llerena, moço de veinte años, y con muy cortos medios, hizo vna trauesura este Inuierno con muy poco acuerdo, y fue sabiendo que su tía, hermana de su abuelo, Doña Lorença de Cárdenas, viuda de Don Lorenzo Ramírez de Prado, se hallaua con alguna cantidad de doblones, sin hauerlos menester, con tres criados suyos, y otros seis camaradas, vna noche entraron tapadas las caras, y la quitaron en su presencia hasta ocho mil doblones, y aunque en esta acción anduuo el Conde poco atento, lo anduuo menos el día siguiente, se fue a la cárcel de Corte a solicitar con los Alcaldes le soltassen los tres criados que le auian preso; y como de lo escrito ya constaua ser el culpado con ellos, se hallaron obligados los Alcaldes a detenerle en la cárcel, y dar quenta, con que se resoluió, que se assentase por preso, executose poniéndole en una torre de la cárcel con guardas de vista, sin que se comunicasse con nadie”. “Excelmo Señor. El auer escusado embarazar...” (pp. 43r-44r).

⁷⁹ BNE, Mss. 8360, pp. 141r-144v.

⁸⁰ “Excelmo Señor. El auer escusado embarazar...” , pp. 43v-44r.

Otro personaje que no favoreció al padre Nithard, fue el cardenal de Aragón, arzobispo de Toledo⁸¹. El padre Confesor había servido al Cardenal, a sus parientes –en especial a don Pedro de Aragón, virrey de Nápoles, y al duque de Cardona, sus hermanos, y al duque de Alcalá y conde de Monterrey, sus sobrinos– y amigos en todo lo que pudo. Desde el momento en que llegó el cardenal de Nápoles, ya empezó a quejarse y a conspirar contra el padre Nithard, comentando a los émulos lo que decía y votaba en los consejos. Participó activamente, además, en la expulsión y extorsiones ejecutadas contra el inquisidor general en Madrid y en Roma. Se unió con don Juan, con el cardenal Moncada y con el nuncio Borromeo para convencerle de que se lograría la quietud pública, si se alejaba de la corte y del lado de la reina.

El Cardenal, según el padre Juan Everardo, ambicionaba quedarse con el virreinato de Nápoles y con el arzobispado de Toledo juntamente. Tuvo que elegir la mitra toledana para que la reina entregara a su confesor el cargo de inquisidor general, y esto causó su enfado con el jesuita. El padre Confesor pensaba que las persecuciones ejecutadas por el Cardenal se debían únicamente a su pretensión por recuperar el puesto de inquisidor general. Cuando el Cardenal llegó a España, creyó que podría llegar a ser primer ministro y valido de la reina, pero pronto se percató de que quien tenía la gracia y confianza de doña Mariana era su Confesor, lo cual aumentó su odio hacia éste.

El Cardenal era sobrino del conde de Castriello, al cual se le había prometido la grandeza cuando dejase la presidencia de Castilla. Los miembros de la Junta de Gobierno, entre ellos el padre Juan Everardo, decidieron no concedérsela, y el Cardenal se ofendió enormemente. Muestra de este descontento, fueron los comentarios que el Cardenal constantemente hacía en contra de la reina, a la cual siempre defendía su confesor. Don Juan se valió de él para recuperar la gracia de la reina cuando, negándose a partir a Flandes, le ordenó que se retirara a Consuegra, y fue, además, gran amigo del conde de Peñaranda, enemigo del inquisidor general. El Cardenal atribuyó al padre Nithard el garrote dado a José de Mayadas, la paz con Portugal –a la cual era contrario⁸²–, que el Emperador y sus ministros no quisieran socorrer a los estados españoles de Flandes

⁸¹ Sobre el cardenal de Aragón, véase N. DE ESTENAGA Y ECHEVARRÍA: *El Cardenal Aragón (1626-1677). Estudio histórico*, París 1929-1930, 2 vols.

⁸² El cardenal de Aragón pretendía que fuera su sobrino, el marqués de Liche, quien tratase y concluyese dichas paces con Portugal para recuperar la gracia real. BNE, Mss. 8360, pp. 153r-154r.

—contaminándose asimismo del “antigermanismo” que se extendía por la corte—, de la formación de un regimiento de 2.000 infantes españoles para la guardia y defensa de las personas reales, etc.⁸³.

Don Gaspar Téllez de Girón, duque de Osuna, fue muy beneficiado por el padre Confesor, por ejemplo, obteniendo la vuelta a la gracia de Felipe IV, en los últimos años de su vida; cuando solicitó la grandeza de primera clase; o cuando se le dio el virreinato de Cataluña. El Duque visitaba muy a menudo al padre Nithard, “vendiéndose por muy amigo suyo”. Poco después de la muerte del rey, el Duque se alió con el señor don Juan y los suyos con el fin de introducir al bastardo en la corte y en el Consejo de Estado, y apartar al inquisidor general del lado de la reina. Cooperó en los intentos de asesinato ejecutados primero por Santoné —junto a otros franceses—, y después por tres capitanes reformados españoles; acogió y agasajó a don Juan José en Barcelona, y, asimismo, le proporcionó una escolta militar de 300 hombres a caballo de las tropas del rey, sin licencia de su Majestad. El jesuita le consideraba ambicioso y soberbio. Osuna era pariente y estrechísimo amigo del cardenal de Moncada y del conde de Peñaranda, grandes adversarios del padre Confesor. Peñaranda pretendió casar a una hija con el hijo del Duque para estrechar aún más sus vínculos. El Duque nunca fue partidario de que reinara en España, en el supuesto caso de que falleciera el rey-niño, ni el Emperador, ni el duque de Saboya, ni ningún príncipe extranjero, sino el señor don Juan⁸⁴.

Doña Leonor de Velasco⁸⁵ sirvió desde 1628 a la emperatriz doña María en Alemania como camarera mayor, y cuando ésta falleció, pasó a servir a doña Mariana de Austria, heredera de los servicios de su madre. Esta dama de la reina, había sido muy afecta a Nithard en un principio, al que conoció en Alemania, tratándole con singular amistad y confianza, y comunicándole:

muchas veces las cosas tocantes a su alma pidiendo ser instruido de él en el modo de hacer oración mental como lo hizo, y esta buena correspondencia duró.

⁸³ *Ibidem*, pp. 145r-157v.

⁸⁴ *Ibidem*, pp. 158r-163v.

⁸⁵ Sobre doña Leonor de Velasco, L. OLIVÁN SANTALIESTRA: *Mariana de Austria...*, *op. cit.*, pp. 152-155; “La dama, el aya y la camarera...”, *op. cit.*, pp. 1301-1355.

De él recibió no pocos beneficios. Pronto se unió a la facción de don Juan José de Austria,

fomentando sus injustas pretensiones, avisándole de lo que pasaba en los Consejos, y en la Junta de Gobierno, y en lo más secreto del Palacio, escribiéndole al Sr. D. Juan todos los días billetes, y recibiendo de él por medias extraviadas (argumento de la traición que me armaba) asechando y observando todos mis pasos y acciones (de los cuales por la misericordia de Dios no tengo empachos ni que temer) calumniándolas, y reteniéndoselas al Sr. D. Juan y al Conde de Poting Embajador de su Majestad Cesárea, y a otros sus confidentes y aliados de los dichos y suyos, como era el Marqués de Montejá, Fray Juan Madrid (al cual pensó hacer Confesor de su Majestad) y Doña Úrsula mujer de D. Blasco de Loyola, mi adversario.

Levantó falsos testimonios para desprestigiarle y apartarle del lado de la reina, intentó introducir otro confesor de su partido, etc. Doña Leonor inició un galanteo público “con un caballero casado, y muy estirado”, a quien pagaba sus continuas asistencias y cortejos con socorros de dinero obtenido por medios poco ortodoxos. Nithard, por razón de su oficio, procuró estorbar “este tropiezo y escándalo”, y la dama se ofendió enormemente con él, aguardando la ocasión para vengarse. Además, se llevaba grandes sumas de dinero por mediar ante la reina la concesión de puestos y oficios, acción que recriminó el padre Confesor. Cuando aún vivía Felipe IV, doña Leonor trató de casarse con don Iñigo de Toledo, hijo ilegítimo de don Fadrique de Toledo –marido de la marquesa de Villanueva de la Valdueza, camarera mayor de la reina y aliada de don Juan– y reconociendo ésta la desproporción y dificultades en la ejecución de este casamiento, pidió al jesuita que cooperara a su pretensión e intercediera ante la reina y sus ministros. El padre Juan Everardo le respondió que este casamiento no le parecía a propósito, ya que el novio era de desigual condición, sin medios, ni méritos, ni servicios relevantes. Por los servicios que ésta había prestado a la reina y a la emperatriz, su madre,

podía y debía esperar de la grandeza y munificencia de sus Majestades con digna y grande remuneración de un virreinato, o Gobierno de los mayores, casándose con persona capaz y digna y en quien caían bien semejantes puestos. Y que era heredera inmediata de su casa y título como también de la de Marqués de Cerralbo.

Por estas razones, los reyes no quisieron dar su consentimiento al matrimonio, a no ser que lo obtuviese de parientes y deudos, que se habían negado. Doña Leonor estaba tan empeñada, que estaba dispuesta a entregar un memorial a la reina y pedir “las mercedes correspondientes a sus tan largos servicios y méritos, como en efecto lo hizo”. Los ministros de la Junta de Gobierno también se negaron por voto común, incluidos el conde de Castrillo y don Blasco de Loyola, sus amigos, y la dama encauzó su rencor especialmente hacia el padre Confesor ⁸⁶.

El duque de Terranova, al que Nithard consideraba “Caballero de mucha bondad”, estaba quejoso porque no se le había acomodado hasta entonces en ningún virreinato ni gobierno de los que había vacado. Este agravio supuso que el Duque fuese arrastrado fácilmente por el cardenal de Moncada a la facción de “malcontentos”. El marqués de Mortara fue en un primer momento muy opuesto al señor don Juan. Fue estrecho amigo del duque del Medina de las Torres, quien no tenía buena relación con el cardenal de Moncada. El Marqués veía perjudicadas sus pretensiones de que le concedieran la presidencia del Consejo de Flandes, del de Órdenes, o el gobierno de Milán. Fue esto lo que provocó su introducción en el partido de don Juan José de Austria. El marqués de Mondéjar, al igual que los anteriores, cada vez tenía menos esperanzas de conseguir los puestos que anhelaba. Mondéjar se jactaba de ser fino cesáreo, y había profesado con el padre Confesor gran amistad, “saltando, como los gamos a salto y son de los antecedentes sus coligados”. Fue introducido en el grupo de *austracistas* con vistas a mejorar su fortuna ⁸⁷.

Pocos meses antes de que don Juan comenzase a turbar la quietud pública, llegó a Madrid Monseñor Federico Borromeo ⁸⁸ como nuncio del papa Clemente IX en la corte católica. Traía expresas órdenes de su Santidad para valerse:

del Consejo, dirección e interposición del Padre Confesor por la mucha estimación que su Santidad aún siendo Nuncio en Madrid y después hizo de sus religiosos procedimientos muchas letras, y gran celo del aumento de nuestra Santa fe.

⁸⁶ BNE, Mss. 8360, pp. 1r-8v.

⁸⁷ *Ibidem*, pp. 75r-77v.

⁸⁸ Sobre Federico Borromeo, G. LUTZ: “Borromeo, Federico”, en *DBI* 13, Roma 1971, pp. 42-45.

Trató al padre Confesor con confianza y respeto, pero pronto le convencieron los cardenales de Aragón y Moncada para que colaborara con el señor don Juan y se apartara del “partido” de la reina y del inquisidor general. El nuncio fue partidario de la expulsión del padre Juan Everardo, alegando que era necesaria su salida para evitar alborotos populares y conservar la quietud pública en España.

Borromeo recibió un breve del Pontífice en el que se decía

que su Santidad había sentido mucho la inquietud de España, y que deseaba todo el consuelo y alivio de su Majestad, y que si fuera factible asistiría en Persona a su Majestad, pero que no siendo esto fácil sustituía en su lugar dicho Borromeo su Nuncio que en esta misma conformidad también dio un Memorial a su Majestad.

En lugar de inducir a don Juan a la quietud, humildad y arrepentimiento, favoreció sus pretensiones, asegurándole que el padre Everardo partiría de la corte en dos o tres días y renunciaría a sus puestos, que se pondría en libertad al hermano de su secretario en cuanto su Alteza partiese de Torrejón, que se le devolverían sus títulos y el gobierno de Flandes, y que se dispondría la satisfacción para el comisario general don Juan de Novales, colaborador de don Juan José, que se hallaba sin puesto ni honra.

El nuncio ofreció a Nithard un capelo, antes de salir de la corte, y luego se opuso a ello en Madrid y en Roma. También pidió a la reina que no se detuviera en Loyola, en donde el jesuita quería hacer sus ejercicios espirituales por nueve o diez días, y que no publicase ningún papel en su defensa. Movié, además todos los hilos para que se le concediese el obispado de Agrigento, en Sicilia, con el único fin de importunarle.

Clemente IX decidió que el padre Confesor debía de salir de España para contentar a don Juan, y una vez restablecido el orden, esperaba que la Monarquía Católica cooperase con la Santa Sede en la liberación de la isla de Candía⁸⁹, que estaba asediada por los turcos. Borromeo hizo mucha amistad con don Juan José de Austria y con sus parciales —especialmente con los cardenales de Aragón y Moncada, y con el embajador de Alemania—, y así contribuyó con ellos, en todo lo que estuvo en su mano, en Madrid y en Roma. El Papa ofreció al nuncio que si era capaz de acabar con los desórdenes de la corte de Madrid, le daría el capelo cardenalicio. Éste nunca consiguió que el Santo Padre

⁸⁹ Sobre la pérdida de Candía, L. VON PASTOR: *Historia de los papas desde fines de la Edad Media*, Barcelona 1910-1961, XXXI, pp. 345 y ss.

cumpliera su promesa, pero consiguió que su sucesor, Clemente X, le nombrara cardenal y su secretario de Estado ⁹⁰.

El padre Nithard fue el primer confesor, maestro e instructor de Leopoldo I ⁹¹, segundo hijo de Fernando III, quien sintió mucho que se apartara de él cuando acompañó a doña Mariana a España. El jesuita y sus antecesores fueron muy reconocidos y obsequiados por la familia imperial. Tras la muerte de Fernando III y de su primogénito, Leopoldo heredó aquellos estados, y

faltando por casi dos años su Embajador en la Corte de Madrid, le encargó [al padre Confesor] los negocios de dicha embajada, que eran muchos y de grande importancia. Y cuando su Majestad envió por Embajador al Conde de Poting y le dio expresa orden, que diese paso, en proponer ni tratar negocio alguno sin consejo, dirección y cooperación del Padre Confesor, a quien también principalmente encargó, que dispusiese el ánimo del Rey (que Dios haya) y el de los ministros, para que se le diese en matrimonio la señora Infanta Margarita María y apresurase su viaje a Alemania, como lo hizo con increíble aplicación, y lo consiguió con felicidad: de que se dio su Majestad por sumamente bien servida confesando en sus cartas, y en las de su Confesor, que después de Dios, le debía a él principal y casi únicamente, el haber conseguido en tantas contradicciones que hubo de algunos Ministros.

El padre Juan Everardo sirvió por más de veinte años, en diversas maneras, a su “Majestad Cesárea y a toda su Augustísima línea y Casa especialmente desde su llegada a España”, y siempre le excusó de no haber socorrido a los estados españoles de Flandes de los ataques franceses,

procurando en todas ocasiones la conservación de la unión y buena correspondencia, entre las dos augustas líneas, cosa tan necesaria para la consistencia de ambas, y de la defensa de nuestra S.^a fe Católica.

Cuando Nithard comenzó a sufrir las persecuciones de don Juan y sus adeptos, comenzó a sentir cierto desamparo por parte del Emperador, atribuyéndolo a los engaños y siniestros informes maquinados por el “Duque Medina de las

⁹⁰ BNE, Mss. 8360, pp. 225r-238v.

⁹¹ Sobre Leopoldo I, M. GUALDO PRIOTATO: *Admirables efectos de la prouvidencia sucedidos en la vida e imperio de Leopoldo primero...*, Milán 1696, 3 vols.

Torres, del Conde de Poting, Cardenal de Moncada, y Marqués de Grana y Príncipe de Aversperg”. Leopoldo ordenó a su embajador que no se metiese en la controversia entre el inquisidor general y don Juan, y que se mantuviese neutral, dejando obrar a don Juan cuanto quisiese. El jesuita nunca vio correcto que el Emperador no asistiese ni a la reina, ni a su hijo, ni al padre Confesor.

Leopoldo I, aconsejado por el duque de Medina de las Torres, instó a través de su embajador que se hiciese la paz con Portugal. Nithard, en este aspecto, discrepaba con el método que pretendía el Emperador, lo cual produjo consecuencias adversas. También deseó su Majestad Cesárea la paz con Francia, la de Aquisgrán, porque de esta manera se evitaría de enviar socorros a Flandes, entre otras razones. El inquisidor general, tampoco estaba de acuerdo con esta paz, y se acrecentó, asimismo, la enemistad que había surgido. Finalmente, Leopoldo también pensó que se debía de producir la inminente salida del padre Confesor para conservar así la quietud pública y atajar mayores daños ⁹².

Los franciscanos se armaron contra el padre Confesor porque defendían que el puesto de confesores de las reinas e infantas de España se debía dar a “sujetos de su religión”. Cuando se enteraron de que se estaba tratando el casamiento entre Mariana de Austria y el príncipe Baltasar Carlos, los franciscanos intervinieron en las cortes de Madrid y Viena para convencer al emperador Fernando III y al rey Felipe IV de que se eligiese a un fraile de su orden; pero ambos monarcas estaban convencidos que el padre Juan Everardo era la persona idónea para desempeñar dicho cargo. Cuando murió el príncipe, y Felipe IV decidió casarse con doña Mariana, los frailes volvieron sobre la misma pretensión, divulgando éstos por la corte alemana que el padre Confesor sólo conservaría su oficio hasta que la reina llegara a España, y aprendiera la lengua española para poder confesarse en ella; pero tampoco consiguieron así su objetivo.

Los frailes de San Francisco no desistieron, y su General intentó de nuevo conseguirlo a través de la condesa de Medellín, camarera mayor que era por entonces de la reina. Tampoco surtió efecto, ya que el rey y la reina estaban sumamente satisfechos de “las prendas, letras, y virtud del Padre Confesor”. En una ocasión, que Nithard no pudo confesar a la reina por encontrarse indispuerto, la camarera mayor le propuso que llamaran a un fraile franciscano que se encontraba en la capilla de las damas, pero su Majestad contestó: “Aunque un año entero, me he de quedar sin confesión no tomaré otro Confesor”.

⁹² BNE, Mss. 8360, pp. 164r-170v.

Viendo los franciscanos que en vida del rey no conseguirían su objetivo, tras la muerte de éste, divulgaron “en el Pueblo, que por las Leyes de Castilla, no podía un extranjero ser Confesor de una Reina de España”. Proclamaban, además, que según la costumbre, todos los confesores de la reinas de España habían sido franciscanos. El padre Confesor alegó ante esta afirmación, que en diversos tiempos, muchísimos confesores de las reinas de España fueron de diversas religiones, y de la Compañía de Jesús entre otras⁹³; y además, esto iba en contra de la libertad de conciencia de las reinas soberanas. Procuraron desacreditar y apartar al padre Nithard del lado de la reina de diversas maneras: valiéndose de papelones, pasquines y líbelos infamatorios esparcidos con ocasión de su nombramiento como inquisidor general –haciendo especial daño uno del confesor de doña Leonor de Velasco, confidente del marqués de Mondéjar–; sirviéndose de las cartas y acusaciones de don Juan José de Austria⁹⁴, etc.

Después de la salida del padre Juan Everardo, confesaron a doña Mariana durante siete años fray Juan Martínez⁹⁵, confesor que fue de Felipe IV, y don Luis de Antequera y Arteaga⁹⁶, cura de Palacio. A excepción de estos dos religiosos, que nunca llegaron a portar tal título, todos los que confesaron a doña Mariana de Austria fueron jesuitas: Mateo Moya⁹⁷ (1676–†1684), Francisco

⁹³ El padre Nithard debe de referirse al jesuita Ricardo Haller, confesor de la reina Margarita. Sobre este personaje, véase E. JIMÉNEZ PABLO: “Los jesuitas en la corte de Margarita de Austria: Ricardo Haller y Fernando de Mendoza”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M^a P. MARÇAL LOURENZO (coords.): *Las Relaciones Discretas...*, *op. cit.*, pp. 1071-1120.

⁹⁴ BNE, Mss. 8360, pp. 196r-202r.

⁹⁵ Maura le cita como Confesor de Carlos II durante la jornada de Aragón, pero no pudo serlo, ya que falleció el 1 de enero de 1676. El mismo autor hace referencia a un tal Fray Juan Martínez de Prado, Provincial de los Dominicos, quien enloqueció y falleció transcurrido poco tiempo. Se desconoce si se trata del mismo personaje: G. MAURA GAMAZO: *Carlos II y su corte...*, *op. cit.*, I, p. 449 (notas), II, pp. 276-277; *Vida y Reinado de Carlos II...*, *op. cit.*, pp. 53 y 234. AGP, Personal, caja 636, exp. 11.

⁹⁶ Era natural de Alcalá de Henares, y fue antes cura de Santa Cruz. Fue también Capellán de honor y cura del Real Palacio. Participó, además, junto a fr. Pedro Álvarez de Montenegro –confesor del rey–, en la confirmación de Carlos II el 9 de junio de 1669. G. MAURA GAMAZO: *Carlos II y su corte...*, *op. cit.*, II, pp. 10-11 y 71 (notas). AGP, Personal, caja 100, exp. 15. Su expediente de limpieza de sangre se encuentra en AGP, Personal, caja 7.958, exp. 4.

⁹⁷ AGP, Personal, caja 722, exp. 17. Ch. E. O'NEILL y J. M. DOMÍNGUEZ (dirs.): *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús...*, *op. cit.*, pp. 2755-2756.

Vázquez ⁹⁸ –o Velázquez– (1684-1689), Diego de Valdés ⁹⁹ (1689-†1693) y Francisco Ignacio –o Ignacio Francisco– Peinado ¹⁰⁰ (1693-†1696) ¹⁰¹.

Entre los que gravemente persiguieron al padre Confesor, se encuentran los padres dominicos, y especialmente los de la provincia de España. Buscaron la ruina del jesuita a través de papelones, libros impresos y conversaciones. Uno de los dominicos que más activamente se opuso a Nithard, fue fray Clemente Álvarez, pariente del duque de Medina de las Torres, dominico que intentó desacreditar, además, al resto de ministros de la Junta de Gobierno. Otro fue un fraile que moraba en el convento de San Pablo de Valladolid, quien escribió en 1662:

un horrendo Pasquín de casi dos pliegos en el cual entre otras blasfemias, y proposiciones heréticas impías, escandalosas, y mal sonantes vomitadas con el misterio de la inmaculada concepción de la purísima Madre de Dios, y contra la Bula de Alexandro 7.º despachada a su favor,

atribuyendo la exaltación de este santo misterio a la reina, que como Eva engañó a su marido, y tratando a Nithard como la serpiente que persuadía a que comiesen la fruta del árbol prohibido. Otro dominico dirigió sus ataques contra el padre Confesor y contra la Compañía de Jesús. El francés Fr. Vicencio Varo, varón doctísimo y penitenciario de San Pedro en Roma –llamado en sus diálogos Honorato Fabri–, hacía al jesuita

ignorante, rudo, y maligno intérprete de la Bula Alexandrina, imputándole, y diciendo, que por los años de su menor edad, fue hereje, y levantándole otros mil falsos testimonios.

Muchos papelones y pasquines de autores dominicos circularon por la corte. Éstos se leyeron especialmente, con risa y mofa, en casa del obispo de Málaga, que había sido fraile dominico, quien deseaba conseguir el cargo de inquisidor general derribando al padre Confesor. Por todos es conocido la “antigua y envejecida oposición, emulación, envidia, y aversión, que los religiosos Dominicos tienen Generalmente contra la compañía, y sus religiosos”. Este resquemor

⁹⁸ AGP, Personal, caja 1.083, exp. 14.

⁹⁹ AGP, Personal, caja 1.057, exp. 42.

¹⁰⁰ AGP, Personal, caja 799, exp. 42.

¹⁰¹ Véase A. PÉREZ GOYENA: “Equivocaciones Históricas...”, *op. cit.*, pp. 315-325.

se debía a la defensa jesuítica del misterio de la Inmaculada Concepción, al cual se negaban los dominicos, y al hecho de que un hermano de la Compañía de Jesús portara el título de inquisidor general, habiendo estado durante tantos años en manos de los dominicos. Éstos no vieron bien que la reina nombrara inquisidor general a su confesor, cuando aún vivía fray Juan Martínez, consejero de la Suprema y confesor del rey Felipe IV. Temían que el padre Juan Everardo seguiría la doctrina de la Compañía de Jesús, y perseguiría a la opuesta escuela tomista.

El padre Juan Everardo fue nombrado miembro de la Junta de la Inmaculada Concepción, y esto desagradó enormemente a los frailes de Santo Domingo, quienes se negaban a promulgar dicho elogio en el inicio de sus sermones. Además, temían que por la confianza que la reina tenía en su confesor, éste le propusiera que nombrara a un religioso de la Compañía como confesor de su hijo Carlos, cargo que los dominicos ligaban a su orden. En contra de “su errada imaginación y mal fundado recelo”, Nithard propuso para confesor del rey al dominico fray Pedro Álvarez de Montenegro, y la reina aceptó. En una ocasión enfermó el dominico fray Juan Martínez, confesor de Felipe IV, y el rey consideró que si su enfermedad se alargaba, se confesaría con el padre Juan Everardo, hecho que disgustó grandemente a los frailes ¹⁰².

No todos los escritos de los dominicos atacaron a la Compañía de Jesús, ya que algunos pensaban que el único responsable de todo era Nithard, y así explicaba un fraile que “no todos los doce Apóstoles fueron Judas; ni todos los de la Compañía de Jesús, Padres Juan Eberardo” ¹⁰³.

El padre Juan Everardo reflejaba en sus *Memorias* que sus mayores enemigos pagaron por perseguirle y por sus pecados, recibiendo así justos castigos divinos: don Juan de Góngora –del Consejo Real de Castilla, agente y confidente del señor don Juan desde tiempos del valimiento de don Luis de Haro– poco antes de ejecutarse lo tramado contra el inquisidor general, “murió ahogado de su gota, que le llegó a la garganta”; el duque de Medina de las Torres falleció el 8 de diciembre de 1668, vigilia de la fiesta de la Inmaculada Concepción, apresuradamente y casi sin confesión, habiendo mostrado su arrepentimiento al jesuita; el conde de Pötting, embajador de su Majestad Cesárea, perdió a los

¹⁰² BNE, Mss. 8360, pp. 203r-212v.

¹⁰³ BNE, Mss. 8355, pp. 413r-413v.

pocos días a sus dos hijas; el marqués de Mortara murió apenas llegó a su gobierno de Milán, desamparado de su mujer e hijos, pocos días antes de que saliese el jesuita de Madrid; don Blasco de Loyola, secretario del Despacho Universal y de la Junta de Gobierno, murió muy acongojado y afligido pocos meses después de que Nithard llegara a Roma; el marqués de Astorga, embajador ordinario en Roma, quien se congració con los émulos del padre Confesor, por haber ofendido a la reina y a sus ministros, no recibió ni el gobierno de Milán ni el virreinato de Sicilia, que tanto codiciaba; el cardenal de Aragón perdió a su hermano, el duque de Cardona –heredero del mayorazgo de su Casa–, y un mes después a su sobrino, pasando el mayorazgo a la mujer del duque de Alcalá; el marqués de Aytona, uno de sus mayores contrarios después de haber sido nombrado consejero de Estado e inquisidor general, murió pocos meses después de su salida muy afligido y desamparado ¹⁰⁴; el marqués de Carpio y Liche, sufrió una apoplejía que le llevó al borde de la muerte, y perdió después de algunos meses a su mujer, hija del duque de Medinaceli; el emperador Leopoldo I sufrió una grave y mortal enfermedad, y un grupo de nobles alemanes conspiraron contra él; el papa Clemente IX ¹⁰⁵ perdió a su sobrino Tomás Rospigliosi por una repentina enfermedad, y perdió terreno ante los turcos, disgustos que le causaron la muerte –falleció el 9 de diciembre de 1669–; el cardenal de Moncada quedó casi ciego y con profunda melancolía y congoja de ánimo; don Juan José de Austria padeció innumerables “congojas, trabajos, mortificaciones, y desaires”, perdiendo su crédito ante los pueblos de España ¹⁰⁶; el duque del Infantado sufrió una fuerte calentura que le hizo recapacitar y arrepentirse de lo obrado ¹⁰⁷; Juan Martínez de Prado, Provincial de los dominicos, murió al

¹⁰⁴ Pocos meses antes de la salida del inquisidor general, el marqués de Aytona estuvo de su parte, como se indica arriba. Cuando falleció el Marqués, sólo se encontraba con él el marqués de Castel Rodrigo. También falleció al poco tiempo su hermana Magdalena, que había mostrado aversión hacia el padre Juan Everardo, por no haber conseguido que la reina nombrara a su hermano mayordomo mayor. BNE, Mss. 8362, pp. 366r-366v. Sobre la muerte del Marqués, véase BNE, Mss. 8358, pp. 284r-284v.

¹⁰⁵ Sobre el pontificado de Julio Rospigliosi, Clemente IX (1667-1669), véase L. VON PASTOR: *Historia de los papas...*, op. cit., XXXI, pp. 261-359. R. MELONCELLI: “Clemente IX”, en *DBI* 26, Roma 1982, pp. 282-293.

¹⁰⁶ BNE, Mss. 8362, pp. 363-372v.

¹⁰⁷ *Ibidem*, pp. 392r-393r.

cabo de poco tiempo fuera de sí y loco; fr. Clemente Álvarez, dominico pariente del duque de Medina de las Torres, falleció poco después de la salida del padre Confesor¹⁰⁸, etc.

3.2. *Aliados del padre Confesor*

A la hora de analizar los aliados que apoyaron al padre Nithard, contamos con un capítulo de sus *Memorias*, en el cual se recogen fragmentos de cartas de apoyo de cada uno de ellos, todas ellas escritas desde el día en el que se ordenó su salida. Entre otros cita a don Pedro de Toledo y Avalos; María Engracia de Toledo, marquesa de los Vélez, aya del rey; al duque de Montalbán; a don Joseph Badarán; al Colegio de Alcalá; al Almirante de Castilla; a los marqueses de Viana; a fray Juan de Santa María; a don Diego de Rubalcava; al conde de Medellín; al padre Antonio Perlas, Provincial de Aragón; a don Matías de Rada; a fray Sebastián de Uzeda, Prior del convento del Escorial; al arzobispo de Valencia; al marqués de Santillana; a Francisco de Soto y Guzmán; a don Francisco Crespos de Escobar; al marqués de Peñalva; al padre Domingo de Langa; a don Francisco Antonio Caballero; al Condestable de Castilla; al cardenal de Asia; a don Simón de Fierlant, Chanciller de Brabante; al padre Ribera; al padre Fernández del Campo; al obispo de la Puebla; a don Manuel de Castro; a don Baltasar Pantoja, Gobernador de la provincia de Guipúzcoa, a fray Antonio de Gatica; a don Diego de Contreras; a don Luis de Antequera y Arteaga, cura de Palacio; al conde de Aranda; al conde de Cifuentes; a don Jacome de Olivares; al marqués de Castel Rodrigo; a don Diego Sarmiento de Valladares, presidente del Consejo de Castilla y obispo de Plasencia; al conde de Medellín; a don Diego de Contreras y Medrano; a don Antonio Sánchez de Taybo; al padre Oma; a don Blas Dongay; a Lucas de Soto, vecino de Alcázar; y a Miguel de Salinas¹⁰⁹.

De todos ellos, uno de los más afectos fue don Diego Sarmiento de Valladares¹¹⁰, quien sucedió al padre Juan Everardo en el puesto de inquisidor general.

¹⁰⁸ BNE, Mss. 8360, pp. 203v-204r.

¹⁰⁹ BNE, Mss. 8362, pp. 415r-449r.

¹¹⁰ Sobre don Diego Sarmiento de Valladares, J. MESEGUER FERNÁNDEZ: "Diego Sarmiento de Valladares, inquisidor general: documentos para su biografía", *Archivo Ibero-Americano* año 40, 160 (1980), pp. 315-338. J. L. BARRIO MOYA: "El inventario de bienes de don Diego Sarmiento y Valladares, obispo de Plasencia e Inquisidor General durante el reinado de Carlos II", *El Museo de Pontevedra* 48 (1994), pp. 437-510.

Éste estaba dispuesto a renunciar a dicho cargo si su amigo Nithard regresaba a España. El padre Confesor dudó en algunos momentos de su amistad, pero don Diego siempre se mostró fiel. El conde de Villaumbrosa, noble que sucedió a Diego Sarmiento en el cargo de presidente de Castilla, cuando éste pasó a ser inquisidor general, también mantuvo cordial correspondencia con el jesuita ¹¹¹. Destaca además, entre sus partidarios, la marquesa de los Vélez, aya del rey y principal cabeza de las *gerardas* en la Cámara de la reina, quien escribía al padre Confesor el 28 de febrero de 1669 diciendo que no podía dudar que había sido siempre suya. Don Luis de Antequera y Arteaga, cura de Palacio y confesor de doña Mariana de Austria, continuó escribiendo al padre Juan Everardo durante algunos años, dándole cuenta de lo que ocurría en palacio ¹¹². Otro destacado colaborador fue el arzobispo de Valencia, quien escribía continuamente a Nithard comunicándole, entre otras novedades, cómo evolucionaba el asunto de don Juan en aquel Reino ¹¹³.

Según el padre Confesor, recibió el apoyo de las provincias, ciudades, villas, pueblos y lugares por donde pasó cuando se encaminaba a Roma –especialmente de Burgos y Vitoria–, recibéndole con “singularísimas demostraciones de honor, amor, benevolencia, agasajo, regalo, y cariño”. También dieron testimonio de su inocencia las provincias de Francia por donde transitó –“como también sus Gobernadores, ciudades y pueblos”–, habiendo dado órdenes el Rey Cristianísimo a todos que le “recibiesen, agasajasen, y asistiesen con toda benevolencia, y demostraciones de honra y estimación”. A estos se añadieron otros príncipes soberanos y repúblicas de Italia –como los duques de Saboya y Florencia, y la República de Génova–, y el Sumo Pontífice, los cardenales –en especial los cardenales de Asia, Rospilosi y Azolini– y príncipes de la corte Romana, sumándose preladados, monseñores, caballeros, cortesanos y todo el pueblo de Roma. También le negaron culpable el marqués de Astorga, embajador ordinario en Roma, quien en un principio colaboró con la facción de don Juan; el padre Luis Spinola ¹¹⁴, jesuita

¹¹¹ BNE, Mss. 8362, pp. 450r y ss.

¹¹² Se conserva en las *Memorias* una carta completa del cura de Palacio fechada en 15 de julio de 1671. BNE, Mss. 8364, p. 456r.

¹¹³ Algunas de sus cartas se conservan en BNE, Mss. 8356, pp. 194r-215v; y Mss. 8361, pp. 116r-127v.

¹¹⁴ Parece que Clemente IX estuvo dispuesto nombrar cardenal al padre Confesor, si la reina así lo deseaba. Con estos honores se intentaba reparar el daño de las persecuciones que

confesor de su Santidad; el padre Juan Pablo Oliva, Predicador del Papa y General de la Compañía de Jesús, y “otros personajes de toda suposición” ¹¹⁵. Otro de los testimonios de los que se valió el padre Nithard para demostrar su inocencia, fue el del emperador Fernando III, quien le confió la educación de sus hijos nombrándole maestro y confesor ¹¹⁶.

Algunos de los que el padre Juan Everardo consideraba enemigos o poco afectos a su persona, acabaron arrepintiéndose y rectificaron, dando así cuenta de su inocencia. Entre ellos se encontraban algunos ministros de la Junta de Gobierno (como el cardenal de Aragón, quien le acompañó a Fuencarral y le mostró el sentimiento y dolor que sentía por su padecimiento, el vicescanciller de Aragón... ¹¹⁷), el duque del Infantado, el marqués del Carpio y Liche ¹¹⁸, etc. Los seguidores del padre Confesor fueron menos numerosos y poderosos que sus detractores, por lo que se puede deducir que el grupo de los *everardos* lo formaban aquellos que, por deberle algún favor o por no gozar de una buena posición política, guardaban la esperanza de ascender si su líder permanecía en la corte católica.

4. *ESTANCIA DEL PADRE JUAN EVERARDO EN ROMA (1669-1677)*

4. 1. *Agravios que los ministros de la Junta de Gobierno ejecutaron contra el padre Confesor en Roma*

A) *La renuncia del puesto de inquisidor general*

El 16 de mayo de 1669 llegó el padre Confesor a Roma y se hospedó en la casa profesa de la Compañía de Jesús. En un principio le hizo muchos agasajos el marqués de Astorga y de San Román, embajador ordinario en Roma, “enviándole la comida de su casa, por tiempo casi de un mes”. Cuando el Santo Padre tuvo

había sufrido. Véase una carta escrita por Luis Spinola sobre este asunto, BNE, Mss. 8356, p. 200r.

¹¹⁵ BNE, Mss. 8362, pp. 187r-193r.

¹¹⁶ *Ibidem*, pp. 211r-223v.

¹¹⁷ *Ibidem*, pp. 195r-202r.

¹¹⁸ *Ibidem*, pp. 391r y ss.

noticia de su arribo, envió a Monseñor Fantuci, Comisario de la Cámara Apostólica, a Luis Spinola, su confesor, y al cardenal de Asia para darle la bienvenida. También le visitaron gran parte de los cardenales del Sacro Colegio —especialmente los del partido español—, los príncipes romanos vasallos del Rey Católico —como lo eran el Condestable Colona, el príncipe Borguese, Palestrina, Saveli, y Gaetano— y gran número de prelados de diversos grados.

El padre Juan Everardo deseaba contactar cuanto antes con el Papa para darle cuenta de sus procedimientos, y para suplicar que se examinase su causa y declarase su inocencia. Solicitó entonces audiencia a través del marqués de Astorga, pero prevenido ya el Marqués por cartas de don Juan y de los cardenales Aragón y Moncada, se la dificultó con el pretexto de que su Santidad y el cardenal nepote no le darían el tratamiento que se le debía y no admitirían su embajada. Nithard aceptó no persistir con esta pretensión por miedo a que el Marqués mandara malos informes a la corte de Madrid.

El jesuita suponía que cuando llegara a Roma hallaría los despachos y cartas de creencia conferidas por Real Decreto de 25 de febrero de 1669, referentes a la embajada extraordinaria, para su Santidad y el Sacro Colegio ¹¹⁹, además de los permisos para poder elegir a un presidente del Consejo de Inquisición durante su ausencia —esto ya los había suplicado desde San Sebastián y Tolosa de Francia—. Los ministros habían acordado no enviar tales cartas y, asimismo, no dejar que eligiera un presidente que le sustituyera, obligándole a hacer dejación de su puesto de inquisidor en manos del Papa. Esta orden la envió la reina el 16 de mayo de 1669. El padre Nithard se dio cuenta entonces que

¹¹⁹ La reina escribió la carta de creencia el 5 de junio de 1669, y se la envió al Papa y al cardenal nepote. BNE, Mss. 8362, pp. 108v–109v. La gaceta indica a este respecto:

“creyendo que en llegando a Roma, sería Pontífice, se halló burlado, respecto de no llevar cartas de creencia para la embaxada, que presumía auia de dar a su Santidad, y assi dio auiso de auer llegado, y pidió orden de lo que auia de ejecutar, sobre que se hicieron algunos Consejos de Estado, y en ellos como conocían el sugeto, se resoluió que se le embiasse orden para que tratasse de la definición de la Concepción, y también se le señalaron ochenta escudos para la assistencia, con que le hizieron Embaxador capón; pero el Marqués de San Román, que está en aquella Corte por Embaxador Ordinario, le assistió todo lo que era preciso, y con coches para su luzimiento, pero todo esto no bastó para que los Cortesanos de Roma conociessen luego el sugeto, y assi escriuieron cosas bien ridículas dél, porque también se miente en aquella Corte, como en esta [...]” (“Excelmo Señor. El auer escusado embarazar...”, pp. 81r–81v).

sus émulos continuaban aún persiguiéndole y deshonrándole, y decidió replicar a este Real Despacho a través de una carta escrita en 6 de julio. Mientras que se esperaba la respuesta de la reina, se publicaron algunos papeles defendiendo la razón del inquisidor general, es decir, que no estaba obligado a renunciar a su puesto.

Cuando doña Mariana recibió la carta, la remitió a la Junta de Gobierno, y se decidió que por no poder estar más tiempo este empleo sin sujeto que lo ejerciera personalmente, y “por los grandes inconvenientes que tiene lo contrario, en materias tan sagradas, de que depende la pureza de la fe en estos Reinos”, debía ejecutar dicha orden y hacer dejación de su cargo. Así se lo comunicó la reina en Real Despacho de 14 de agosto, el cual llegó a Roma el 4 de septiembre acompañado de una carta de don Blasco de Loyola —fecha ésta en 15 de agosto—. El padre Confesor atribuyó esta respuesta al deseo de los ministros, la mayoría parciales de don Juan José de Austria, de introducir en dicho puesto a “alguno de sus deudos, o dependientes”. El Marqués fue el encargado de entregar las cartas al jesuita, y se mostró compasivo con él por verle tan sentido y congojado, pero “todas estas muestras eran, a la verdad, un mero fingimiento, y lágrimas de Cocodrilo”.

Nithard reflexionó entonces si debía o no hacer dejación, ya que no había habido ningún caso antecedente en el que un inquisidor general hubiese sido obligado a renunciar a su cargo —ni tan siquiera en el caso de fray Isidoro de Aliaga en tiempos de Felipe III—. Finalmente decidió aceptar, pero no de forma voluntaria, sino por obediencia a su soberano. Esto lo ejecutó a través de un papel que escribió a su Santidad, el 12 de septiembre de 1669. El Papa y los cardenales se valieron de la mediación del padre Juan Pablo Oliva, General de la Compañía de Jesús, para ajustar y disponer dicha renuncia. Nithard le dio el documento al padre Oliva para que lo pusiera en manos de su Beatitud, pero habiéndoselo entregado antes al cardenal Jacome Rospillosi, nepote del Papa, creyó necesario hacer algunos reparos en ciertas cláusulas. Tras habérselo comunicado el General de la Compañía al padre Confesor, éste escribió el 15 de septiembre al nepote dando respuesta a los reparos que había fundado. La curia romana insistió en que debía de omitir algunas cláusulas y palabras de su escrito, y así se vio obligado a rectificarlas en otro papel de 16 de septiembre. Una vez satisfechos su Santidad y el nepote, se pasó a despachar la bula en que se nombraba inquisidor general a don Diego Sarmiento de Valladares. El padre Confesor dio cuenta, a través de tres cartas escritas el 18 de septiembre, de haber hecho dejación de su cargo a la

reina, a don Blasco de Loyola y al Consejo de Inquisición. Cuando se recibieron estas cartas en Madrid, quedaron “muy contentos y alborozados” don Juan, el nuncio, y los ministros de la Junta de Gobierno; y por el contrario,

sumamente pesarosa y afligida, la Reina Nuestra Señora, de haberse visto violentada y forzada, a venir en una resolución tan en todas maneras contra su Real decoro, voluntad, y toda razón y justicia; llorando el caso a vivas lágrimas, por muchos días.

Esto lo justifica el padre Confesor en sus *Memorias* a través de algunos fragmentos de cartas que la reina le escribió en 16, 19 y 31 de julio, 13 de agosto, 10 de septiembre y 4 de diciembre.

Don Diego Sarmiento de Valladares, obispo de Plasencia y nuevo inquisidor general, escribió al jesuita diciéndole que le había sido forzoso aceptar dicha ocupación por habérselo mandado la reina, y le confesaba que tenía dicho puesto sólo en depósito, “dispuesto para dejarle, y volver a las manos del Padre Confesor”¹²⁰. Valladares había sido muy beneficiado del padre Nithard, habiendo obtenido por su mediación el obispado de Oviedo, la presidencia de Castilla y el obispado de Plasencia, por lo que no quería parecer ingrato ante su protector.

Los ministros de la Junta, no contentos con haber despojado al padre Confesor del puesto de inquisidor general, sugirieron a la reina que se le privase también de los gajes y emolumentos pertenecientes a dicho puesto. Pero doña Mariana no aceptó, y ordenó al Consejo Supremo del Santo Oficio, a través de un Real Decreto, que se le continuara “la paga de todo lo que le tocaba, y percibía como Inquisidor General; pues esto mismo se hizo con D. fr. Antonio de Sotomayor, en semejante caso”.

En la corte se rumoreaba que el padre Confesor había llegado a Roma con grandes sumas de dinero¹²¹. A la merced que le había concedido la reina para que se le continuasen pagando los gajes que cobraba como inquisidor general, hay que sumar otra de 6.000 ducados que ordenó pagar a don Pedro de Aragón,

¹²⁰ Cartas fechadas en 20 de noviembre de 1669 y en 3 de diciembre de 1670. BNE, Mss. 8352, pp. 96r-97v.

¹²¹ “Aquí llegó el Padre Everardo, y dicen, que trae en dinero doze mil doblones, y en barras, y presas de oro diez y siete libras, y vn cofrecillo de una vara de largo, y vna quarta de ancho en cuadrado, lleno de joyas, y alhajas de grande importancia, con que no dexará de conseguir Capelo” (“Excelmo Señor. El auer escusado embarazar...”, p. 81v).

virrey de Nápoles, para que pudiera tener alguna congrua decente como embajador extraordinario ¹²². Doña Mariana le había entregado dos mil doblones para el gasto del camino, el cardenal de Aragón le ofreció mil doblones, Peñaranda una letra abierta de crédito, el Almirante de Castilla dos mil doblones, y la duquesa de Béjar el crédito que necesitase ¹²³. Parece ser que el jesuita sólo aceptó el dinero de la reina, por lo que no debía de ser tan enorme su caudal.

Mientras que esto sucedía en Roma, se habían extendido rumores por la corte católica de que el padre Francisco Salinas, jesuita que había sido confesor del padre Nithard, había escrito a éste exhortándole a que no renunciara al puesto de inquisidor general, ya que la suerte estaba mudando, y se estaba tratando de volverle a llamar para que regresara a España y fuera restituido a sus puestos. Los ministros de la Junta de Gobierno, incitados por don Juan y por el nuncio, propusieron a la reina que convenía que dicho Padre fuese desterrado de Madrid, y así se ejecutó. Salinas se retiró a vivir a un colegio de la Compañía de la provincia de Castilla la Vieja, pero a los pocos días, cuando se demostró que todo había sido falso, doña Mariana le llamó para que regresara a la corte, restituyéndole así a sus oficios.

Don Blasco había comunicado a Nithard que la reina estaba intentado obtener de su Santidad un capelo cardenalicio, de los que estaban vacantes, para honrar y condecorar a su confesor, manifestando así su inocencia al mundo. Doña Mariana escribió una carta al Papa haciendo esta súplica, y el encargado de entregársela fue el marqués de Astorga. Según el padre Confesor, éste se arrepintió de habérsela dado, y mandó a un gentilhombre suyo para que suplicara al cardenal nepote que se la devolviera, ya que el Santo Padre todavía no la había abierto, excusándose con que había cambiado un despacho por otro. Cuando la reina se enteró, quedó muy resentida con el Marqués; sin embargo, los partidarios de don Juan aplaudieron dicha acción ¹²⁴.

B) Fracaso de la embajada extraordinaria y expulsión de Roma

La reina escribió a su confesor, el 31 de mayo de 1669, indicándole que no había negocio especial, hasta el momento, que pudiera tratar en la corte de Roma.

¹²² BNE, Mss. 8352, p. 109v, y BNE, Mss. 8361, pp. 378r-379v.

¹²³ BNE, Mss. 8352, p. 172r.

¹²⁴ *Ibidem*, pp. 1r-100r. AHN, Inquisición, lib. 274, pp. 1028r-1062v. Véase además, sobre este punto, “Excelmo Señor. El auer escusado embarazar...”, pp. 81r-83r.

Solamente le adjuntaba cartas para su Santidad, para el cardenal Rospilosi y para el marqués de Astorga. Doña Mariana reconocía que el concederle el puesto de embajador extraordinario era simplemente para condecorarle hasta que pudiese pasar al “manejo de otros negocios”. Le obligaba, asimismo, a residir en el colegio de la Compañía que eligiera fuera de Roma –“en su cercanía”–, y le prohibía entrar en los negocios tocantes al embajador ordinario, debiendo tener éste siempre el mejor lugar y precedencia. Para ello tomaba como precedente la ocasión en la que el obispo de Plasencia pasó a Roma “a la solicitud del Santo negocio de la inmaculada Concepción” con el título de embajador extraordinario, siendo el ordinario don Luis Ponce de León. La reina, además, remitió las mismas órdenes al marqués de Astorga, para que estuviera al corriente. Los reales despachos llegaron a Roma el 24 de junio, y el marqués de Astorga se dedicó a divulgar su contenido por toda Roma. Surgieron algunos papeles defendiendo al padre Juan Everardo, que enumeraban los reparos de esta Real Orden ¹²⁵.

Los émulos del padre Confesor aconsejaron e indujeron a la reina a “que le mandase salir de Roma, y vivir como desterrado y confinado, en un Colegio de la Compañía de Jesús, vecino a Roma”. Doña Mariana acabó cediendo, y fue el marqués de Astorga quien gustosamente ejecutó la orden, haciendo repetidas instancias y llegando incluso a amenazarle para que saliese cuanto antes de Roma. El padre Nithard, que se encontraba en la cama con calentura, partió de Roma el 2 de octubre de 1669, encaminándose a la ciudad de Tívoli, en donde estuvo como desterrado algunos meses. El jesuita sólo pudo volver a la casa profesa que la Compañía tenía en Roma, en donde vivió como incógnito, cuando nombraron Papa a Clemente X ¹²⁶.

4. 2. *Restauración del honor y crédito del padre Confesor*

A) *El obispado de Agrigento*

Después de las mortificaciones y agravios que había padecido el padre Confesor, se pensó en concederle alguna satisfacción y recompensa. Más bien por decisión de doña Mariana de Austria que de sus propios ministros, la reina escribió dos cartas de su propia mano, fechadas en 3 y en 18 de junio de 1670, ofreciéndole a su confesor el obispado de Agrigento, en Sicilia, ya que:

¹²⁵ BNE, Mss. 8352, pp. 101r-116r, y Mss. 8361, pp. 372r-377v.

¹²⁶ BNE, Mss. 8352, pp. 166r-170r, y Mss. 8361, pp. 378r-381v.

por la feliz elección del nuevo Pontífice, había llegado la ocasión para tratar de la restauración de su Real autoridad y decoro, y del honor y crédito de su Confesor, tan gravemente vulnerado lo uno y lo otro en su expulsión de España.

Esta resolución la tomó la reina de motu propio, sin haberlo consultado ni con la Junta de Gobierno, ni con el Consejo de Estado, ya que pensaba que los ministros se opondrían a la restauración del honor del padre Nithard.

Doña Mariana había escrito también al marqués de Astorga para comunicarle su real determinación, y ordenarle que tratase con el Pontífice y le suplicase se sirviese de dar su consentimiento y ponerle precepto ¹²⁷. El Marqués se dispuso a poner en ejecución la orden de su Majestad, pero antes pidió consejo a los cardenales del partido español, que lo formaban los cardenales de Medicis, Sforza y Pío. Éstos pensaron que el jesuita debía aceptar dicho Obispado porque juzgaban que se le debía dar satisfacción pública, y que viera el mundo lo que había padecido en su fama, honor y crédito, tan enormemente vulnerados por las cartas y movimientos de don Juan. Si se negaba a aceptarlo, los ministros dirían que lo rechazaba por querer otro título mayor, y aumentaría así su descrédito. Con este nombramiento quedaría habilitado para ocupar otros puestos mayores (como son embajadas, el virreinato de Sicilia, el capelo cardenalicio, etc.), los cuales no sería fácil que los pudiera ocupar en hábito religioso, como ya le ocurrió con la embajada extraordinaria.

El padre Confesor agradecía infinitamente este favor real, pero veía en esta elección algunos inconvenientes, entre ellos su voto de jesuita y las constituciones de la Compañía, que le impedían pretender o aceptar dignidad dentro o fuera de su “religión”, sin precepto de su Santidad, so pena de pecado. Además, alegó que la región era de las menos sanas de aquella isla —lo que empeoraría su delicada salud y le precipitaría a la muerte—, y tampoco conocía la lengua de aquel reino, en la que tendría que predicar la palabra de Dios y confesar a sus feligreses, y por ser ya de avanzada edad, no creía que pudiera aprenderla. Temía asimismo, que teniendo en aquel lugar el cardenal de Moncada gran número de vasallos, dependientes y aliados, le tendría vigilado y continuaría extorsionándole. Envidiaba a los confesores y maestros de otros Reyes Católicos, a los que se había recompensado con mayores dignidades eclesiásticas; y veía este nombramiento más como castigo que como premio, ya que se vería desterrado en una isla lejos de Roma.

¹²⁷ AMAE, Santa Sede, leg. 122, p. 55r-57r.

Nithard plasmó estas y otras razones en papel, y se las remitió a la reina junto a la relación de la junta que había tenido el marqués de Astorga con los cardenales del partido español. Mientras que estos documentos llegaban a las manos de su Majestad, el Marqués, a través de dichos cardenales, movió grandes instancias para que el Santo Padre obligase con precepto al padre Confesor a que aceptase el obispado de Agrigento. El padre Juan Everardo, a pesar de que todos le animaban a que no se resistiese al favor real y a la inclinación del Pontífice, continuó negándose, llegando a pedir audiencia a su Santidad. Él mismo representó al Santo Padre las razones que tenía para no aceptarlo, y con lágrimas en los ojos, le suplicó que no le concediese el precepto para aceptar el Obispado, el cual le obligaría a dejar su amado hábito de religioso. El Santo Padre alabó su modestia y le respondió que haría lo que dispusiera la Reina católica; y el jesuita le pidió entonces que aguardara al menos la respuesta de doña Mariana, y el Papa aceptó.

El confesor de la reina dio cuenta al marqués de Astorga de todo lo que había ocurrido en la audiencia con su Santidad, pero el embajador ordinario, aún con más ahínco, obligó al Pontífice a que llamase al padre Nithard y le pusiese precepto para aceptar el obispado de Agrigento. El Santo Padre se reunió con el jesuita en una audiencia el 9 de septiembre. Ya en esa fecha había recibido respuesta de la reina, escrita en 29 de julio, en que le decía:

Reconozco, que las razones y causas, que alegáis, para no aceptar el Obispado de Girgento, son relevantes y graves, y así pongo en vuestra voluntad el aceptar dicho Obispado, o no, deseando en todo vuestro consuelo;

y en otra de 13 de agosto, respondiendo a otra de 19 de julio del padre Confesor, refería: “Lo que me escribís sobre el Obispado de Girgento, reconozco muy bien, que tenéis bastantes razones para excusaros de él”. El cardenal de Asia tradujo las cartas de doña Mariana del tudesco al español, y Nithard las llevó a la audiencia que tuvo con el Santo Padre, a quien le insinuó que la decisión de ponerle precepto había sido únicamente del marqués de Astorga. El Papa se abstuvo entonces de ponerle precepto, y el jesuita le besó el pie y se volvió a su casa sumamente consolado “por verse exonerado del Obispado, y conservado en el uso de su Hábito religioso”. Además, el padre Confesor escribió un billete el 10 de julio al cardenal Altieri —el nepote— y otro al Padre General de la Compañía de Jesús, para que impidieran que le obligaran a aceptar dicho Obispado. El 2 de agosto escribió a don Pedro Fernández de Campo, secretario del Despacho Universal, para que estuviera al corriente.

De este modo consiguió:

el Padre Confesor el que así S. Majestad, como S. Santidad le admitiesen la excusa de no aceptar dicho Obispado, quedando no poco sentido el Marqués de Astorga, y los parciales del Sr. D. Juan, y de algunos ministros ¹²⁸.

B) La Embajada ordinaria de Roma y el arzobispado de Edessa

Viendo la reina que el padre Confesor se había excusado de aceptar el obispado de Agrigento, con el cual trataba de manifestar su inocencia y darle alguna satisfacción por las injusticias que había padecido, determinó –habiéndolo consultado con el Consejo de Estado y con la Junta de Gobierno– nombrarle embajador ordinario en la corte romana “en el interin, que llegase a ella el Marqués del Carpio, que estaba señalado para ella en propiedad”. Doña Mariana expidió el Real Despacho para dicho nombramiento en 13 de octubre de 1671, y llegó a Roma el día 29 del mismo mes. Lo recibió el marqués de Astorga, y éste se dirigió a la casa profesa de la Compañía de Jesús, en donde Nithard vivía de incógnito, para comunicárselo. El Marqués pidió audiencia a Clemente X ¹²⁹ aquella misma tarde para informarle de la resolución de la reina, pero no se le concedió por estar fuera de Roma Altieri, el cardenal nepote, y Borromeo, secretario de Estado de su Santidad; por lo que se le señaló el día siguiente por la tarde. El Santo Padre recibió la noticia con sumo gusto, ya que deseaba mucho tratar con él los negocios de la Corona y de la Santa Sede, pero reparó en que el padre Confesor andaba todavía en hábito religioso, y no había precedente de este caso. El Papa mandó llamar a los maestros de ceremonias para que indagaran en sus libros y buscaran si había habido algún embajador ordinario en hábito de religioso –esta misma razón fue la que alegó Clemente IX para no admitirle en la embajada extraordinaria–. El Marqués le dijo a este respecto que no ignoraba:

cuan Francés había sido Clemente 9.º, y cuan torcido anduvo entonces con la Corona Católica; y siendo S. Santidad por el contrario tan afecto a ella, no debía imitar el ejemplo de su antecesor.

¹²⁸ *Ibidem*, pp. 121r-149r, 226r-226v.

¹²⁹ Sobre el pontificado de Emilio Altieri, Clemente X (1670-1676): L. VON PASTOR: *Historia de los papas...*, *op. cit.*, XXXI, pp. 360-423. L. OSBAT: “Clemente X”, *DBI* 26, pp. 293-302.

Seguidamente el Marqués dio cuenta al cardenal nepote de dicha elección, y de los reparos que había puesto el Pontífice en que el padre Confesor no debía andar en hábito religioso. Altieri respondió que no había ningún problema a este respecto, ya que prefería esta opción a que recayera el puesto de embajador ordinario sobre el cardenal Portocarrero, tan afecto y parcial de los Escudronistas, opuestos y enemigos del Santo Padre y de su nepote. Entonces el marqués de Astorga le suplicó que convenciera a su Beatitud para que no reparara en el hábito de religioso, y a continuación escribió a España para comunicar lo ocurrido en ambas reuniones.

El embajador continuó sus diligencias con la mediación de los cardenales Altieri y Borromeo, buen vasallo de la corona católica. El padre Juan Everardo mostró al Marqués su agradecimiento por estas gestiones, y le recomendó que incidiera en los mismos puntos que se habían representado con ocasión de la embajada extraordinaria: que el padre Confesor no había pretendido la embajada ordinaria, sino que había sido decisión de la reina; que si su Santidad ponía reparos y dificultades en admitirlo era el Marqués el que debía procurar vencerlas; y que mientras actuaba el embajador ordinario, el jesuita permanecería quieto.

Cuando el cardenal Portocarrero se enteró del nombramiento del padre Confesor como embajador ordinario, fue rápidamente a visitarle muy conternado y resentido, y en lugar de darle la enhorabuena, le mostró su dolor y sentimiento. No entendía cómo la reina había elegido a Nithard, extranjero y aún con hábito de religioso, antes que a él mismo, español y cardenal. Esto le obligaba a salir de Roma y regresar a España, pues no podía consentir dicho desaire. El jesuita se justificó diciéndole que sentía mucho su desconuelo, pero él no había elegido ni pretendido el ínterin de la embajada ordinaria, sino la reina y sus ministros, y le confesaba que habría recaído más dignamente este empleo en su persona. Las resoluciones soberanas debían ser veneradas y alabadas, por lo que le pidió que considerara los motivos referidos y reflexionara sobre ellos. Sus palabras sosegaron al cardenal, y al día siguiente envió a un gentilhombre suyo para darle en su nombre infinitas gracias y para comunicarle que le asistiría en el ejercicio de la embajada “con el afecto y buena voluntad que creía haberle merecido”.

Dos días después de haber tenido el marqués de Astorga audiencia con el Papa y con los cardenales Altieri y Borromeo, envió su Santidad al cardenal Maximis para que mostrara al padre Confesor su satisfacción por su nombramiento como embajador ordinario y para recomendarle que cambiase su hábito de

religioso por otro de obispo y prelado. El Santo Padre estaba dispuesto a nombrarle arzobispo titular *in partibus* para lograrlo. El padre Nithard pidió entonces audiencia con el Papa, a través del cardenal Maximis, para representarle personalmente las razones y motivos que tenía para que desistiera de su determinación. Su Beatitud se la rechazó, y el Cardenal le recomendó que se las enviara por escrito. Este papel llegó a las manos del Papa, y lo examinó detenidamente, durante algunos días, con algunos cardenales y maestros de ceremonias. Mientras tanto Monseñor Castrillo y el cardenal Pío persuadieron al padre Confesor para que se rindiese a la voluntad de su Santidad.

Viendo el padre Juan Everardo que no habría más salida que renunciar a su hábito de religioso, llegó a pensar en salir ocultamente de Roma y retirarse a cualquier parte a donde no le reconocieran. El cardenal Maximus fue entonces a visitarle y le impuso en nombre de su Santidad el precepto formal de aceptar el título y dignidad del arzobispado de Edessa, en Siria. El jesuita, tras recuperarse de su asombro, le dijo que el Santo Padre sería obedecido con el rendimiento y reverencia que debía.

Habiendo hecho Nithard la profesión de la Fe en el Noviciado de San Andrés, de la Compañía de Jesús, fue conducido el 16 de noviembre de 1671 por los maestros de ceremonias de la audiencia de su Santidad, quien le puso el roquete, diciéndole que la mudanza del hábito convenía al servicio de Dios, de la Santa Sede y de la Reina católica para poder ejercer con más decencia el oficio de embajador. El padre Confesor aceptó por la obediencia que debía a su Beatitud. Su consagración tuvo lugar el 24 de enero de 1672 en:

la Capilla de la Asunción de Nuestra Señora de la Congregación de los Nobles en la Casa Profesa de la Compañía de Jesús de Roma, siendo su Consagrante el Excelentísimo Sr. Cardenal Sforza y Asistentes los dos Patriarcas Altoviti, y Colona,

en una tribuna intervinieron los cardenales de la facción: Pío, Portocarreo, Lantgravio de Asia, Saveli y el marqués de Astorga, “y abajo gran prelatura y no menor nobleza”. El nuevo cardenal hizo:

un espléndido convite en su Palacio, en que se hallaron los Señores Cardenales Pío, Portocarrero, Asia y Savoli, el Sr. Marqués de Astorga, los dos Señores Patriarcas, y el Padre General de la Compañía de Jesús.

Éste último llevó como acompañante al padre Alonso de Alarcos, Procurador General de España.

La ceremonia fue espectacular, en donde no faltaron “la formación de la numerosa familia, adornos del Palacio, carrozas, y libreas”. El virrey de Nápoles, don Pedro Antonio de Aragón, en fe de la amistad que profesaba con el jesuita, “y hallándose en estado de tornar a España”, le envió secretario, caballero, algunos pajes, ricas carrozas –para él y para su familia–, un tiro de caballos de la caballeriza del rey, etc. Algunos varones romanos, vasallos de su Majestad, también le colmaron de regalos: “el Condestable, y Príncipe Burghesio con dos tiros de hermosos Caballos, el de Palestrina con otro de frisonas, y una Carroza, y el Marqués de Astorga con un par de corsieros”¹³⁰.

El padre Confesor tuvo algunas conversaciones con el marqués de Astorga para que le asesorara sobre el ejercicio de la embajada ordinaria, informándose de todo lo que podía conducir a su mejor encaminamiento y acierto. Después el nuevo embajador visitó el Sacro Colegio y a los nepotes de su Santidad, como era costumbre, pero estos “hicieron dificultad en darle el tratamiento de Excelencia, respecto de ser Eclesiástico, y Arzobispo”. El Marqués tomó cartas en el asunto, pero fue el padre Nithard quien les dijo que les daría el mismo tratamiento que él recibiera, y así se rindieron y cambiaron su actitud.

El marqués de Astorga había sido honrado por la reina con la patente de virrey de Nápoles, sustituyendo así en este cargo al duque de Segorve, don Pedro Antonio de Aragón. Antes de partir el Marqués a Nápoles, tenía que presentar al Papa como nuevo embajador al recién nombrado arzobispo de Edessa; y esto lo ejecutó el 30 de enero, entregando a su sucesor los papeles de la embajada.

El domingo, 31 de enero, el nuevo embajador tuvo su primera audiencia con el Santo Padre, siguiéndose un cortejo grandilocuente y pomposo, en el que participaron clarines, morteretes, majestuosas carrozas, criados ricamente ataviados, etc. Llegó así al palacio del Quirinal, en donde le recibió el Papa. Por la tarde volvió a salir con la misma grandeza y boato para adorar las reliquias del Vaticano, visitar al decano de los cardenales y besar la mano a la reina de Suecia¹³¹.

¹³⁰ “Copia de carta escrita a un señor de los sucesos que han pasado en Roma al Excelentísimo señor Juan Everardo, arzobispo de Edesa, del Consejo de Estado de Su Majestad, confesor de la reina y embajador ordinario en esta Corte”. Roma, 12 de febrero de 1672. ARSI, Hist. Soc. 55 (I), Epistolae de rebus Card. Nidardi, p. 40v.

¹³¹ La reina de Suecia mantuvo muy buenas relaciones con Clemente IX, con quien conversaba frecuentemente sobre asuntos religiosos, políticos y culturales (literatura, música y arte). L. VON PASTOR: *Historia de los papas...*, op. cit., XXXI, pp. 275 y ss.

El lunes, 1 de febrero descansó, y el martes visitaron al nuevo arzobispo el recién nombrado virrey de Nápoles y los sobrinos del Papa. Al día siguiente, Nithard acompañó al marqués de Astorga hasta Castelgandolfo, en donde durmieron aquella noche; y a la mañana siguiente se despidieron, siguiendo el virrey su jornada hasta Nápoles. El padre Juan Everardo volvió a Roma para habitar en el “magnífico Palacio de su gran Monarca”. El arzobispo de Edessa asistió en los días siguientes a las funciones eclesiásticas dedicadas a la fiesta de San Ildefonso:

en Santiago de los Españoles, hospital de la Corona de Castilla, y bendición de las candelas en nuestra Señora de Monserrate, hospital de los Reinos de Aragón ¹³².

El arzobispo de Edessa sirvió la embajada ordinaria en ínterin durante cinco años, hasta que pasó a ocupar este puesto su propietario: el marqués de Carpio ¹³³. El 22 de febrero de 1672, el padre Confesor fue elevado por el Pontífice a la dignidad cardenalicia con el título de San Bartolomé in Insula ¹³⁴.

C) *Nuevo enfrentamiento con don Juan José de Austria*

Una vez que Clemente X, a instancias de la Reina católica, condecoró al padre Juan Everardo Nithard con la sacra púrpura, el jesuita manifestó su exaltación a doña Mariana y sus ministros, al Emperador, al rey de Francia, y a otros príncipes soberanos de Europa. Tuvo entonces por bien hacer lo mismo con don Juan José de Austria, a pesar de las graves injurias y ofensas que había recibido de él en años anteriores, y así procurar que abandonase su injusto enojo contra él. Le escribió una carta muy cortés y respetuosa el 18 de mayo de 1672, y a pesar de que el nuevo cardenal pensaba que don Juan la recibiría con estimación y agrado, ocurrió todo lo contrario. Don Juan le respondió con otra carta “descompasada y llena de rencor y ponzoña”, fechada en 7 de junio de 1672,

¹³² ARSI, Hist. Soc. 55 (I), Epistolae de rebus Card. Nidardi, p. 41v.

¹³³ BNE, Mss. 8352, pp. 117-120v, 151r-164v. ARSI, Hist. Soc. 55 (I), Epistolae de rebus Card. Nidardi, pp. 40r-41v.

¹³⁴ Algunos autores indican que fue nombrado cardenal en 22 de febrero de 1672 (L. M. RAMÍREZ Y LAS CASAS DEZA: “El P. Juan Everardo Nidhard...”, *op. cit.*, p. 19; y Ch. E. O’NEILL y J. M. DOMÍNGUEZ [dirs.]: *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús.*, *op. cit.*, pp. 2818-2819). Otros, sin embargo, apuntan que fue el 8 de agosto de 1672 (R. RITZER y P. SEFRIN: *Hierarchia Catholica Medii et Recentioris Aevi*, Patavii 1952, V, pp. 8, 44, 45 y 191).

en la cual pedía al arzobispo de Edessa que no volviera a turbar la feliz tranquilidad que en aquellos momentos se vivía en aquellos reinos. El bastardo mandó imprimir ambas cartas en una plana con el fin de difundirlas y que el mundo viera el arrojó del padre Confesor. Mandó una carta –fechada en 14 de junio– y gran número de copias impresas a su criado, don Diego de Velasco –residente en la corte de Madrid–, y le ordenó que las repartiera entre los ministros de la Junta General de Gobierno y otros aliados suyos. Además de esto, escribió otra el mismo día al conde de Pötting, embajador de su Majestad Cesárea, con el fin:

de abonar sus desaciertos y conmover los ánimos contra la venerable persona del nuevo Sr. Cardenal, y de atraerlos a su torcido sentir, y partido, creyéndolos tan necios y destituidos del uso de la razón, que no supiesen discernir entre lo bueno y lo malo, justo e injusto.

Entretanto llegaron estas cartas a Roma, a manos del nuevo cardenal Nithard, y habiendo considerado su maligno contenido, consideró que no debía echar más leña al fuego, pues ya se encargarían de responder sus aliados, que él “ya estaba muy enseñado y hecho a padecer y sufrir semejantes, y aún mayores agravios”. El jesuita sólo respondió a su Alteza

que si la ceguedad de su pasión, y la obstinación de su inflexible corazón no le cerrase los ojos a la debida y atenta consideración de ella, es indudable, que se arrepentiría de haber escrito lo que escribió, y trataría de enmendar su error.

Estas cartas dieron pie a otra nueva batalla literaria de ofensas y defensas a favor y en contra de ambos contrincantes. Surgieron numerosos escritos anónimos que amparaban las buenas intenciones del nuevo cardenal Nithard, y denunciaban, asimismo, la descortesía y amenazas de don Juan José de Austria –quien temía el regreso inmediato a España y la restitución del padre Confesor–, llegando algunos a proponer el destierro o prisión del Príncipe, turbador de la paz de los reinos católicos. Destacan en esta línea: “*Advertencia de un apasionado*”, la “*Carta escrita de Madrid a un Arzobispo de Castilla*”, la “*Glosa de otra persona desapasionada*”, la “*Glosa sobre las dos cartas que el Sr. D. Juan escribió al Sr. Cardenal Nidardo, y a D. Diego de Velasco su Espía*”, la “*Respuesta escrita de cierto Caballero de Zaragoza, a un correspondiente suyo en Roma*”, etc.

La reina ordenó al conde de Peñaranda que escribiera una carta al señor don Juan expresándole lo mal que había parecido a doña Mariana y a sus ministros

sus epístolas, y amenazándole con despojarle de su puesto si en adelante no se enmendaba. Don Juan, sorprendido del contenido tan serio y severo de este documento, se aplicó a disimular y encubrir la carta de Peñaranda, y además de esto,

se valió de otra estratagema y traza bien extraña, y era, fingiendo otra carta, como escrita a S.A. el mismo Conde de Peñaranda en que este pretende sincerarse, y mostrar, no haber sido suya la primera.

Esta carta, fechada en 6 de septiembre de 1672, la mandó don Juan divulgar por todo el Reino de Aragón creyendo que podría disimular la primera y engañar a los menos apasionados, dando así lugar a nuevos escritos que criticaban su atrevimiento y arrojo: “*Carta que cierto Caballero de Zaragoza escribió a su correspondiente, residente en Madrid*”, “*Carta en que se confirma ser verdadera la primera, y fingida la segunda del Conde de Peñaranda*”¹³⁵, etc.

D) *En torno al misterio de la Inmaculada Concepción en Milán y Nápoles*

A principios de 1672, llegaba el duque de Osuna al gobierno del Estado de Milán, y movido por su entrañable devoción al “Santo Misterio de la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios”, suplicó a la reina que

se sirviese, de enviarle orden, en virtud de la cual él pudiese hacer insinuación a los Obispos de aquel Estado, para que ordenasen a todos los Predicadores, que al principio de sus sermones dijese el Elogio del Santísimo Sacramento, y de este Santo Misterio, como se acostumbra en España.

La reina aceptó a través de un Real Despacho fechado en 10 de marzo de 1672, y el Duque lo recibió con muy singular gusto, ordenando al presidente Arese que escribiese a los obispos de Milán la real orden –y así lo ejecutó el 20 de abril–.

Doña Mariana en su despacho hablaba *in specie* de los predicadores de la orden de Santo Domingo, ya que suponía que estos serían los que mayor oposición manifestarían ante dicho elogio. Para evitar resentimientos, el duque de Osuna pensó que el edicto que correspondía publicar a los obispos, debía referirse generalmente a todos los predicadores, y no a los dominicos en particular. Los pronósticos de la reina y del Duque se cumplieron, y así, el día que la ciudad de Milán hacía el solemne voto de defender el misterio de la Inmaculada

¹³⁵ BNE, Mss. 8351, pp. 240r-277v, y Mss. 8352, pp. 173r-221r.

Concepción, los dominicos transmitieron sus quejas al cardenal Litta, arzobispo de Milán, y a la Santa Congregación del Santo Oficio de Roma, causando con ello gran ruido, ya que pensaban que la reina no debía de meterse en un negocio meramente espiritual. El cardenal Francisco Barberino, como decano de la Santa Congregación, fue el encargado de escribir tres cartas a los obispos de Milán. El obispo de Pavía fue el primero en publicar las órdenes de la Santa Congregación del Santo Oficio Romano, y el duque de Osuna mandó al Gran Canciller de Milán, marqués de Centellas, que escribiera a dicho obispo mostrando la admiración que había causado a los ministros de aquel Estado su acción.

El Papa y el Santo Oficio mostraron sus quejas al cardenal Nithard, como embajador ordinario, y al duque de Osuna; y estos, que expusieron algunos motivos a su Santidad sobre el elogio –fundando sus argumentos en una bula despachada por Alejandro VII el 8 de diciembre de 1661–, dieron cuenta a su Majestad. Cuando la reina estuvo al corriente de lo sucedido en Milán, escribió cartas al Santo Padre y a los cardenales Altieri y Borromeo, y el padre Confesor fue el encargado de entregarlas. El punto del elogio quedó finalmente como estaba –“siendo de harto dolor a la Reina Nuestra Señora y toda la nación española”–, no pudiendo el duque de Osuna obligar a los predicadores a que lo dijeran. Sólo consiguieron que la Congregación del Santo Oficio Romano aprobara que todos aquellos que quisieran decirlo pudieran hacerlo, pero nadie podía ser obligado, ya que por ser materia espiritual, los príncipes seglares no debían ni podían meterse. La reina se disculpó alegando que ella no había ordenado este elogio, sino que pretendía que prudentemente se indujesen a los predicadores a que lo dijeran al principio de sus sermones, como efectivamente muchos de ellos hacían ¹³⁶.

Mientras el cardenal Nithard estaba ocupado en la defensa del elogio de la Inmaculada Concepción en el Estado de Milán, se levantó en Nápoles y en Roma otra tempestad mucho mayor, cuando el marqués de Astorga, ya virrey de Nápoles, ordenó que todos los que quisiesen obtener cátedras o grados en aquella universidad, tenían que hacer antes el juramento de defender el santo misterio de la Inmaculada Concepción. Había dos dominicos que tenían dos cátedras en ella, que resistiéndose a la orden del Virrey, recurrieron al nuncio para que intercediera ante el Santo Padre, y éste dejó el asunto en manos del

¹³⁶ BNE, Mss. 8363, pp. 119r-146v, y Mss. 8356, pp. 217r-218v.

Santo Oficio de Roma. No sólo se intentó prohibir el juramento en el Reino de Nápoles, sino que además se trataron de anular todos los que se hacían en las demás universidades y comunidades.

Clemente X informó de las quejas, que le habían llegado de la Santa Congregación, al marqués de Astorga y a la Reina católica, y, además, se reunió con el cardenal Nithard, embajador ordinario, el 26 de junio de 1672. El Papa le comunicó que dos lectores dominicos de la universidad de Nápoles se habían lamentado de la nueva orden, quienes alegaban que dicho juramento no se aplicaba en ninguna universidad de España, en donde ellos hacían el juramento de defender la doctrina de Santo Tomás —que defendía todo lo contrario—¹³⁷. El Pontífice opinaba que

no estando todavía este Misterio defendido de fe, no se podía ni debía tolerar, que los Españoles previniendo las determinaciones de la Iglesia, quisiesen hacer fe lo que no lo era,

por lo que mandó al padre Nithard que escribiera a la reina representándole todo lo referido para que se sirviese ordenar al virrey de Nápoles a que desistiese sin dilación de su intento —y se revocasen de la fórmula del juramento palabras como *fideliter credo, firmiter teneo*, etc.—, amenazándole con prohibir absolutamente aquel juramento si no lo cumplía. El jesuita le aseguró que así cumpliría sus órdenes, pero le suplicó que no pasara a tomar ninguna determinación precipitada. Nithard se comprometía a escribir un manifiesto que entregaría a su Beatitud y a la Santa Congregación del Santo Oficio, y le rogaba asimismo que mandara formar una congregación de teólogos —“verdaderamente doctos y desapasionados”—, en la que debían de ser excluidos los padres dominicos como parte interesada, a la que pudiera informar separadamente sobre el contenido de su papel.

Una vez que el Papa cedió a las súplicas del cardenal de Edessa, se eligieron a los siguientes teólogos para dicha congregación: al General de los franciscanos, al padre Lauria —de los Claustrales de San Francisco—, al padre Gaetano Miraval —teatino—, y al padre Enrique de Noris —agustino—. El Embajador Católico les habló de los fundamentos principales de la materia que se trataba, y

¹³⁷ El padre Nithard aseguraba que “los Padres Lectores Dominicos hacen dicho Juramento en las tres principales Universidades de España, como son Salamanca, Alcalá, y Valladolid, de que el Cardenal tenía auténticos testimonios de sus Notarios” (BNE, Mss. 8353, p. 188r).

todos ellos dieron votos favorables a la causa del juramento. A continuación, el padre Confesor envió copia de los votos a la Reina católica y a la Junta de la Inmaculada Concepción ¹³⁸, y posteriormente se dispuso a escribir un documento en latín, dividido en siete cuestiones, que tituló: “*Información y alegación Teológica, en que se defiende el Juramento, y su fórmula que hace la Universidad Napolitana, de creer, tener, y profesar, que la Virgen Madre de Dios fue concebida sin mancha de pecado original, en el primer instante de su ser natural*”. La reina le ordenó que cediese en el supuesto caso de que su Santidad y la Santa Congregación se opusieran a la fórmula “*fideliter credo*”, pero que luchara por conservar al menos el juramento ordinario. Los asistentes de la Santa Congregación, que eran Monseñor Casanate ¹³⁹ y Colonna, metieron prisa al embajador para que expusiese cuanto antes las razones que tuviera en defensa del juramento, pero Nithard contaba con algunos inconvenientes que retardaban su trabajo: las muchas ocupaciones de la Embajada, la poca salud y fuerzas que le asistían —siéndole preciso emplear parte de las noches y “privarse del sueño necesario para vivir”—, etc. Cuando concluyó dicha alegación, la mandó poner a limpio e imprimir, y la puso en manos del Santo Padre para que la remitiese a la junta de teólogos y diesen su parecer. El Papa alabó su celo y trabajo y envió el documento a los teólogos, ministros y cardenales de la Santa Congregación. Los teólogos de la congregación se convencieron de las razones que había plasmado el embajador, y dieron segundos votos aprobando todo. Nithard volvió a enviar copia de estos votos a la reina, tal y como se lo había ordenado, y a la Santa Congregación del Santo Oficio.

Finalmente, la Santa Congregación quedó satisfecha y dejó de oponerse al juramento. Sólo se eximió de cumplirlo a los dos lectores dominicos por evitar más desórdenes. Cuando doña Mariana quedó enterada de todo, escribió a su embajador —en 29 de noviembre de 1673— significándole la gran estimación que hacía de sus conatos, letras y constancias, y aprobando todo lo obrado por él. La Junta de la Inmaculada Concepción quedó también muy conforme con las

¹³⁸ Sobre la Real Junta de la Inmaculada Concepción, y el revuelo levantado en Milán y Nápoles, J. MESEGUER FERNÁNDEZ: *La Real Junta de la Inmaculada Concepción (1616-1817/20). Bosquejo histórico*, Madrid 1955, pp. 106 y ss.; “La Real Junta de la Inmaculada Concepción (1616-1817/20)”, *Archivo Ibero-Americano* 2ª época, XV/15 (1955), pp. 621-860.

¹³⁹ Sobre el cardenal Girolamo Casanate —o Casanata—, L. CEYSENS: “Casanate, Girolamo”, en *DBI* 21, pp. 144-147.

resoluciones tomadas, y suplicaron a la reina que dieran en su nombre las gracias al cardenal Nithard, quien continuó recibiendo palabras de afecto y agradecimiento hasta mediados de 1674. Éste había dedicado casi dos años de su vida a la defensa de la fórmula, y su *alegato*, muy aplaudido por casi todos –entre ellos el nepote Altieri–, llegó a imprimirse en España, aumentado y ampliado con otros fundamentos de pontífices, concilios y santos padres ¹⁴⁰.

E) *El arzobispado de Monreal (Sicilia)*

En cuanto la reina tuvo noticia del ascenso a cardenal de su confesor, tal y como ella había procurado, decidió

acomodarle también en renta fija para su decente y congrua sustentación, movida, o ya de su Real grandeza; o ya por el cariño y afecto que consideraba siempre a la persona de su Confesor; o por la obligación que reconocía S. Majestad, le corría a darle satisfacción también en esta materia de sus conveniencias; o finalmente de las sugestiones con que los émulos del Cardenal procuraban verle más lejos del Real lado de S. Majestad atándole a la Iglesia de Monreal en el Reino de Sicilia.

Así le escribió una carta ofreciéndole el arzobispado de Monreal, el cual había quedado vacante por muerte del cardenal Visconti. Esta decisión la había tomado su Majestad, pensando que el cardenal Nithard aceptaría dicha merced, sin consultar a la Junta de Gobierno, ni a los consejos de Estado ni de Italia.

Al padre Confesor le pareció que tampoco debía aceptar el arzobispado de Monreal, y para ello escribió a doña Mariana, en 24 de septiembre de 1672, una relación en la que exponía 24 razones favorables. Por un lado era una oferta muy tentadora, ya que era una congrua muy cuantiosa –le quedarían limpios unos 20.000 ducados de plata de moneda siciliana–; estaría cerca de Roma en caso de que se celebrara un cónclave; podría continuar viviendo en Roma si la reina obtenía dispensa de su Santidad; podría renunciar a dicho Arzobispado en cualquier momento; la reina podría darle juntamente el virreinato de Sicilia si promoviese al Príncipe de Ligni al gobierno de Milán –obligando así al duque de Osuna a volver a España–; podría vivir con más tranquilidad, apartado del bullicio de estos negocios, y dedicarse a actividades más intelectuales, etc. El padre Nithard escribió posteriormente una respuesta a la relación antecedente,

¹⁴⁰ BNE, Mss. 8353, pp. 180r-191v, y Mss. 8356, pp. 219r-223r.

anotando los inconvenientes que tenía aceptar dicho cargo, y se la envió a la reina, junto a una carta. En ella le agradecía mucho sus favores, y le suplicaba que le excusase de dicho Arzobispado. Doña Mariana, una vez que leyó sus razones,

fue servida de admitir la excusa con toda benignidad ofreciéndole su Real asistencia y protección a cuanto pudiera ser de su mayor consuelo y conveniencia ¹⁴¹.

F) *Discordia con don Diego Sarmiento de Valladares, obispo de Plasencia, y primer intento de Nithard de ser restituido a sus oficios y puestos en España*

Cuando Diego Sarmiento sustituyó al padre Nithard en el puesto de inquisidor general, se le alcanzó una dispensa de no residir en su obispado de Plasencia por tres años. Habiendo expirado esta dispensa, escribió al cardenal Juan Everardo en 24 de enero de 1673, en calidad de embajador ordinario, suplicándole se sirviese de alcanzarle otra sobre lo mismo. Al padre Confesor le pareció que no debía acceder si no lo ordenaba la reina gobernadora, ya que pensó que si se le concedía, perdería el derecho de ser restituido al puesto de inquisidor general cuando regresara España, y así se lo comunicó al obispo de Plasencia en carta de 25 de febrero. El mismo día, escribió también a la reina y a don Pedro Fernández del Campo, secretario del Despacho Universal, informándoles de los motivos por los que no había accedido a la petición del inquisidor general. El 16 de marzo se recibieron las cartas en Madrid, pero no le respondieron hasta el 19 de abril. Esta respuesta reconocía la inocencia del jesuita y las persecuciones que había sufrido en Madrid y en Roma, y, asimismo, la reina confesaba que el puesto de Inquisidor lo conservaba todavía en legítimo derecho, y que debía ser restituido en él. Doña Mariana de Austria decidió no decir nada de este asunto a la Junta de Gobierno, ya que, por un lado, los ministros se mostrarían poco afectos a los intereses y restitución del padre Confesor, y por otro, formaba parte de ella el propio Diego Sarmiento, a pesar de haber dicho siempre éste que el oficio de inquisidor general lo tenía sólo en depósito, y lo volvería a poner en manos del cardenal Nithard cuando fuera necesario.

El padre Juan Everardo veía que el tiempo pasaba y la reina no se decidía a ordenarle que regresara a España para ser restituido en sus antiguos puestos, y él interpretaba que esta dilación redundaba en descrédito de su persona. Estas muestras de desconsuelo se las transmitió a la reina. El obispo de Plasencia,

¹⁴¹ BNE, Mss. 8363, pp. 1r-9r, 43r-45v.

mientras tanto, persistía en su intento de obtener la dispensa, y volvió a insistir al embajador con otras cartas –de 23 de marzo y 14 de junio–. Con la última carta de don Diego, el cardenal Nithard quedó satisfecho y tranquilo, pero el entuerto no se solucionó. La reina nunca ordenó al Cardenal que sacase la dispensa al obispo de Plasencia, y éste, tampoco volvió a insistir, ya que reconocía que su amigo tenía todo el derecho de recuperar el cargo de inquisidor general.

Las causas que impidieron a la reina poner en ejecución su deseo de ver restituido al jesuita fueron:

la inquietud de ánimo que se reconoció en el Sr. D. Juan, detenido violentamente en el virreinato de Aragón; el ciego afecto del Pueblo a su persona, esperando por medio el alivio; La pasión desordenada de sus aliados, y la parcialidad con que le adherían algunos de los Ministros del gobierno, y finalmente la demasiada bondad de S. Majestad, intimidada y oprimida de sus Consejos y consejeros, representando a S. majestad continuamente nuevas turbulencias e inquietudes, que incitados y fomentados del Sr. Don Juan y de sus aliados, resultarían en caso que el Cardenal volviese a España, y a sus puestos, siendo la causa verdadera los fines y designios particulares y más altos, a que aspiraba el Sr. D. Juan, y temía de que se los estorbaría el Cardenal; y el interés particular de sus dependientes, y el de algunos Ministros que lo esperaban conseguir por medio del Sr. D. Juan en ausencia del Cardenal, cuya rectitud y total desinterés (según temían) no vendría en ello; y que por el contrario los mortificaría por la injusticia y violencia que habían ejecutado con él, no reparando en la experiencia que tenían de la benignidad y religiosa caridad del Cardenal, con que tantas veces había perdonado a sus perseguidores, y procurado hacerles bien en todas las ocasiones que se le habían ofrecido ¹⁴².

La regencia de la reina finalizó cuando Carlos II cumplió 16 años, el 6 de noviembre de 1675. Tuvieron lugar entonces los valimientos de don Fernando de Valenzuela y de don Juan José de Austria, “ambos opuestos al Cardenal Nidar-do”, con lo que siguieron estorbando la restitución y vuelta del padre Confesor a España. El jesuita desistió de volver a la corte de Madrid por considerar que las circunstancias en que se hallaba el gobierno no le eran demasiado propicias:

¹⁴² *Ibidem*, pp. 52r-53r.

Si bien considerando el estado y circunstancias en que se hallaba el gobierno, estando en él D. Fernando de Valenzuela, y el en que hoy se halla, dominando despóticamente el Sr. D. Juan de Austria con desconsuelo, sentimiento, y queja universal de todos, ha desistido el Cardenal Nidardo de solicitar la vuelta a España, por no ver y experimentar de cerca la confusión, violencia, y lástimas, en que todo está ¹⁴³.

G) *La controversia entre los cuatro embajadores y el cardenal Altieri*

El martes, 11 de septiembre de 1674, publicó el Tesorero de la Cámara romana un edicto a través del cual se imponía una nueva gabela del tres por ciento sobre todo género de ropas que entraran en Roma de fuera del Estado Eclesiástico ¹⁴⁴. Este edicto afectaba también a cardenales, nobles, embajadores de príncipes, etc., igualándolos así con los plebeyos y vasallos del Papa. Los embajadores de príncipes se vieron muy agraviados por esta novedad, por ir en contra de la soberana autoridad de sus príncipes, y decidieron reunirse en el Jardín del cardenal Savelli los cuatro principales para acordar como debían proceder: el cardenal de Asia –embajador del Emperador–, el cardenal Nithard –embajador ordinario del Rey Católico–, el duque D’Estrées –embajador del Rey Cristianísimo– y don Pedro Mozenigo –embajador de Venecia–. Convinieron pedir audiencia al Papa juntamente, o bien por separado, para presentarle la grave ofensa que este edicto hacía a sus príncipes, y suplicarle la revocación del mismo. El mismo día, mandaron a cuatro gentiles-hombres a pedir audiencia a su Santidad, y les recibió Monseñor Crescencio ¹⁴⁵, Maestro de Cámara del Santo Padre, quien les dijo que hasta el domingo no les podría recibir por encontrarse ocupado, y que no se la daría a todos juntos –“por no ser estilo”–, sino por separado. Los embajadores repitieron la misma instancia otras dos veces, pero siempre obtuvieron la misma respuesta.

El miércoles, 19 de septiembre, se volvieron a reunir los cuatro embajadores en el Jardín de Medicis, y decidieron pedir audiencia al nepote, el cardenal Altieri,

¹⁴³ *Ibidem*, pp. 54r-54 v. Sobre este aspecto véase el punto “Insta el Cardenal Nidardo con la Reina Nuestra Señora, en que sea reintegrado, y restituido a sus oficios y puestos”, *Ibidem*, pp. 47r-59v, 63 r-64v y 117r-118v. AHN, Inquisición, lib. 274, pp. 1017r-1027v, y leg. 2298.

¹⁴⁴ Véase L. VON PASTOR: *Historia de los papas...*, *op. cit.*, XXXI, pp. 417 y ss.

¹⁴⁵ Sobre Alejandro Crescenzi, I. POLVERINI FOSI: “Crescenzi, Alessandro Cosimo”, en *DBI* 30, pp. 629-632.

para quejarse del Maestro de Cámara, quien se negaba a concederles pronta audiencia con el Papa, y para conseguirla por su mediación. Altieri les respondió que no podría dársela a todos juntos, pero sí a dos aquella tarde y a otros dos al día siguiente. Esta respuesta desagradó mucho a los cuatro embajadores. Nithard cayó enfermo en la cama, por lo que los otros tres embajadores se reunieron en la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles, de los cartujos, y de allí fueron juntos al palacio pontificio. Cuando el cardenal Altieri se enteró que se acercaban los tres embajadores, mandó cerrar las puertas de la antecámara y los colaterales del palacio, ordenando además poner cadenas en la puerta principal y alertar a la milicia. Cuando vieron los embajadores el comportamiento del Cardenal —quien daba a entender que “iban con intento de hacer alguna violencia a la persona del Cardenal”—, extrañados y enojados, y por no levantar ruido, se volvieron a la iglesia de la que habían partido. Los embajadores dieron cuenta de todo a sus príncipes, y todos ellos aprobaron la actitud de sus ministros.

Después de tres meses de controversias, en los cuales el cardenal Altieri intentó no acceder a las peticiones de los embajadores alegando que este edicto se debía al Papa, los tres embajadores, muy crispados, dieron a entender a toda Roma que podrían “originarse grandes desórdenes, y un saco de Casas principales”. El padre Confesor ideó un plan para resolver estas controversias, y para ejecutarlo debía valerse de diversas personas y medios. Mientras tanto, recibió un Real Despacho de la reina, fechado en 12 de junio de 1675, en el cual le mandaba que concluyese la controversia sin más dilación, aceptando sin más las satisfacciones que su Santidad, a través de los cardenales mediadores, había ofrecido a los embajadores, y en caso de que alguno de ellos no quisiese ajustarse a ellas, se separaría del grupo. El cardenal de Asia no estaba muy conforme con las satisfacciones ofrecidas por los mediadores, pero había recibido orden del Emperador de que debía conformarse con los dictámenes y operaciones del cardenal Nithard, ya que ambos eran embajadores de “una misma Augustísima Casa”. El padre Confesor fue a visitar al embajador del Emperador, y ambos decidieron ajustarse con el cardenal Altieri para que concluyera esta controversia. El nepote se comprometió a no dar mayores satisfacciones a los embajadores de Francia y Venecia, y en caso de dárselas, también gozarían de ellas los de España y Alemania. El mismo día de la firma, el 11 de julio de 1675, Altieri visitó a los embajadores cesáreo y católico para disculparse por lo sucedido; y lo mismo hicieron al día siguiente los tres cardenales mediadores —Barberino, Cybo y Carlos Borromeo—, el Comisario de la Cámara y el Capitán de la Guardia Suiza.

A continuación, se imprimió y publicó el nuevo edicto, revocando así el de 11 de septiembre de 1674, y el Papa despachó un breve honorífico alabando a los dos cardenales-embajadores. Altieri escribió una carta a la Reina católica en 13 de julio de 1675, manifestando su satisfacción por haberse resuelto dicha controversia y ensalzando los buenos procedimientos del cardenal Nithard; y también hizo lo mismo el cardenal Cybo ¹⁴⁶, como “medianero”. Finalmente, doña Mariana agradeció y alabó mucho al padre Confesor sus buenos procedimientos en este negocio ¹⁴⁷.

H) *Sobre la unión de las dos iglesias de la ciudad de Zaragoza*

La Reina católica, viendo que la bula despachada por Alejandro VII no había producido los efectos esperados –no habiendo conseguido la paz entre los capitulares de las dos iglesias-catedrales de Zaragoza, “originándose cada día nuevas contenciones y disturbios”–, decidió unir ambas iglesias y formar de ambas una única catedral para poner fin así a una controversia que había durado casi cuatrocientos años. Doña Mariana convocó a diversos ministros de sus reales consejos para examinar las ventajas e inconvenientes que tendría dicha unión. Se envió esta súplica a su Santidad para que se sirviese a aprobar dicho proyecto, y la reina escribió al cardenal Nithard, en calidad de embajador ordinario, para que hiciese todas las diligencias posibles para conseguirlo.

El padre Confesor pidió a su Santidad que mandase formar una congregación de cardenales y prelados a este fin. Había 80 puntos que impedían la aprobación de esta unión, pero el padre Nithard trabajó mucho para defender lo contrario, hasta que lo consiguió. La reina, el vicescanciller de Aragón –don Melchor de Navarra– y diversos capitulares del Reino de Aragón –entre ellos el deán de Zaragoza– escribieron al embajador para agradecerle su trabajo. La Reina católica, asimismo, escribió en abril de 1676 a su Santidad y al cardenal Altieri agradeciéndoles el haber cedido a sus súplicas. Don Melchor de Navarra admiraba la destreza que el jesuita había mostrado en los tres principales negocios de su embajada: la defensa del misterio de la Inmaculada Concepción en Milán y Nápoles, el ajuste de la ruidosa controversia de los embajadores con el cardenal Altieri, y la confirmación de la unión de las dos iglesias-catedrales de Zaragoza ¹⁴⁸.

¹⁴⁶ Véase E. STUMPO: “Cibo, Alderano”, en *DBI* 25, pp. 227-232.

¹⁴⁷ BNE, Mss. 8363, pp. 169r-180r.

¹⁴⁸ *Ibidem*, pp. 40r-42r, y Mss. 8356, pp. 225r-226v.

I) El cónclave de 1676

El 22 de julio de 1676 falleció Clemente X y, durante los nueve días que duraron las exequias, el cardenal Nithard, en calidad de embajador de España, visitó a todo el Sacro Colegio para presentar a los cardenales electores la necesidad de nombrar a un nuevo Pontífice que “no fuese adverso a los intereses de la Corona Católica, y toda la Augustísima Casa de Austria, Columna principal y defensora de la fe”. Esto mismo hizo en una de las congregaciones que acostumbraba tener el Sacro Colegio los once días antes de cerrarse el cónclave, y también visitando a cada uno de los cardenales en sus celdas. Los cardenales le recibieron con particulares muestras de gusto y agrado, “aprobando mucho los motivos que les había propuesto”.

El cónclave, que duró 52 días, cerró las puertas el 2 de agosto del mismo año, y el jesuita entró en él al día siguiente por hallarse gravemente indispuerto. El padre Confesor —que actuó como jefe del partido español— procuró encauzar este negocio con la mayor destreza que pudo, teniendo de su parte a los cardenales de facciones, que eran Francisco Barberino ¹⁴⁹, Flavio Chigi ¹⁵⁰, Jacomo Rospilosi, y Paluzio Altieri ¹⁵¹. Estos habían pactado con Nithard que jamás admitirían proposición alguna de ningún sujeto, y tampoco harían tratado con nadie, sin dar antes parte al Embajador Católico. Los escrutinios se continuaron por catorce días con variedad de votos y sin proponer a ningún sujeto en particular, aunque el cardenal Benedicto Odescalchi, hechura de Inocencio X, llevaba hasta entonces “muchos sufragios”.

El 15 de agosto, día de la Asunción, el padre Recanate, capuchino y confesor del cónclave, exhortó al Sacro Colegio a que pasasen a la breve elección del futuro Pontífice, exponiendo así “las propiedades, y requisitos que habían de tener los Cardenales electores”. Este sermón emocionó tanto a los cardenales, que en el escrutinio de la tarde recibió gran número de votos el cardenal Odescalchi. Al día siguiente, el cardenal Altieri preguntó al padre Confesor, a través del cardenal Casanate, si los cardenales españoles estaban dispuestos a dar sus votos a Odescalchi, ya que si cedían, él y los suyos también le votarían. Nithard escuchó esta propuesta con mucho gusto, y mandó a Casanate para que comunicase su dictamen delante de los cardenales Pío, Alverici y Savelli. Los cardenales

¹⁴⁹ Véase A. MEROLA: “Barberini, Francesco”, en *DBI* 6, pp. 172-176.

¹⁵⁰ Sobre Flavio Chigi, E. STUMPO: “Chigi, Flavio”, en *DBI* 24, pp. 747-751.

¹⁵¹ Véase A. STELLA: “Paluzzo, Altieri”, en *DBI* 2, pp. 561-564.

españoles agradecieron mucho la oferta de Altieri, y dieron rápida cuenta de ello a los cardenales de facciones, los cuales no se negaron a votar a Odescalchi. Estos deseaban que se gobernara esta materia con acierto, ya que el francés D'Estrées había llegado a decir que:

los Españoles por fuerza trataban de elegir un Pontífice a su modo y gusto, con exclusión del Rey Cristianísimo su Señor, en que él no podía consentir, y que sacaría la Espada en orden a impedir este modo de elección.

El cardenal D'Estrées informó de todo a su hermano, el embajador de Francia, y a continuación éste mandó un despacho al Rey Cristianísimo, al igual que hicieron los cardenales de facciones.

Entretanto, entraron al cónclave los cardenales franceses: Grimaldi de Terz, Bonsi ¹⁵², Maldachino, etc., y todos los cardenales esperaron recibir la respuesta de su rey. Los cardenales de facciones y los del partido español les indicaron que si no estaban dispuestos a aceptar al cardenal Odescalchi, habría que tratar de otro sujeto y esperar su feliz elección. Por fin llegó la respuesta de Francia, siendo esta muy favorable a Odescalchi. El embajador francés se la comunicó a los cardenales de facciones, y estos a su vez al cardenal Nithard. El 20 de septiembre determinaron todos unánimemente elegir a dicho Cardenal, y así se hizo el día siguiente —fiesta de San Mateo—. Sólo faltó el voto del propio Odescalchi, que votó al cardenal Barberino. El cónclave se desarrolló con admirable “paz, quietud, unión, y caridad”. Odescalchi fue vasallo de la Corona de España, y había sido excluido en el cónclave antecedente por “Franceses y Escuadrones”, fue esta la razón por la que no estaban muy dispuestos a elegirle con uniformidad. Éste, además, había entrado en el cónclave con votos y deseo de toda Roma para que fuese Pontífice, y cuando salió elegido Papa, con el nombre de Inocencio XI ¹⁵³, gozó del aplauso y alegría de todos.

El 31 de octubre de 1676, Carlos II escribió a su embajador en Roma para mostrarle su agradecimiento en este negocio ¹⁵⁴.

¹⁵² Sobre el cardenal Pedro Bonsi, U. COLDAGELLI: “Bonsi, Piero”, en *DBI* 12, pp. 388–395.

¹⁵³ Sobre el cónclave de 1676 y el pontificado de Benedicto Odescalchi, Inocencio XI (1676–1689), L. VON PASTOR: *Historia de los papas...*, *op. cit.*, XXXII, pp. 1–425. A. MENNITI IPPOLITO: “Innocenzo XI”, *DBI* 62, pp. 478–495.

¹⁵⁴ BNE, Mss. 8363, pp. 27r–33r.

J) El arzobispado de Palermo y el final de su Embajada

Cuando quedó vacante el arzobispado de Palermo, en Sicilia, por promoción de su prelado a la Iglesia de Plasencia, el rey don Carlos, a instancias de su madre, decidió concedérselo para “dejar acomodado al Cardenal Nidardo, para cuando saliese de la Embajada ordinaria de Roma”. El padre Confesor, una vez más, escribió una carta a su Majestad –en 9 de enero de 1677– exponiéndole algunos motivos por los que no debía de aceptar dicho Arzobispado. Carlos II accedió finalmente a exonerarle, y así se lo comunicó en el Real Despacho de 4 de marzo. Era la tercera Iglesia que rechazaba el Cardenal, alegando que deseaba “acabar los días de su vida en el traje de su Hábito Religioso de hijo de la Compañía de Jesús” ¹⁵⁵.

Juan Everardo Nithard ejerció el cargo de embajador ordinario durante cinco años, un mes y quince días. Su persona y buen gobierno fueron aprobados y aplaudidos por los sumos pontífices, por el Sacro Colegio y por toda Roma. Además de los acontecimientos ya referidos, el padre Confesor intervino, durante este período, en la extinción de la rebelión que los franceses y otros mal contentos fomentaron en la ciudad de Messina ¹⁵⁶, acusando de todo al Rey Católico y a los virreyes y ministros de Nápoles y Sicilia; intercedió ante el Papa para obtener las bulas que las personas propuestas por su Majestad debían poseer para ocupar las plazas vacantes, especialmente en las diócesis italianas ¹⁵⁷;

¹⁵⁵ *Ibidem*, pp. 35r-37r. BNE, Mss. 8356, pp. 227r-228v.

¹⁵⁶ Los franceses asesinaron al padre Lipari, dominico, y a su hermano Miguel, sacerdote. AMAE, Santa Sede, leg. 122, p. 216r-218r.

¹⁵⁷ Intervino en 1674 en las promociones y nombramientos de: fray Francisco María Rinni de Policio como Obispo de Siracusa (Sicilia) –vaco por muerte Juan Antonio Capobianco–; en el del Maestro fr. Mateo Orlando, General de la orden del Carmen, como Obispo de Chefalú (Sicilia) –vaco por promoción de D. Juan Roano Corrionero al arzobispado de Monreal (Sicilia)–; en el de Francisco Antonio Carrafa, Prepósito de los clérigos Reglares de la orden de S. Caetano (de la corte de Madrid), como arzobispo de Lanchano (Nápoles) –vaco por promoción del arzobispo D. fr. Alonso Álvarez Barba a la Iglesia de Brindis (Nápoles)–; en el de fr. Juan Bautista de Tinto, arzobispo de Trani (Nápoles), como Obispo de Cassano (Nápoles) –vaco por promoción de D. fr. Alonso de Balmaseda a la de Girona (en el Principado de Cataluña)–; en el de D. Carlos de Angelas, Obispo del Águila (Nápoles), como Obispo de la Cherra (Nápoles) –vaco por muerte de D. Plácido Carrafa–; en el de D. Ambrosio María Piccolomini, Obispo de Trivento (Nápoles), como arzobispo de Otranto (Nápoles) –vaco por muerte de don fr. Gabriel de Santander–, etc.

en 1676 recibió al duque de Jovenazo, que pasaba a Turín para dar el pésame a la duquesa de Saboya, en nombre del rey, por el fallecimiento de su marido ¹⁵⁸; fue el encargado de aprobar al nuevo nuncio del Papa en Madrid, y de tomar informes sobre el candidato Savo Millini y su familia ¹⁵⁹; no toleró que las “*malas mujeres*” rondaran por las puertas del palacio de España, ni tampoco permitió los juegos, tan perniciosos para el bien común, logrando así el consuelo y beneficio de muchas familias, etc. ¹⁶⁰. Tan exitoso fue su gobierno, que él mismo dice en sus *Memorias* que todos deseaban “que el Cardenal continuase más tiempo en el oficio de Embajador de España” ¹⁶¹.

5. ÚLTIMOS AÑOS DE SU VIDA (1678-1681)

El 25 de septiembre de 1679, Juan Everardo Nithard fue nombrado cardenal de la Santa Cruz de Jerusalén ¹⁶². Tras la muerte de don Juan José de Austria en

Y en 1675 en el de fr. Martín Ibáñez de Villanueva, Obispo de Gaeta (Nápoles), como arzobispo de Rixoles (Nápoles) –vaco por muerte de D. Matheo de Genaro–; en el de D. Carlos de Palma como Obispo de Puzol (Nápoles) –vaco por muerte de don Benito Sánchez de Herrera–; en el de D. Carlo Cozolino como Obispo de Oria (Nápoles) –vaco por muerte de D. Rafael de Palma–; en el D. fr. Alonso Álvarez Barba, arzobispo de Brindis (Nápoles), como arzobispo de Salerno (Nápoles) –vaco por muerte de D. Gregorio Carrafa–; en el del Dr. D. Antonio del Río Colmenares, Canónigo Magistral de la Iglesia Catedral de la Ciudad de Zamora, como Obispo de Gaeta (Nápoles) –vaco por promoción de D. fr. Martín Ibáñez de Villanueva al arzobispado de Rixoles (Nápoles)–; en el del Maestro fr. Lorenzo de Mayes, de la Orden de nuestra Señora de la Merced Calzada y redención de Cautivos, como Obispo de Castellamar (Nápoles) –vaco por muerte de don Pedro Gambacorta–; en el del Licenciado Esteban Carro, clérigo Presbítero natural de Cerdeña, como Prior de S. Lázaro Extramuros de la Ciudad de Oristan (Cerdeña) –por muerte del canónigo Constantino Verra–, etc. AMAE, Santa Sede, leg. 122, p. 191r-226r.

¹⁵⁸ *Ibidem*, p. 210r.

¹⁵⁹ Sobre algunos asuntos que trató Nithard en la última década de su vida, véase J. M. MARQUES: *La Santa Sede y la España de Carlos II: la negociación del nuncio Millini, 1675-1685*, Roma 1981.

¹⁶⁰ L. M. Ramírez señala que en 1677 fue nombrado protector del Reino de Portugal. L. M. RAMÍREZ Y LAS CASAS DEZA: “El P. Juan Everardo Nidhard...”, *op. cit.*, p. 19

¹⁶¹ BNE, Mss. 8353, pp. 35r-37v.

¹⁶² R. RITZER y P. SEFRIN: *Hierarchia Catholica Medii...*, *op. cit.*, pp. 8, 44, 45 y 191.

el mismo mes y año, hubo quienes volvieron a buscar su mediación con la reina. Entre ellos se encontraban don Cosme de Ovando y Ulloa, que aspiraba al puesto de administrador de la abadía de Maxiones (Sicilia) ¹⁶³; doña Eugenia Zerdeño, viuda de don Bernardo Gutiérrez de Torres –capitán de caballos y antiguo criado del jesuita–, pedía que escribiera a la reina para que le concediese a su hijo los trescientos ducados que ella cobraba en el momento que falleciera ¹⁶⁴; el canciller de Brabante, don Simón Fierlant, antiguo amigo del padre Confesor –recordemos que le envió una carta de apoyo cuando salió de Madrid–, le suplicó que escribiera a doña Mariana para que concediese un oficio digno a su hijo, el abogado Francisco de Fierlant ¹⁶⁵.

Durante estos años hubo quienes se empeñaron en poner al día al padre Nithard de la situación política de la corte de Madrid, posiblemente porque esperaban que el padre Confesor regresara pronto al lado de la reina madre y de su hijo ¹⁶⁶. Este es el caso de Fernando de Valdés, quien le indicaba que “con la novedad de Valido, o primer ministro van saliendo algunas cosas”. Le informaba del nombramiento del obispo de Ávila como presidente de Castilla, y de la entrada en el Consejo de Estado del marqués de los Vélez, del duque de Villahermosa, del inquisidor general y de don Melchor de Navarra. Además, le comunicaba que “el Pueblo está afligido con los golpes de la Moneda con pagar la Villa sólo a cinco por ciento, y no haber alivio en los tributos”, y que la reina, que había estado “molestada de jaqueca”, estaría hasta el mes de mayo en el palacio del Buen Retiro ¹⁶⁷. Don Bernardo Salinas, le informaba desde Bruselas, de las relaciones internacionales españolas, de cómo había falta de ministros de su Majestad en las “Cortes del Norte”, de las relaciones entre Francia, Holanda e Inglaterra, y de cómo el Rey Cristianísimo estaba reclutando tropas para entrar posiblemente en Italia ¹⁶⁸.

El jesuita siempre deseó regresar al lado de la reina, y nunca dejó de intercambiar correspondencia con ella, a nivel oficial y personal. Según indica Julián

¹⁶³ ARSI, Hist. Soc. 55 (I), Epistolae de rebus Card. Nidardi, p. 197r.

¹⁶⁴ *Ibidem*, p. 423r

¹⁶⁵ *Ibidem*, p. 347r.

¹⁶⁶ J. J. LOZANO NAVARRO: *La Compañía de Jesús y el poder...*, op. cit., pp. 333-334.

¹⁶⁷ ARSI, Hist. Soc. 55 (I), Epistolae de rebus Card. Nidardi, p. 310r-310v.

¹⁶⁸ *Ibidem*, p. 237r-237 v.

J. Lozano, ambos se escribían a través de una dama de honor de la reina, que a su entender podría tratarse de la marquesa de los Vélez, antigua aya de Carlos II y cabecilla de la facción *gerarda* o *nitarda*. El mismo autor apunta, que el conde de Villaumbrosa, amigo y protegido de Nithard –quien fue depuesto de la presidencia de Castilla por don Juan José de Austria, en 1677, por mantener correspondencia secreta con doña Mariana–, pudo haber desempeñado hasta ese momento el papel de enlace entre la reina y el cardenal Juan Everardo ¹⁶⁹.

Nithard murió el 1 de febrero de 1681, en torno a las 11 de la noche, a los 73 años de edad, y sus exequias se realizaron el día 4 de febrero en la iglesia del Gesù, lugar en donde fue sepultado, cerca del altar de San Ignacio ¹⁷⁰.

5.1. *Aliados y enemigos del padre Nithard en la corte de Roma*

Durante su estancia en Roma, el padre Confesor sólo consideró adversarios a dos personajes, los cuales dificultaron su actividad en dicha corte: el marqués de Astorga y el papa Clemente IX. A estos hay que sumar los ministros de la corte católica, ya mencionados, que le increparon durante los primeros años de su residencia en la Ciudad Eterna.

El marqués de Astorga fue muy estrecho amigo del cardenal Moncada, con quien mantuvo correspondencia continuamente, y fue de éste y del señor don Juan de quien recibió “sus influjos siniestros informes y falsas sugerencias en gran descrédito del Padre Confesor”. Fueron muchas las “maquinaciones” que el Marqués movió contra el padre Juan Everardo: trató de impedir que llegara a Roma, pretendiendo que permaneciera en un lugar llamado Macares, a seis leguas de Roma; embarazó la audiencia secreta que el padre Confesor pretendía tener con el Papa; provocó el fracaso de la embajada extraordinaria, por alegar el Santo Padre que el hábito de religioso dificultaba su ejercicio; instó a que el Pontífice y su nepote le obligaran a renunciar al puesto de inquisidor general, y después dispuso que fuera mandado salir de Roma; se negó a entregar la Real Orden de la reina al Papa, en la cual le suplicaba que condecorase con la púrpura a su confesor; indujo a los cardenales de la facción española a que no le visitaran y a que no hablasen a su favor en presencia del Sumo Pontífice; hizo repetidas

¹⁶⁹ J. J. LOZANO NAVARRO: *La Compañía de Jesús y el poder...*, op. cit., pp. 334–335. Véase, además, la carta que Nithard escribió al conde de Villaumbrosa en 6 de mayo. BNE, Mss. 8363, pp. 60r–62v.

¹⁷⁰ R. RITZER y P. SEFRIN: *Hierarchia Catholica Medii...*, op. cit., p. 8.

instancias para que le obligaran a aceptar el obispado de Agrigento, cargo que Nithard no deseaba, etc. Parece ser que en los últimos años de convivencia, a principios de la década de los 70, sus relaciones mejoraron y hubo cierta reconciliación, como se intuye por la ayuda que el Marqués ofreció al jesuita, para que no tuviese que renunciar a su hábito, cuando a éste se le concedió el arzobispado de Edessa ¹⁷¹.

El padre Confesor nunca vio correcto que Clemente IX diese órdenes a su nuncio, Federico Borromeo, “para que dispusiese las cosas de manera que el Inquisidor General saliese de la Corte y España”. Nithard imputó al Santo Padre los siguientes cargos: el no haberle ofrecido su protección cuando le comunicó los primeros movimientos de don Juan José de Austria; el no haberle recibido cuando llegó a Roma; el obligarle a renunciar su puesto de inquisidor general; el embarazarle la embajada extraordinaria por andar en hábito de religioso; el no enviarle ningún regalo durante los cinco o seis primeros meses que estuvo en Roma, tal y como se hacía tradicionalmente; el tener un “descompasado afecto” a Francia, en detrimento de la “Monarquía española” —aconsejando las paces con Portugal y con Francia, y apoyando al señor don Juan, “sedicioso y revolvedor de los pueblos, y turbador de la quietud pública”—, etc. Apuntaba el padre Confesor en sus *Memorias*, que la idea de que Juan José de Austria pudiese llegar a reinar si el rey-niño fallecía, fue uno de los factores que provocó que el Santo Padre apoyase al bastardo ¹⁷².

El cardenal de Moncada fue un de los más temidos por el padre Juan Everardo, quien tenía muchas influencias en Roma, y en Italia en general —especialmente en Sicilia—. El Cardenal mantenía gran amistad, entre otros, con el cardenal Sforza, con el marqués de Astorga y con el duque de Sarmoncta ¹⁷³. En julio de 1671, Moncada intentó acercarse y reconciliarse con el padre Confesor —a través de su agente en la corte de Roma, don Antonio de la Rúa, y del cardenal Pío—. El cardenal estaba arrepentido de lo que había obrado contra él, y pensaba que el haberle expulsado era la principal causa del mal estado en que se encontraba la monarquía. Por ello, Moncada pensaba que era necesario que Nithard volviese a España y fuera reintegrado en sus antiguos puestos, y él “cooperaría a este fin con todo conato”. A cambio, pedía al jesuita que escribiese a

¹⁷¹ BNE, Mss. 8360, pp. 120r-130v.

¹⁷² *Ibidem*, pp. 213r-223v.

¹⁷³ BNE, Mss. 8362, pp. 370v-371r.

la reina para que se le diese algún puesto de importancia, como el de mayordomo mayor, en la nueva Casa del rey, y recuperar así la confianza de la reina, pero éste se negó a aceptar el pacto. El padre Joseph de Oma y don Francisco Galarreta colaboraron con el cardenal Moncada, quien pretendía recobrar su honor en la corte católica ganándose el favor del padre Confesor ¹⁷⁴.

A estos se suma el cardenal Portocarrero ¹⁷⁵, quien se mostró muy reacio a que la reina concediese el puesto de embajador ordinario al padre Confesor. Había un rencor mutuo entre ambos personajes, pues recordemos que Portocarrero fue elegido cardenal en 1669, en lugar de Nithard, y éste desconfiaba bastante de sus acciones.

A excepción de estos cuatro personajes, el jesuita parece que tuvo relaciones cordiales con los demás pontífices, cardenales y cortesanos de la corte romana. Tampoco destaca ningún aliado incondicional que cooperara con él, salvo la correspondencia que mantuvo con algunos personajes de la corte de Madrid, y de la Monarquía Católica en general.

A pesar del encontronazo que tuvo con don Diego Sarmiento de Valladares, inquisidor general, sus relaciones continuaron siendo bastante formales. Se conservan algunas cartas que Nithard escribió al inquisidor general: en una le comunicaba que don Joseph Manrique de Lara se dirigía a la corte de Madrid, enviado por el marqués de Astorga, para dar cuenta de lo ocurrido en el cónclave de 1670 y del estado en que se encontraban de las cosas del padre Confesor; en otra le mostraba las causas que tenía para rechazar el obispado de Agrigento; en otra le pedía algún puesto en la Inquisición para don Antonio Montero Vallejo, ministro del Consejo; en otra pedía gracia –por propuesta de la reina de Suecia– para los hermanos don Tomás y don Alonso de Aguilar, presos en las cárceles de Toledo y Valladolid ¹⁷⁶, etc.

Aunque Nithard no llegó a perder totalmente sus aliados, sí que disminuyó el apoyo que le profesaron en la corte católica. Ya hemos visto cómo muchos personajes le pedían su intercesión ante la reina, con la que siempre tuvo muy buenas relaciones, y cómo muchos de sus seguidores le informaban de la situación

¹⁷⁴ BNE, Mss. 8361, pp. 258r-295v.

¹⁷⁵ Sobre Portocarrero y su linaje, véase A. R. PEÑA IZQUIERDO: *La Casa de Palma: la familia Portocarrero en el gobierno de la Monarquía Hispánica (1665-1700)*, Córdoba 2004.

¹⁷⁶ AHN, Inquisición, leg. 2298.

del gobierno de la monarquía, posiblemente pensando en su regreso a Madrid. A pesar de todo, bien por este descenso de aliados en la corte, bien por la mala situación que atravesaba la monarquía —económica, política, etc.—, Nithard desistió de regresar al lado de la reina. Los valimientos de Valenzuela y de don Juan José de Austria, ambos enemigos del jesuita, le animaron a desistir de su regreso a la Península Ibérica. La reina, que tenía la esperanza de volver a tener al padre Confesor a su lado, tampoco encontró el momento de restituirle. Sólo pudo contentar a su confesor concediéndole puestos de importancia en la corte de Roma y solicitando al Santo Padre que fuera elevándole en la jerarquía eclesiástica. El padre Juan Everardo mantuvo el cargo de consejero de Estado y de confesor de la reina —hasta 1676, año en el que pasó a ocuparlo el jesuita Mateo de Moya—, quizás porque doña Mariana esperaba que regresara.

Sus émulos fueron más poderosos que él y su facción, pues tenía en su contra a la alta nobleza, a la mayoría de los ministros de la Junta de Gobierno y del Consejo de Estado, a dos poderosas órdenes religiosas —la de San Francisco y Santo Domingo— y a gran parte del pueblo. Sólo contó con el apoyo de unos pocos, aunque fue capaz de mantenerlo mientras que estuvo en Roma.